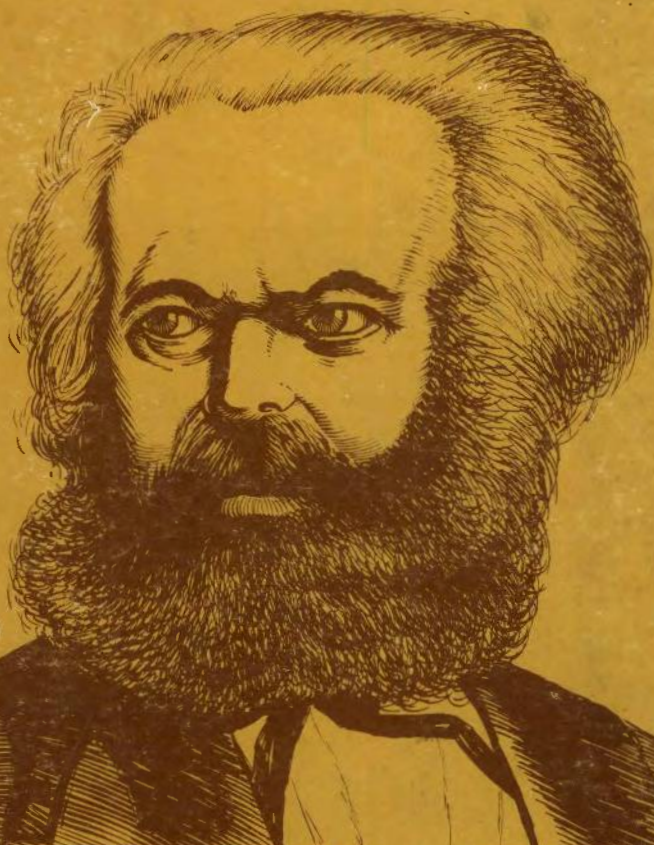


GUIDO FELIZ



PERFIL DE KARL MARX

UN ENFOQUE CRISTIANO AL PENSAMIENTO

OBRA DEL FUNDADOR DEL SOCIALISMO CIENTIFICO

PERFIL DE KARL MARX

Casa Biologica
2a. Av 12-73 Z. P.
Guatemala

Guido Feliz

PERFIL
DE
KARL MARX



Perfil De Karl Marx

Spanish Edition

Copyright 2015 Voice Media

info@VM1.global

Web home: www.VM1.global

All rights reserved. No part of the publication may be reproduced, distributed or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic, or mechanical methods, without the prior written permission of the publisher, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other noncommercial uses permitted by copyright law. For permission requests, email the publisher, addressed "Attention: Permission Coordinator," at the address above.

This publication **may not be sold, and is for free distribution** only.

INDICE

PREFACIO	7
I. KARL MARX el hombre	11
II. EL PENSAMIENTO DE MARX el filósofo	25
III. EL PENSAMIENTO DE MARX el filósofo (2. ^a parte)	39
IV. LAS ANTINOMIAS DE MARX el ideólogo	59
V. LAS ANTINOMIAS DE MARX el ideólogo (2. ^a parte)	93
VI. EL FIASCO DE MARX el profeta . . .	109
VII. LAS ARMAS DE MARX el revolucionario	123
APÉNDICE: <i>Yo viví en la China comunista</i> , por Ricardo Hillis	151

*A Mariano y Perla González,
compañeros en el amor y
milicianos al servicio de
Jesucristo.*

PREFACIO

El marxismo se ha desacreditado tan rápidamente al constituirse en prisionero de sus propios supuestos ideológicos, que ha parecido innecesario preocuparse seriamente por las teorías marxistas.

REINHOLD NIEBUHR

Lo que este pensador norteamericano dice es cierto quizás en los Estados Unidos y en Europa, pero de ninguna manera en Iberoamérica. En esta región recién ahora escritores e intelectuales en general han comenzado a «descubrir» al marxismo y a estudiar con seriedad la compleja naturaleza de este sistema.

En naciones como la del autor —la República Dominicana— se había vivido hasta hace apenas una década sin saber quién es Karl Marx o qué es comunismo. Trujillo, que gobernó al país con mano férrea durante más de tres decenios, había adoptado la sagaz política de considerar «comunista» a todo oposi-

tor o simplemente desafecto del régimen. Lógicamente, eran pocos —los más osados o aburridos— los que, a riesgo de su vida, osaban tomar el vocablo comunismo en sus labios. De Marx y el marxismo sólo discurrían con relativa libertad los apologistas o testafierros del gobierno, y esto siempre para denunciarlos como un crimen de lesa patria o de lesa humanidad.

El surgimiento de Fidel Castro en Cuba y la muerte de Trujillo en Santo Domingo, sorprendió a los dominicanos —no a los cubanos— sin un conocimiento siquiera elemental del marxismo. Es sólo a partir de 1962 cuando los primeros comienzan a leer algo acerca del comunismo. La experiencia en la arena política les enseñó muchas cosas, aunque no todas las cosas que era necesario aprender y no olvidar. Les enseñó, por ejemplo, que si bien los acólitos de Marx y Lenin no alcanzaban con mucho el número indicado por Trujillo, tampoco eran tan escasos o constituían una fuerza tan insignificante como los propios marxistas se empeñaban en hacer creer.

Sin embargo, la falta de sinceridad y el oportunismo político de ciertos sectores que se proclamaban a sí mismos «cristianos» y «anticomunistas», provocó que al cabo de diez años a partir de la caída de Trujillo la lucha antimarxista cayera en un descrédito aparatoso y casi absoluto. Los discípulos de Marx —«menos pero mejores», según solía decir con verdad Lenin— supieron aprovechar al máximo la coyuntura, y los resultados son demasiado conocidos como para que se los considere aquí y ahora. Tal vez el más notable de los triunfos marxistas en la República Dominicana es el haber cautivado la atención y la fe de la mayoría de la juventud, que es también, proporcionalmente, la mayor parte de la población del país.

Ahora bien, los círculos protestantes del país no han sido una excepción en lo que respecta a la ignorancia que se ha tenido de la personalidad y la obra de Karl Marx. Allí también, recién ahora y debido a la agitación política y social encabezada en gran medida por los marxistas, los evangélicos han comenzado a despertar del letargo, no sin antes haber recibido de frente el impacto de la influencia marxiana en el seno mismo de iglesias e instituciones religiosas en general.

Este librito ha sido escrito pensando precisamente en las iglesias protestantes cuya experiencia puede describirse con las palabras que anteceden. No es nada especial ni dirigido a especialistas, por el hecho mismo de que su autor no es un especialista ni una autoridad en el tema. No se pretende tampoco ninguna originalidad, porque lo que aquí se dice o pueda decirse —tanto de ideas como de hechos— es demasiado conocido en los círculos donde la obra y el pensamiento de Karl Marx han sido y son objeto de serena y sesuda reflexión.

Nuestro único propósito al ofrecer este breve trabajo al público de habla castellana, es interesarle en un tema que debiera ser ya motivo de análisis y discusión en las esferas pensantes del protestantismo iberoamericano, donde los efectos de la doctrina marxista han comenzado a dejarse sentir con peligro de la esencia evangélica y de la vida cristiana según las enseñanzas neotestamentarias.

Por esa misma razón nos hemos limitado y concretado a algunos puntos —los más trillados quizás— del pensamiento marxista. En ese propósito hemos tratado de ser lo más claros y explícitos posible. Pero debemos confesar que si para los especialistas ello no resulta fácil, para nosotros —que no lo somos— no podría serlo de ningún modo. No se trata, empero,

de una excusa. Somos responsables —los únicos responsables— por cuanto aquí se dice y la forma en que se dice.

En consecuencia, aspiramos a que ese propósito sea comprendido por el lector cristiano, que tan generoso y diligente se ha mostrado en la lectura de otras obras del autor. Ese ha de ser nuestro galardón: el único a que real y legítimamente podemos aspirar.

G. F.

Nueva York, otoño de 1973

I

KARL MARX el hombre

Es verdad incuestionable que el contacto personal, la vivencia propia y la observación aguda del devenir cotidiano nos capacitan para conocer al hombre con profundidad. Por los hechos y sucesos aprehendemos su *naturaleza*; esto es, la fuente de sus sentimientos, la dinámica de sus motivos, los resortes que impulsan sus reacciones.

Tal premisa ha de tenerse en cuenta a la hora de enjuiciar a cualquier hombre. Es aplicable a todos y cada uno de los seres humanos, sin importar cuánto medie entre su época y la nuestra, su lugar y el nuestro. Pero si bien es así con todo individuo, se precisa convenir en que a nadie cuadran mejor que al pensador, al escritor y al artista.

Respecto a cualquier escritor, Balmes sostiene que «el conocimiento de (su) posición particular...»,

de su conducta, moralidad, carácter, y hasta su educación, ilustran muchísimo al lector de sus obras». Halle, en efecto, que la *clave* para determinar la veracidad del juicio del autor consiste en saber «quién era, cuál su conducta y demás circunstancias de su vida..., el lugar en que escribió..., las formas políticas de su patria..., el espíritu de su época..., la naturaleza de ciertos acontecimientos y no pocas veces... la particular posición del escritor..., su silencio o reserva sobre tal punto, por qué pasó sobre este hecho pincel ligero, por qué cargó la mano sobre aquel».¹

Otro pensador cristiano, el doctor Eric C. Rust, ha dicho que «ningún objeto de estudio histórico puede ser comprendido sin tomar en cuenta toda relación con el ambiente histórico que pudo haber sido medio de influencia en él».² Huelga decir, por tanto, que la célebre como compleja personalidad de Karl Marx no podría ser de ningún modo una curiosa excepción. Vamos, entonces, a considerar primeramente, a la luz de los criterios del filósofo de Vich y del profesor británico, algunos de los aspectos más notables e importantes en la vida del creador del «socialismo científico».³

Robert Wilbrandt, en una *Semblanza de Marx* que antecede *El Capital*, dice que el ideólogo de Tréveris nació «ni demasiado tarde ni demasiado pronto: en el momento preciso (1818) para que pudiese inspirar en la impresionada juventud el espíritu revolucionario que precede al 48...». Este juicio es verdadero; por tanto, se requiere analizar siquiera brevemente

1. Jaime Luciano Balmes, *El Criterio*, cap. XI, pp. 155-157.

2. Eric C. Rust, *El significado de la Historia*, cap. I, p. 6.

3. El autor alude a aquellos aspectos que a su juicio alcanzan tal categoría. Estos no tienen que coincidir necesariamente con los eventuales señalados por los especialistas del tema.

la época en que hace su aparición en el mundo quien con el tiempo se convertiría en una de las figuras más señeras del siglo xix y de las más influyentes del xx.

Desde luego, el estudio de ese período histórico no podría ser, en este caso y para el propósito que nos hemos impuesto ahora, todo lo extenso, ponderado o profundo que una obra de otras proyecciones sin duda demandaría. Pero como la personalidad y la obra de Marx han sido y son objeto de múltiples y vastos trabajos analíticos y biográficos, juzgamos innecesario abundar aquí sobre lo que otros —con más propiedad y, por supuesto, con más conocimiento— se encargan de hacer.⁴

Desde la Revolución Francesa (1789) al nacimiento de Marx (1818) median sólo veintinueve años. De esta última fecha a la época en que se publica el *Manifiesto comunista* (1848) van apenas tres decenios. Era el tiempo del apogeo del *racionalismo*. Marx, pues, nace respirando la atmósfera del pensamiento de los Descartes, Voltaire, Toland, Tindal, Hume, Hegel, d'Holbach, Baur y otros espíritus preconizadores de esa filosofía. Demás está decir que el joven poeta de Tréveris recibió en el curso de su vida el impacto directo o indirecto de estos filósofos, así como de los Proudhon, Feuerbach, Darwin, Bultmann, Renán y Comte.

No es noticia decir —ni es la ocasión de recordar aquí— que el racionalismo tuvo dos formas principales de expresión: uno *religioso* y otro *filosófico*; que la intención ulterior de ambas era, en el fondo,

4. Entre las innumerables obras acerca del pensamiento marxiano, el lector hallará valiosas las siguientes: *Towards an Understanding of Karl Marx*, de Sidney Hook; *Marxism, An Interpretation*, por A. C. MacIntyre; *Estructura del pensamiento político*, de Charles N. R. McCoy, y *Pasado y presente del marxismo*, por R. N. Carew Hunt.

reemplazar la religión, es decir, la idea de un Dios personal, creador y sustentador del universo, por las lucubraciones de la razón y las especulaciones del pensamiento. Sin embargo, ese sistema filosófico-dogmático rodó por tierra después de la Primera Guerra Mundial. Las crudezas y las severas lecciones de aquel conflicto bastaron no sólo para poner en duda al racionalismo, sino para que se le menospreciara casi por completo. Augusto Comte y el *positivismo* tomaron su lugar.

Empero, antes del primer gran conflicto mundial tuvo efecto la Revolución Francesa, con todo su cortejo de luz y sombras; con sus consecuencias sociales, culturales y políticas en el lugar de su escenificación; su influencia en el resto de Europa, en Norte y Sudamérica; en Levante y en el Lejano Oriente.

Aunque ahora se ha negado que el racionalismo fuera la causa del movimiento político-social que dio al traste con la monarquía en Francia, los líderes de la Revolución hallaron en las obras de aquellos filósofos propósito y fundamento inmediato en que apoyarse para poner en ejecución sus proyectos hasta las últimas consecuencias.⁵

Dejando de lado estas consideraciones acerca del racionalismo y la Revolución Francesa, pasemos a

5. Aquellos que hoy rechazan que el racionalismo fuera «la causa» de la Revolución Francesa, arguyen, entre otras cosas, las siguientes: a) que los filósofos racionalistas no anticiparon ni recomendaron una revolución; b) que sus ideas no habían sido ampliamente difundidas entonces; c) que quienes eran capaces de acoger con simpatía tales ideas eran relativamente pocos para ser responsables de lo que sucedió en 1789; d) que el movimiento francés comenzó dos decenios después de que el pensamiento racionalista alcanzara su madurez; y e) que las ideas revolucionarias que inspiraron el destronamiento de la monarquía en Francia habían sido forjadas al calor de una crisis que el racionalismo no causó ni acaloró.

considerar más de cerca el ambiente en el cual nace Marx.

Casi todos los biógrafos de Marx están de acuerdo en señalar tanto los prejuicios sociales como los religiosos que minaban Europa, y en particular la ciudad de Tréveris. Así, cuando el filósofo tiene apenas seis años de nacido, su padre, un abogado judío, decide convertirse al cristianismo. Su propósito es obvio: tener acceso a los exclusivos círculos ciudadanos que allí, como en otras ciudades prusianas de la época, le estaban vedados por prejuicios de raza, es decir, por ser hebreo.

Wilbrandt deplora el que se haya querido desvirtuar la sinceridad de esa resolución, que estima «espontánea y libre». No obstante, él mismo reconoce que a la sazón los judíos, «aunque políticamente emancipados..., eran todavía en las tierras del Rin una clase aparte..., acorralados en el préstamo y la usura», y que, por tanto, «convertirse (a la fe cristiana) era, en muchos casos, aspirar a salir del *ghetto* para entrar en la civilización europea».

En este medio se cría Marx. El jovencito advierte la maniobra hecha por su progenitor a fin de sobrevivir en una sociedad moralmente hostil. Tiene oportunidad de observar no sólo la corrupción política y la injusticia social que imperan en aquel ambiente, sino la hipocresía de los que se juzgaban religiosos y defensores del cristianismo. Siendo judío, y habiéndose interesado en la religión, discute con su padre acerca del tema y, sobre todo, tiene ocasión de comprobar por sí mismo hasta qué punto han desvirtuado la doctrina evangélica aquellos que profesan a Cristo, y cómo habían convertido el cristianismo en una grotesca caricatura.

No es, pues, de extrañar que, respirando esta extraña atmósfera y los aires del evolucionismo y del revolucionarismo que sacuden Europa, el joven Marx

abandonara su incipiente «humanismo» y concluyera afirmando que la religión es «el opio de los pueblos». ¿Podría esperarse que sintiera y juzgara otra cosa quien ha visto con sus propios ojos tanta infamia, tanta deshonra, tanto ludibrio? ¿Es lógico el pretender que al cabo de su vida reciba la beatificación o la canonización eclesial?

Por supuesto, no es intento nuestro *justificar* ni el concepto de Marx sobre la religión, ni la conducta que contra ella han seguido sus más fanáticos acólitos. Simplemente tratamos de *explicarlos*.

1) Hay que advertir que la crítica de Marx no distingue ningún culto o expresión de vida religiosa. Cuando dice que «la religión es el opio de los pueblos», no excluye tácita ni directamente ningún culto religioso; no diferencia entre el budismo, el mahometanismo y cristianismo. Simplemente afirma *la religión*.

2) Si el motivo de tal crítica, general y absoluta, se funda o pretende fundarse en la alegada «indiferencia de la iglesia de su época a los problemas de índole terrenal, debido a un excesivo énfasis en el cielo o en la salvación personal», es injusta en lo que respecta a las demás religiones. En cuanto a las iglesias cristianas, diremos que la actividad social será siempre indirecta y accesorio; *efecto* o *medio* —según las circunstancias— de su obra evangelística, que es verdaderamente su vocación espiritual.⁶

6. Sin embargo, es curioso observar en el curso de la Historia que el Cristianismo es la religión que ha dado lugar en algunos casos a la práctica de un comunismo muy superior al que soñara Carlos Marx por medio de la revolución. Podemos citar como ejemplo el comunismo voluntario de los primeros cristianos de Jerusalén, practicado en aras de un vivo amor fraterno ante la equivocada esperanza de un inmediato retorno de Cristo a la tierra; el de las órdenes religiosas, y sobre todo el de los hermanos Moravos, que, refugiados en las tierras del conde Zinzendorf en Sajonia, fundaron en el

Pero Rust, no conforme con decir que la crítica marxista se justifica porque «a través de la historia... el hombre ha usado a la religión como un mecanismo que le permite olvidarse de las dificultades del presente», y «ha sido instrumento para mantener feliz con su suerte a la gente que vive oprimida», incurre en la candidez de creer que si Marx hubiese tenido oportunidad de «observar otros aspectos históricos en los cuales líderes religiosos han peleado en contra de la opresión, la tiranía y la injusticia», tal vez hubiera sido otro su punto de vista acerca de la religión.

año 1722 la famosa colonia de Hernhut, desde la cual estos piadosos cristianos, renunciando a la propiedad privada por amor a la obra de Dios, enviaron en pocos años centenares de misioneros a los puntos más remotos de la tierra.

Tales ensayos comunistas son la antítesis del comunismo de Marx; tanto por su carácter privado y voluntario —no estatal y obligatorio— como por los altos ideales religiosos o filantrópicos que los alentaba, y particularmente por su respeto a la persona individual. En Hernhut, por ejemplo, el máximo castigo disciplinario era el destierro de la amada colonia. No se liquidaba a los opositores rebeldes; ni era necesario levantar un vergonzoso muro como el que el mundo de nuestros días ha tenido ocasión de contemplar en la ciudad de Berlín, para evitar la huida del paraíso comunista.

Que estos ensayos comunistas han sido muy pocos a través de la historia, y que las iglesias cristianas no han sido capaces de frenar las ambiciones de los poderosos y afortunados, todos estamos acordes en reconocerlo y se lamenta hoy día como nunca; pero la culpa no es del Evangelio, sino de los millones que, teniendo el nombre de Dios en sus labios, no han practicado los claros principios sociales del Evangelio. No debemos olvidar que Cristo mismo lo previó, y más aún, lo profetizó, diciendo: «Muchos me dirán en aquel día: "Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre...?"; mas yo les contestaré: "Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de maldad" (Mat. 7:21-23).

Por lo demás, no han faltado, como lo indica más adelante el autor, hombres y mujeres cristianos que individualmente, y por todos los medios a su alcance, han combatido la opre-

Esta premisa es dudosa, porque para Marx nada que no fuera revolución, esto es, cambio radical de la sociedad, le satisfacía. Seguro de que «no siempre basta el arte de la persuasión», consideraba no sólo «ingenuo» aceptar la hipótesis de que «la sociedad admite corrección sin revolución», sino que es igualmente «torpe» el «pedir la supresión de la miseria sin exigir el trastorno de todo lo demás».⁷

Siendo así, le hubiese tenido sin cuidado el saber que Francisco de Asís, Owen Winstanley, Wilberforce, Woolman, Knibb, Isabel Fry y otros cristianos de Europa y América estaban preocupados y ocupados en introducir «reformas sociales» en uno y otro Continentes. En consecuencia, su criterio de que la religión es el opio del pueblo no habría sido alterado ni modificado en lo más mínimo por el conocimiento de la obra altruista de aquellos que, sinceramente y todo, creían en la eficacia reformista del «evangelio social».

A propósito del criterio marxiano sobre la religión, Antonio Labriola, en su difundido ensayo *En memoria del Manifiesto*, negando la eficacia de los intentos de reforma social en su época, dice que «cualesquiera sean las concesiones que puede hacer la burguesía en el orden económico, así se trate de una reducción notable de las horas de trabajo, siempre queda como exacto que la necesidad de la explo-

sión y la esclavitud. Quizá la frase de Marx al llamar a la religión «opio del pueblo» podría aplicarse con mayor propiedad a las religiones paganas y al estático mahometismo que al Cristianismo activo, que se ha ido renovando y extendiendo en una gran variedad de formas y énfasis particulares, con el propósito de agradar más a su invisible pero viviente Fundador. Por más que algunas veces sus énfasis hayan sido errados, secundarios o afectados por intereses y egoísmos que su Señor ya condenó.

7. Eric C. Rust, *op. cit.*, cap. V, pp. 22-23.

tación, sobre la que reposa todo el orden social actual, impone límites más allá de los cuales el capital, como instrumento privado de la producción, no tiene razón de ser. *Si una concesión puede calmar hoy en el proletariado una forma de malestar, la concesión misma no puede menos que generar la necesidad de nuevas concesiones cada vez crecientes*».⁸

De este enfoque del problema se desprende más claramente aún que el afán «reformista» de los cristianos que vivieron en la época de Marx en nada hubiese influido para alterar la concepción revolucionaria de un hombre profundamente persuadido de que sólo la destrucción de la sociedad capitalista terminaría de una vez y para siempre con toda clase de injusticia y daría paso a la instauración del milenio comunista.

Por otra parte, independientemente de que los filósofos del racionalismo hayan o no influido en Marx; suponiendo que el impacto de la Revolución Francesa no hubiese activado sus ideales revolucionarios, hay algo a lo que no puede sustraerse: la influencia de su ambiente nativo.

Al estudioso de la vida de Marx no puede pasar inadvertido ese influjo. Si se siguen los pasos más importantes o más notables en la borrascosa existencia de este hombre, se advertirá una progresiva tendencia hacia el extremismo político. A la postre tendremos una personalidad tan «vigorosa, rebelde, vehemente, impetuosa» como en su primera juventud, pero tremendamente frustrada.

Bien sabemos que este criterio no será compartido por quienes se han formado del padre del «socialismo científico» una imagen que encuadraría mejor con la de un dios o un superhombre; ideas tan ajenas

8. El trabajo de Labriola, publicado originalmente en 1895, aparece en la penúltima parte del *Manifiesto comunista*, editado por Editorial Claridad en 1967. El subrayado es nuestro.

a la concepción que tal vez el propio Marx tendría de sí o de cualquier otro mortal tan descollante como él. Pero puesto que Marx, con todo y la aureola con que se le coronó después de su muerte, nunca pretendió ser más que un terrícola, la opinión de aquellos que le imaginan un «rebelde apaleado, pero no vencido», resulta inadmisibles aunque respetable.

Decir que Karl Marx, pese a su reconocida consagración a la causa que juzgó verdadera; pese a sus incansables luchas por salvar no sólo la suerte de los obreros, sino la de la sociedad toda; pese a los sufrimientos y privaciones que experimentó junto a su familia antes que vender sus principios o hipotecar su alma; decir, repetimos, que pese a ello era un hombre tremendamente frustrado, en nada mengua su auténtica personalidad. ¿Acaso sería el primer mortal que arriba al final de su existencia deshojado y deshecho? ¿Hemos de esperar que sea el último? No lo creemos.

El heroísmo es la superación del instinto. Pero los héroes son escasos. «Pocos son los hombres —dice Balmes— que se sobreponen completamente a las circunstancias que los rodean; pocos son los que arrostran un gran peligro por la sola causa de la verdad; pocos son los que en situaciones críticas no buscan una transacción entre sus intereses y su conciencia. En atravesándose riesgos de mucha gravedad, el mantenerse fiel a la virtud es heroísmo, y el heroísmo es cosa rara.»⁹

9. Balmes, *op. cit.*, cap. XI, pp. 156-157. El caso de Orígenes en la historia de la cristiandad es muy digno de recordar como lección admonitoria contra la tentación de abandonar los principios que se sustentan o la fe que se profesa. El célebre teólogo, a quien se atribuye la unificación del cristianismo con las creencias, ritos y prácticas paganas, prefirió sacrificar la verdad en aras de un prestigio social y un reconocimiento indignos de Aquel que dijo: «Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida» (Apoc. 3:10).

Marx fue un héroe frustrado. Rechazando que haya predicado la verdad, que fuera la quintaesencia de la sabiduría y el arquetipo iluminado de la ciencia, como le conciben y le presentan sus acólitos y biógrafos, es preciso reconocer en él un grande hombre. Uno que predica lo que cree y vive lo que predica; un hombre que, no obstante su extremismo manifiesto, no asume jamás posturas equívocas o dudosas; uno que está dispuesto al máximo sacrificio por la causa que defiende y por los principios que sustenta. Un hombre que inspira la veneración de sus amigos, el respeto de sus adversarios y el reconocimiento de sus enemigos declarados u ocultos. Uno, en fin, que mantiene hasta el final, como su más precioso galardón, los ideales a los que consagró su existencia y consumó su inteligencia, energía y vitalidad.¹⁰

Pasemos ahora a considerar los pasos que llevan a Marx hacia la frustración que hemos señalado.

El primer inconveniente con que se encuentra el joven aspirante a profesor de las Universidades de Berlín y Bonn es el conservadurismo y la falta de simpatía de las autoridades académicas, encastilladas como estaban en los cánones de la filosofía tradicional, unos, y deslumbrados por las aberraciones del racionalismo, otros. Así, cuando Marx se entera de que su amigo Bruno Bauer ha perdido su *venia legendi* para ejercer una cátedra libre en la Universidad de la hoy capital de Alemania Occidental, comprende que sus aspiraciones al magisterio superior son poco menos que irrealizables.

Marx tuvo esa experiencia en 1841, esto es, cuando apenas contaba veintitrés años de edad. En la

10. No olvidemos, a propósito, esta oportuna advertencia del filósofo catalán: «La duda, llevada a su mayor exageración, no puede destruir un número considerable de hechos que es preciso dar por ciertos si no queremos luchar con el sentido común» (*op. cit.*, cap. XI, p. 147).

primavera de ese año recibe el doctorado en filosofía, pero decide encaminarse por la espinosa ruta del periodismo. Colabora en los *Anales Alemanes*, que dirige Arnold Ruge, y más tarde, en el otoño de 1842, desempeña el cargo de jefe de redacción de la *Gaceta del Rhin*. Allí emprende lo que se ha dado en llamar «la primera acción política de su vida»: una enérgica campaña contra la censura oficial.

Poco después, a principios del año siguiente, Marx se ve obligado a renunciar en un fútil intento por evitar la clausura del periódico. Este segundo golpe le lleva al exterior del país. La juvenil candidez de su alma concibe la capital francesa como el «paraíso de la libertad». Al cabo de un tiempo de publicar con Ruge los *Anales Franco-alemanes*, rompe con éste y luego con Esteban Cabet. No obstante, traba amistad con Federico Engels, que desde entonces se muestra algo más que un ordinario admirador: su sincero y fiel amigo.

Al cabo de poco Marx halla que Francia no es precisamente el paraíso terrenal que en un principio creyó. Así como en su propia patria «la miseria y la injusticia de la organización social no podían escapar a su mirada», tampoco podía mostrarse indiferente, complaciente o atemperante con la iniquidad social en la que ahora le servía de albergue.

Arrecia, pues, sus ataques contra el régimen parisiense y el resultado no se hace esperar: es expulsado con su familia hacia Bélgica. En Bruselas se comunica con el movimiento obrero radical, a cuyos dirigentes orienta respecto del «materialismo histórico». A sus sesiones en los círculos del radicalismo proletario sigue la publicación del *Manifiesto comunista*.

Aunque Werner Sombart sostiene que esa obra de Marx «está plagada de errores» y de «ideas por madurar», reconoce que «es una obra maestra insuperable». Pero lo que no podría dudarse es que la misma

revela a qué grado de frustración había descendido el ideólogo de Tréveris. ¿Qué otra cosa puede explicar su extremismo?, ¿qué su desprecio de todo lo que le huele a burguesía?

No para ahí, sin embargo, la carrera vertiginosa de Marx hacia la desesperanza. Al estallar la revuelta en Alemania, regresa precipitadamente a ésta y asume la dirección de la *Nueva Gaceta del Rin*. Esta sería su «trinchera del honor», pero sólo hasta 1849. ¡Un año apenas de su retorno a la patria!

«Es ésta —dice Wilbrandt— la hora decisiva de Marx. Procesado por el tribunal de Colonia, se defiende ante el jurado con un discurso formidable... Su defensa es la serena aplicación de la doctrina del materialismo histórico a los sucesos políticos de 1849. Y es absuelto..., pero desterrado. Para expulsarle se le niega caprichosamente la ciudadanía prusiana, que no había perdido en la inmigración... Arrojado de Prusia y más tarde de París, se dirige a Londres. Y así comienza una nueva etapa de su vida.»

Establecido en la ciudad del Támesis entre los proletarios de los barrios pobres, Marx comienza a sufrir en carne propia la crudeza de la existencia, las penalidades de la vida y los apuros y estrecheces del que nada tiene. A su lado está su esposa. Sus hijos van muriendo uno a uno acosados por la miseria y el sufrimiento. En tales circunstancias lo único que Marx puede hacer es escribir artículos para una publicación norteamericana y ponerse «al servicio de toda laya de editores que sabían explotar tan bien como el periódico su delicadeza y su necesidad».¹¹

11. Si hemos de aceptar el criterio de James Haskins, en el sentido de que «Karl Marx, de hecho, se sintió disconforme entre las masas», debió de ser una experiencia terrible para él su permanencia entre los obreros fabriles del Támesis y la miseria que se vio precisado a afrontar junto a su fiel esposa e hijos.

Acosado por los acreedores, enfermo, con el dolor aún vivo de la muerte de sus hijos, Marx no ha perdido su pujanza y arrojo característicos. Todavía tiene fuerza y voluntad para literalmente «uncirse» a los libros en el Museo Británico y para sostener cálidas polémicas con sus adversarios ideológicos.

Cuando llega al fin el 1883 —año en que el cementerio de Highgate recibe sus despojos mortales— el ideólogo del «socialismo científico» es un hombre espiritualmente deshecho. Y aunque sus biógrafos más benignos indican que aún a los sesenta y cinco años su temperamento vehemente e impetuoso no había experimentado ninguna alteración, su frustración es obvia.

El estudio, en el capítulo siguiente, de algunos aspectos del pensamiento de Marx, revelará, en parte e indirectamente, hasta dónde llega en ese estado depresivo que le impele a aborrecer todo cuanto representa, propicia o sustenta el estado de cosas de su época, de su patria y de todas las patrias; que le lleva a recomendar a los obreros que en la revolución que emprenderán adopten «la desconfianza por conducta» y «se impongan por el terror».¹²

12. Crane Brinton, en su obra *Ideas and Men*, se explica el agrio carácter de Marx diciendo que tal vez la mayoría de los escritores que deliberadamente se proponen establecer una utopía, son por temperamento autoritarios, aun cuando, como Marx, conciben sólo como un ideal último la manera de establecerla o alguna otra remota meta anarquista (capítulo 7, p. 219).

II

EL PENSAMIENTO DE MARX el filósofo

Karl Marx era filósofo. Como tal alcanzó alturas indisputables en la escala del pensamiento y la especulación. Desde muy joven se interesó vivamente en los problemas de la sociedad de su tiempo y en la historia universal. Sus biógrafos y los estudiosos de su doctrina coinciden en señalar la profundidad con que solía abordar los diversos asuntos del conglomerado social europeo y de la Humanidad en general.

Sin embargo, con todo este mérito en su haber, Marx desconocía la naturaleza humana. En esto no constituía una excepción de los pensadores de su época y de poco antes. Es lo que hemos inferido de nuestro modesto análisis del padre del «socialismo científico». Lo decimos sin ánimo de ofender a nadie. Ni siquiera a quienes le conciben un gigante de la filosofía y de la economía política.

Marx no había aprehendido al hombre en su ser íntimo, en sus motivaciones, en sus complejidades. Sus juicios dan, a veces, la impresión de ser resultado de la observación de los «aspectos externos de la conducta histórica», más que de una seria reflexión respecto del «aspecto interno de la conducta humana»; esto es, de «las intenciones, ideas y motivos que sostiene la actividad histórica».

Desde luego, tanto él como sus partidarios marxistas creen firmemente lo contrario. Entendía que había seguido «al pie de la letra» el primer método, el científico-histórico. Sus camaradas sostienen aún hoy que Marx era la quintaesencia del racionalismo y la objetividad. No pecamos, empero, de cínicos si decimos que al estudioso o al simple lector de las obras del ideólogo le asalte de cuando en cuando la duda de si aquel hombre estaba en sus cabales. Y no es para menos. Porque sus ideas y conclusiones —independientemente de lo que crean los profetas del «socialismo científico»— son con frecuencia confusas, vagas e incoherentes hasta lo insufrible por abrumadoras.

Tal vez alguien, momentáneamente escandalizado por la tajante afirmación de que Marx desconocía la naturaleza humana, se pregunte intrigado: «¿Por qué? ¿No tuvo él contacto con el hombre y la sociedad?, ¿acaso era un ermitaño o un cartujo?, ¿no tuvo su morada entre los proletarios del Támesis?, ¿no podía decir al final de su vida lo que Martí al principio de la suya?, ¿no había echado su suerte con los pobres de la tierra? Si Marx no conocía al hombre, ¿quién, pues, le conocía?»

Estas preguntas merecen una respuesta concreta, veraz y, sobre todo, justa. «Ser justo es lo primero», decía Duarte.

Bien. Hemos dicho que el ideólogo del «socialismo científico» era filósofo. Sabemos que no estamos de-

clarando nada nuevo, y que quizás alguien juzgue que estamos incurriendo en una típica perogrullada. Pero lo hacemos así para establecer que la sola condición de tal no garantiza el conocimiento de la naturaleza humana. Si fuera de otro modo, la historia de la filosofía, y la filosofía misma, no fueran tan caóticamente confusas como se ofrecen al estudioso.¹ Nada sabríamos hoy de la filosofía helenista con su «contemplación racional», su «razón inmortal», su «razón universal» y su «sucesión cíclica». No tendríamos la filosofía spengleriana con sus «fuerzas instintivas», sus «hombres de destino», sus «formas orgánicas» y sus «zeitgeits».

Tampoco tendríamos que rompernos la cabeza con el «método y orden científicos», con la «niñez y hombradía» social, con el «pensamiento reflectivo» y las «experiencias sensorias», de Comte. Hubiésemos ignorado las «ruedas giratorias», la «culminación mística» y el «ciclo naturalístico del destino», de Toynbee. Nada sabríamos del intrincado «punto omega», del «punto de ebullición», de la «cristoficación», de la «hominización», de la «biósfera y nooesfera», de De Chardin; ni de la «antítesis de clases», «esquemas de razones», «determinismo histórico», «dinámica progresiva», «síntesis final» y muchos otros galimatías típicos del marxismo. El mundo se habría librado a tiempo y enhorabuena del naturalismo, racionalismo, positivismo, secularismo, socialismo, es decir, de ese conjunto de «ismos» que oscurecen aún más el de por sí nebuloso cielo de la filosofía tradicional y de la moderna.²

1. Cabe señalar, a propósito, que, aunque Marx escribe su *Miseria de la Filosofía* para ridiculizar la *Filosofía de la Miseria*, de Feuerbach, él mismo no está exento del juicio de simplicidad e ilusión que atribuye al pensamiento de éste y otros filósofos de entonces.

2. No es de extrañar que ya en el primer siglo de esta Era, observando la confusión que imperaba en el mundo filo-

Hecha esta accidental digresión, pasemos a contestar la pregunta. Tal vez se piense que habría sido más justo decir que Marx no conocía al hombre todo cuanto hubiera de desear, antes que imputarle una absoluta ignorancia. Pero hace ya algún tiempo que Eduardo Spranger, el célebre filósofo de Grosslichterfeld, nos advirtió, en su obra *Cultura y educación*, que «un conocimiento a medias no es pleno conocimiento, sino ilusión». Hay que convenir, en consecuencia, en que el conocimiento que Marx tenía del hombre se fundaba, sobre todo, en una cultura libresca y en la erudición que sin duda poseía; no en la observación directa del individuo en general ni del sujeto social. Sólo su ignorancia de la naturaleza humana —de su ser íntimo— pudo hacerle esperar que la sola transformación de la propiedad productiva privada en propiedad administrativa pública o estatal convertiría este mundo demoníaco en un nuevo Edén.

En efecto, ¿qué sino su desconocimiento del hombre real —del *individuo*, no del ser abstracto de la filosofía— pudo impelerle a afirmar que siendo el orden político-social de la burguesía la «causa única» y el origen de la iniquidad en sociedad, con la destrucción violenta del Estado capitalista y de las instituciones que inspiran, sustentan o simplemente propician tan infame condición, se implantaría sobre la tierra un reino mesiánico de eterna justicia? ¡Cuánto se desmiente con los «clásicos» ejemplos de

sófico griego-romano, San Pablo se preguntara: «¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el escritor? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación» (1.^a Cor. 1:20, 21).

la Rusia soviética y la China maofista! ¡Cuánto con la Francia revolucionaria!³

Pero Marx no sólo desconocía la naturaleza humana. También sufría de una especie de aberración óptica espiritual. Urgido por la necesidad de ajustar todas las piezas del rompecabezas social a su «idea madre» de que la economía es el *fundamento* y el *factor decisivo* de la Historia, aporta como «prueba» de su tesis —para él hecho incontrovertible— todo el curso de la «explotación del hombre por el hombre». Concluye, lógicamente, que la revolución, el cambio radical de estructuras, es la respuesta a tanta ignominia social. No advierte que su «prueba» es sólo *efecto* de una causa más profunda y compleja: *la moral*.

Se ha dicho, por otra parte, que la sustancia de la verdad de un acontecimiento dado —sus motivos verdaderos— debe determinarse mediante el análisis ponderado de la «calidad y coherencia» de la explicación del historiador. Pero lo primero que nota el estudioso del pensamiento de Karl Marx es, precisamente, su incoherencia y las contradicciones que engendra. Como la *calidad* de la interpretación está, en cierto modo, condicionada o supeditada a la *coherencia*, se concluye, inevitablemente, que hay poco de *verdad esencial* en la filosofía marxiana. Se trata —en cuanto a la «causa» que da a los «efectos», no a éstos en sí, que son *hechos*— de simple especulación, puras lucubraciones. Dicho de otro modo: el «error» de Marx no radica en el señalamiento de la

3. Para el caso soviético véase la obra de John Plamenatz *German Marxism and Russian Communism*. Para el francés, *Reflections on the Revolution in France*, de Edmund Burke, y *A Documentary Survey of the French Revolution*, por John Hall Stewart. Para un análisis del comunismo en China, véase *Chinese Communism and the Rise of Mao*, por Benjamín I. Schwartz.

explotación del hombre por el hombre, la desproporcional distribución de la riqueza y la desigualdad e injusticia que provoca, sino en el *origen* que da a esos hechos de incontestable comprobación histórica.

Ahora bien, el pensamiento del filósofo germano comprende o abarca tres áreas científicas específicas: 1) la filosófica, 2) la sociológica, y 3) la económico-política. ¿Cuál es la *esencia* de su pensamiento?

Es ya opinión generalizada entre los estudiosos de las obras de Marx, que éste, con todo y su menosprecio de la religión, no logra abstraerse de su influjo.⁴ Inclusive no faltan los que dicen ver en el «espíritu religioso» del marxismo, no sólo un elemento constitutivo fundamental, sino lo único que en verdad lo distingue de todo movimiento similar antes y después de Marx. Otros han visto en ello la única y válida explicación de que la doctrina marxiana no tuviera una existencia efímera o meteórica, como esperaron ciertos teóricos en época de la primera edición del *Manifiesto comunista*.⁵

El profesor Eric C. Rust dice al respecto que «como judío él [Marx] no pudo desarraigarse de su herencia. Los ataques proféticos en contra de la injusticia, la noción de juicio en la historia, el uso del modelo linear para interpretar la historia dirigido

4. Resulta oportuno y curioso a la vez recordar que en un principio, como lo recuerda James Haskins, a Marx le parecieron ridículos los ataques que contra la religión emprendieron los llamados «doctores» del comunismo inicial, y que fue precisamente la burla que éstos hacían de la religión lo que le llevó a romper definitivamente con esos círculos en noviembre de 1830.

5. Véase la obra de James Haskins *Revolutionaries: Agents of Change*. Este autor, aunque niega a Marx el carácter de revolucionario y activista, reconoce empero el influjo universal de sus teorías en su época y en la nuestra (cap. 3, p. 53).

hacia el cumplimiento glorioso de la edad mesiánica, todos estos aspectos de influencia hebrea dejaron una marca indeleble en su pensamiento». Rust advierte, en efecto, que si queremos entender realmente la filosofía marxista es necesario tener esto en cuenta.⁶

Crane Brinton, en su obra *Ideas and Men*, señala que el marxismo llena a plenitud uno de los sencillos requerimientos de la religión: tiene sus libros sagrados, su escritura autoritativa, en la tradición ortodoxa de los escritos de Marx y Engels, con los comentarios, exégesis y adiciones de Lenin. También tiene sus herejías, de las cuales la mayor se asocia primero que todo con el nombre de Edward Bernstein, que sustituyó la revolución violenta y su consecuente dictadura del proletariado del marxismo ortodoxo, con el logro gradual de la democracia social y económica (igualdad) de la acción política.⁷

Fred Schwarz advierte el carácter religioso del marxismo al decir que «al casar el materialismo con la dialéctica hegeliana, llevó a cabo Marx una operación notable. Inyectó en el materialismo un elemento de devoción, sacrificio, iniciativa y propósito. Enunció una filosofía determinista y materialista, y aportó al mismo tiempo una dedicación intensa y apasionada para hacer que ocurra lo inevitable».⁸

6. Eric C. Rust, *El significado de la Historia*, cap. V, p. 19.

7. Crane Brinton. *Ideas and Men*, cap. 12, p. 374; J. B. Lippincott Company, Filadelfia-Nueva York, 1971. Para una discusión pormenorizada del tema véase el capítulo 12 de esta misma obra.

8. Fred Schwarz, *Usted puede confiar en los comunistas*, cap. X, p. 169. Este autor entiende que «la filosofía dialéctica es el aspecto más difícil, menos comprendido y tal vez más importante del comunismo», porque es «el credo filosófico de donde sacaron su fuerza impulsora, su estrategia básica y su confianza en el futuro» (*id.*).

Carls Bangs ofrece quince poderosas razones para probar no sólo que el marxismo es una religión,⁹ sino que es, además, una burda y grotesca caricatura del cristianismo. Entre éstas merecen citarse siete:

a) El comunismo presume de que encuentra su punto de origen en algo enteramente objetivo y externo del hombre;

b) Reconoce un elemento recalcitrante en la historia, algo que impide el cumplimiento pleno de la vida humana;

c) Describe el predicamento humano en función de una caída de un comunismo prehistórico y primitivo a una estructura de clases de opresor y oprimido;

d) Enseña que la salvación vendrá mediante la función mesiánica de los trabajadores, o sea, el proletariado;

e) Tiene un tenor urgente de que espera algo, y mira hacia el futuro; y

f) Ve la necesidad de una transformación radical de la existencia humana.¹⁰

Un pensador cristiano, Reinhold Niebuhr, incluye al marxismo entre las tres «religiones laicas» de nuestro tiempo, y dice que «con el liberalismo constituye una manifestación herética del cristianismo».¹¹ «No cabe duda —aduce Niebuhr— del carácter religioso del total programa, pese a su ostensible desdén por la religión y su pretensión de interpretación

9. Bangs sostiene que «el comunismo mismo es una religión. Los comunistas, al mismo tiempo que se enorgullecen de su programa puramente científico y sin religión, en realidad han hecho una religión de lo que ellos denominan "ciencia". Lo que es peor aún, ha resultado ser una caricatura secularizada del cristianismo, pues es muy obvio su parecido a nuestra religión, como aparente también es la corrupción que han hecho de ella» (cap. 4, pp. 51-52).

10. *Id.*, pp. 52-55.

11. Niebuhr, *Ideas políticas*, cap. I, pp. 14-15.

“científica” de las “leyes de la mutabilidad” en la historia... Por todas partes el sentido del fin último que caracteriza a las religiones se revela. El nuevo ideal viene a ser como una religión indirectamente relacionada con la fe bíblica, pero degenerada en dos puntos... El marxismo constituye, pues, una versión laica del mesianismo.»¹²

Tiempo y espacio faltarían para exponer otras opiniones similares de diversos estudiosos de la filosofía marxiana, con las cuales demuestran que el pensamiento de Karl Marx no pudo abstraerse del elemento religioso. Nosotros creemos que en la doctrina que tan cálidamente ha sido recibida en el mundo, no sólo está *contenida* la religión, sino que ésta es su *verdadera esencia*: Que no se trata de un aspecto importante del marxismo, sino de su naturaleza vital. En consecuencia, sólo en parte compartimos el criterio de Niebuhr en el sentido de que «el dogmatismo marxista, hermanado a sus pretensiones de racionalismo científico, constituye una fuente adicional de error».¹³

Creemos, en efecto, que el espíritu dogmático—esto es, religioso— es la *esencia misma* del pensamiento de Marx; que es el dogma lo que lo reviste de un vigor, de una pujanza, de un sentido de inminencia tan similar al mensaje de los antiguos profetas bíblicos. Es ese sentido de urgido dogmatismo lo que también da un carácter eminentemente religioso a todo movimiento político, social y económico que enarbole la bandera del «socialismo científico».¹⁴ Re-

12. *Id.*, cap. III, p. 40. Véase el ejemplo anecdótico de un oficial chino en el Apéndice de este libro.

13. *Id.*

14. A fin de evitar cualquier posible equívoco, conviene recordar que tanto en los círculos políticos como en los eclesiásticos (protestantes y católicos) se ha estado considerando al marxismo como la única ideología con mística capaz de llevar a cabo la revolución inevitable que predicó Marx.

cordemos, por pertinente, la advertencia de Bertrand Russell: «Ningún hombre puede ser un gran reformador sin tener una profunda fe en el valor de su propio juicio, más allá de lo razonable.»¹⁵ ¿Será Karl Marx una excepción?¹⁶

No basta, empero, afirmar que el pensamiento de Marx es, más que religioso, dogmático. No es suficiente corroborarlo con algunas citas de autores respetables y libres de todo prejuicio en este caso. Preciso es comprobarlo en los escritos mismos del filósofo y de sus discípulos. El lector advertirá, en efecto, al final de algunas porciones extraídas al vuelo de las obras de Marx, que verdaderamente toda la doctrina filosófica del profeta de Tréveris está impregnada de un «orden y mando»:

— «Las condiciones de existencia de la vieja sociedad están ya destruidas en las condiciones de existencia del proletariado.»¹⁷

— «El proletariado fundará su dominación por el derrumbamiento de la burguesía.»¹⁸

— «Una vez desaparecidos todos los antagonismos de clases... perderá el poder público su carácter político.»¹⁹

— «En sustitución de la antigua sociedad burguesa... surgirá una asociación en que el libre desen-

15. Citado por R. H. Carew Hunt, *op. cit.*, cap. X, p. 180.

16. A propósito del «socialismo científico», Crane Brinton dice que aunque en Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos floreció el socialismo [en el Partido Laborista, la Tercera Fuerza y los New Dealers], «uno debe estar muy claro que este... desarrollo difiere profundamente de lo que es todavía el mejor y más definitivo sentido del término socialismo: la muy específica secta fundada por Karl Marx» (cap. 12, p. 371).

17. Marx y Engels, *op. cit.*, cap. I, p. 38.

18. *Id.*, p. 39.

19. *Id.*, cap. II, p. 50.

volvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos.»²⁰

— «La socialización del trabajo y la centralización de sus resortes materiales han llegado a un punto en que no pueden ya encerrarse en el molde capitalista, que *está próximo a romperse. La hora postrera de la propiedad capitalista ha sonado ya. Los expropiadores van a ser expropiados.*»²¹

— «Lo que produce, ante todo, la burguesía capitalista, a medida que la gran industria se desarrolla, son sus propios sepultureros. *La eliminación de aquélla y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables.*»²²

Los acólitos de Marx —desde Engels hasta el último de los teóricos marxistas— no se expresan en términos menos dogmáticos y proféticos. Veamos algunos ejemplos que lo ilustren:

— «No habrá [en la sociedad mesiánica y sin clases] gente oprimida ni explotada, ni oscurantismo, ni ignorancia, ni miseria. En tal sociedad todos los hombres serán altruistas, comunistas inteligentes con alto nivel de técnica y cultura. Prevalecerá entre ellos el espíritu de asistencia mutua y amor. No existirán cosas tan irracionales como el engaño, el antagonismo, las matanzas y contiendas mutuas.²³ Tal sociedad, por supuesto, será la sociedad mejor, más hermosa y avanzada en la Humanidad... Como úl-

20. *Id.*

21. Karl Marx, *El Capital*, cap. XXVIII, p. 209.

22. *Id.*

23. Lo extraño y paradójico del caso es que para llegar a ese paraíso marxiano donde, según Shao-chi, no habrá «cosas tan irracionales como el engaño», sino un «espíritu de asistencia mutua y amor», es preciso seguir las orientaciones de Marx a los proletarios que han de llevar a cabo la revolución inexorable: adoptar la desconfianza por conducta e imponerse por el terror.

timo resultado de la lucha de clases de la Humanidad, *surgirá inevitablemente* ese tipo de sociedad.»²⁴

— «No se va al comunismo —dice Labriola— o no se retorna a él por abnegación espartana o por resignación cristiana. Puede ser, más aún, *debe ser y será* la consecuencia de la disolución de nuestra sociedad capitalista. Pero la disolución no puede serle inoculada artificialmente ni importada *ab extra*. Se disolverá por su propio peso, diría Maquiavelo. Desaparecerá como forma de producción que engendra de ella y en ella misma la rebelión constante y progresiva de las fuerzas productivas contra las relaciones [jurídicas y políticas] de la producción; y no subsiste sino aumentando por la concurrencia, que engendra las crisis, y por la extensión vertiginosa de su esfera de acción, las condiciones intrínsecas de su *muerte inevitable*.»

El propio Engels, que en carta dirigida a Kautsky el 12 de agosto de 1892 se queja de que la Federación Social Democrática, de Hyndman, había «osificado el marxismo en un dogma, rechazando todos los movimientos de trabajadores que no son marxistas ortodoxos»; que pretende que de ese modo se sigue «una política exactamente opuesta a la recomendada en el *Manifiesto*»;²⁵ él, repetimos, que se juzgaba «un hombre de ciencia», en un artículo publicado el 23 de enero de 1848 en el *Deutsch-Brusseler Zeitung*, se expresa en estos términos:

— «Luchad valientemente, pues, caballeros del capital. Necesitamos de vuestra ayuda; incluso nece-

24. Liu Shao-chi, *Cómo ser un buen comunista*, pp. 37-38.

25. William Ebenstein dice en su obra *Dos formas de vida: democracia y comunismo*, que «Marx estaba seguro de que sus ideas, y sólo las suyas, contenían toda la verdad; y el desconocimiento de su obra por el público inglés le produjo un amargo desengaño. Su fanatismo le impidió ver la libertad que había a su alrededor» (cap. 4, p. 117).

sitamos que gobernéis ocasionalmente. Porque sois vosotros los que debéis quitar de nuestro camino los vestigios de la Edad Media y de la monarquía absoluta. Vosotros debéis abolir la monarquía, debéis centralizar, transformar las clases más o menos míseras en verdaderos proletarios, reclutarlas para nosotros. Son vuestras fábricas y conexiones comerciales las que deben echar los fundamentos de la liberación del proletariado. Vuestro premio será *un breve período de dominio*. Podréis dictar leyes y esponjaros al sol de vuestra propia majestad. Pero recordadlo: *los pasos del verdugo resuenan en el umbral.*²⁶

26. Citado por Carew Hunt, p. 170. Los subrayados en las citas de Shao-chi, Labriola y Engels son nuestros.

III

EL PENSAMIENTO DE MARX el filósofo (2.^a parte)

En la primera parte de este capítulo vimos, en sentido general, lo que a nuestro juicio constituye la *esencia* del pensamiento de Karl Marx. Pero la obra de este filósofo abarca, como hemos dicho, los aspectos socio-económico, político y filosófico, por supuesto. El dogmatismo satura de tal modo cada uno de estos campos del pensamiento, que puede decirse con propiedad que religión y marxismo son una y misma cosa.

Ahora bien, aunque lo que antecede podrá comprobarse en el capítulo que hemos dedicado a las antinomias de Marx, permítasenos adelantar algunos ejemplos.

En lo *filosófico* puede decirse que lo más dogmático del marxismo es su pretensión de que todo cuanto ocurre en el mundo pasa por un proceso triple que

se denomina «materialismo dialéctico». Como lo explica en términos simples Fred Schwarz, se trata de «la filosofía... [que Marx] formuló tomando la dialéctica de Hegel, amasándola con el materialismo de Feuerbach, abstrayendo de ella el concepto de progreso en términos de un conflicto de fuerzas contradictorias, interactivas, denominadas tesis y antítesis, que culmina en un punto crítico, gordiano, en el cual una de ellas tumba a la otra, dando así nacimiento a la síntesis, aplicándola a la historia del desarrollo social. Y derivando de todo ello un concepto esencialmente revolucionario de cambios sociales».¹

Ya decíamos en el capítulo anterior que el pensamiento marxista se presenta a veces tan incoherente, ambiguo y confuso que uno no puede dejar de pensar si el filósofo de Tréveris no estaría tomándonos el pelo. Pero no somos los únicos que así pensamos. Carls Bangs dice con respecto al materialismo dialéctico que encuentra «muy difícil entenderlo, no porque la teoría sea tan compleja, sino porque no estoy seguro de que signifique algo. No estoy muy seguro de qué sea la "materia", y tampoco lo estaba Marx.² Marx vivió antes de que los hombres de ciencia descubrieran la materia en términos de moléculas, átomos y cargas eléctricas. La materia en aquel entonces significaba, como significa en el uso que le damos en la conversación, "algo" inerte, inactivo y muerto. La "materia" en sí misma, aparte de que participe de ella algún animal o planta viviente, no tiene poder de moverse, ni capacidad de cambiarse

1. Fred Schwarz, *Usted puede confiar en los comunistas*, cap. X, p. 170.

2. Carew Hunt recuerda la observación hecha en tal sentido por Sidney Hook de que Marx emplea el término *dialéctica* en siete sentidos distintos, por lo menos, sin que no siempre uno de estos sentidos sea compatible con los demás.

a sí misma. Y, sin embargo, Marx habla ahora de “materialismo dialéctico”... Pero ¿qué hace que la materia se mueva?, ¿es todavía mera materia? Marx no contesta estas preguntas. Sospecho que el tiempo vendrá, y tal vez pronto, en que el marxismo será arrojado en el rincón polvoriento de la necesidad humana».³

En lo *socio-económico* es notable, por la buena dosis de dogmatismo que contiene, la afirmación de Marx de que como las «proposiciones teóricas» del marxismo «no se fundan de ningún modo en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo», sino que son «la expresión

3. Carls Bangs, *El encuentro comunista*, cap. 3, pp. 32-33. Resulta conveniente recordar aquí la oportuna observación hecha por Carew Hunt en el sentido de que a pesar de que Marx y Engels hablan mucho acerca de la aplicación de la dialéctica a los fenómenos materiales, ninguno de los dos usa realmente el término *materialismo dialéctico*, que Plekhanov fue el primero en usar, al parecer, y que Lenin hizo circular más profusamente.

La frase, incongruente y confusa como es, tiene, sin duda, un sentido antirreligioso que Lenin procuró divulgar para oponer la filosofía comunista a la religión predominante en Rusia, la tradicional fe Ortodoxa. No hay que olvidar que el pueblo ruso era, y aún continúa siendo en parte, un pueblo profundamente religioso; dan fe de ello los millones de cristianos evangélicos de tipo bautista que quedan aún en aquel país, a pesar de las restricciones a que se hallan sometidos y las persecuciones de que han sido objeto. «Materialismo dialéctico» es una frase incongruente, pues si la materia es algo inactivo, muerto, inerte, ¿por qué aplicar tal calificativo a una filosofía que tiene que ver con algo tan vivo como es la vida humana y la organización de la sociedad? Solamente —decimos— para darle un aspecto adverso a la religión, como si no fuesen dos cosas enteramente diferentes. No; ni el comunismo puede ser materialista en el sentido estricto y literal de la palabra, ni las cosas del Espíritu, la religión y la fe, son óbice al comunismo como estructura social, ni hay razón alguna para que la tal estructura o filosofía de la vida presente choque con aquella otra filosofía que tiene que ver, mucho más que con lo temporal, con lo permanente y eterno.

de conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico en constante evolución», la eliminación de la burguesía y el triunfo del proletariado «son igualmente inevitables».⁴

Así, «el marxismo convirtió falsamente esta lucha —entre el rico y el pobre, propietarios y obreros en la moderna sociedad industrial— en un *hecho definitivo* de la historia, que supone lleva en sí mismo las posibilidades de una redención última de la misma»; si bien, como advierte James Haskins en su *Revolutionaries: Agents of Change*, el propio Marx no presumiera nunca de que tales ideas eran exclusivamente suyas.⁵

Respecto de la naturaleza dogmática del marxismo en lo que a lo puramente *político* se refiere, es famosa la pretensión de Marx de que como «toda lucha de clases es una lucha política», cuando hayan desaparecido los antagonismos de clases «perderá el poder público su carácter político».⁶

No es nada novedoso decir que setenta años después de publicado el *Manifiesto comunista* estalló en Rusia la revolución, pero poco más de media centuria después no ha dado señales de ser nada parecido a lo que Marx y Engels concibieron y esperaron. En cambio, tanto en los Estados Unidos como en Gran Bretaña los cambios que propugnaban «fueron algo más que transitorias victorias políticas»; y lo curioso del caso es que «se realizaron sin violencia ni revolución».

Más aún: «cuando la revolución se extendió al Continente europeo, desde Varsovia hasta París, en 1848, Inglaterra no fue afectada, porque allí los fines

4. Marx y Engels, *Manifiesto comunista*, cap. I, p. 27; II, p. 41; Karl Marx, *El Capital*, cap. XXVIII, p. 209.

5. Véanse citas de autores anteriores a Marx en las páginas 60 y 61.

6. Marx y Engels, *op. cit.*, cap. I, pp. 37-38; cap. II, p. 50.

de los movimientos revolucionarios de 1848 —que tenían por objetivo obtener una parte adecuada del poder social y político para la clase media— habían sido alcanzados ya, pacíficamente, mediante la Ley de Reforma de 1832. De manera semejante, no hubo revolución en Estados Unidos, en 1848, porque la ascendente clase media se hallaba firmemente establecida en el gobierno, debido a los cambios ocurridos en la escena política norteamericana en tiempo de Jackson».⁷

Aunque autores como Bangs sospechan que con el tiempo el marxismo «será arrojado en el rincón polvoriento de la insensatez humana», creen también que «todavía es un asunto muy serio para mucha gente, y como tal, es una amenaza a la verdad y a los valores humanos».⁸ Niebuhr ve en la ciega aceptación de esta doctrina una prueba abrumadora del desvarío universal. «Son innumerables —dice— las personas en el mundo occidental que se aferran angustiosamente a este desesperado idealismo. Que una tal y desesperada esperanza pueda aún inflamar las creencias de tantos hombres es algo que constituye una indicación de la desorientación del hombre moderno ante la significación de la vida.»⁹

Al considerar la influencia del marxismo queremos abstenernos en lo posible de indicar los procedimientos por los cuales el comunismo chino-soviético se ha apoderado de medio mundo en poco más de

7. William Ebenstein, *op. cit.*, cap. 4, pp. 134-135.

8. Carls Bangs, *op. cit.*, cap. 3, p. 33.

9. R. Niebuhr, *Ideas políticas*, cap. II, p. 36. Este autor sostiene que «las ilusiones del marxismo son los productos finales de una civilización cristiana que no ha conseguido captar las más elevadas posibilidades de la historia de la existencia humana o que ha proclamado la realización de una perfección que jamás podrá ser lograda por completo en este mundo» (*id.*, pp. 44-45).

medio siglo. Son asuntos demasiado sabidos y ampliamente analizados en obras especializadas.¹⁰ Procuramos más bien concentrar la atención en el impacto que ha producido esa ideología en el seno mismo del cristianismo religioso e ideológico.¹¹ Más que el *cómo* nos interesa determinar el *porqué*.

Veamos primeramente la influencia marxiana en el mundo político de los países llamados «cristianos» en Europa, Asia, Africa y América. Pensemos en Rusia. ¿Por qué triunfó el comunismo en este inmenso país? Se han dado varias razones, pero tres de las más socorridas son: a) la falta de tradición democrática del pueblo, b) el atraso económico y educativo, y c) la casi absoluta falta de apoyo a las reformas sociales y políticas. Ebenstein, que sostiene estos particulares puntos de vista, se expresa así del último:

«En la Europa occidental, durante el siglo XIX, la mayor parte de los movimientos de reforma habían sido inspirados y encabezados por ministros cristianos y laicos que tomaban en serio su religión. La reforma social y política, para ellos, no era más que la aplicación del amor y la cooperación cristianas a los problemas prácticos de la economía y de la política. Por el contrario, los movimientos rusos de reforma social carecieron de esta raíz religiosa. La Iglesia ortodoxa rusa estaba completamente domi-

10. En la primera parte de este capítulo se dieron algunas obras de referencia. Otras son: *The Russian Revolution* (dos volúmenes), de W. H. Chamberlin; *The Fall of the Russian Monarchy*, por Bernard Pares. Un trabajo más reciente es la obra del doctor Fred Schwarz *The Three Faces of Revolution*, en la que analiza los nuevos «aliados» del marxismo, tales como los *Black Panthers*, *Hippies*, *Weathermen*, *Yippies*, *Zippies*, etc., así como los grupos inspirados por las enseñanzas y ejemplos de Mao Tse-tung.

11. Véase nota 6 del cap. I, en página 16.

nada por el zar y, de ese modo, era incapaz de infundir en el ánimo nuevas ideas u ofrecer jefes para la reforma... En grado sorprendente, el complicado y oscuro lenguaje de los escritos de Marx se unió con el espíritu del misticismo ruso. La doctrina marxista de la salvación repentina en virtud de un solo acto "milagroso" (la revolución) le dio al marxismo un género de interés religioso.»¹²

Esta afirmación es veraz sólo en parte. Cierto es que hubo ese marcado desinterés de la iglesia ortodoxa rusa por cooperar en las reformas sociales y políticas, y que el clero, especialmente, estaba, más que al arbitrio del zar, en contubernio con éste. También es verdad que la jerga de los libros de Marx halló terreno fértil y propicio en esa situación. Pero es preciso no olvidar este hecho para no incurrir en innecesarias confusiones: la Revolución rusa no fue originalmente marxista.

Como se sabe, el advenimiento del marxismo al poder se produce en Rusia un año después (1918) del triunfo del movimiento emancipador de 1917. Esta Revolución, como ha dicho Churchill, fue de todo el pueblo, si bien a la zaga iban los acólitos de Marx y discípulos incondicionales de Lenin. El mismo Ebenstein reconoce que «mientras que la revolución democrática de marzo de 1917 se llevó a cabo casi sin derramamiento de sangre, la toma bolchevique del poder en noviembre provocó una sangrienta guerra civil que duró casi cuatro años».¹³

12. W. Ebenstein, *op. cit.*, cap. 5, p. 154. Para una discusión pormenorizada del tema véase la obra de Paul B. Anderson *People, Church and State in Modern Russia*. Un libro más actualizado es *Soviet Politics —The Dilema of Power: The Role of Ideas in Social Change*, de Barrington Moore, Jr.

13. W. Ebenstein, *op. cit.*, cap. 5, p. 154. Es decir, que la Revolución no sólo no era marxista —el partido apenas contaba con cuarenta mil miembros, o menos—, sino democrática, esto es, de todo el pueblo o de la mayoría de éste.

En Italia, por otra parte, el marxismo ha tenido una cálida acogida. Así como España ha venido a ser el principal bastión del catolicismo, Italia se ha convertido en la nación que agrupa las más poderosas organizaciones marxistas en la actualidad. ¿Cómo explicar este hecho? ¿Cómo han tenido este auge las ideas de Marx en un país donde se asienta el trono papal? Como en el caso de Rusia, hay diversas explicaciones, pero una de las más socorridas es la que se atribuye a la eficacia de la propaganda dirigida.

En efecto, el doctor Schwarz afirma que «el asalto comunista sobre la mente humana es históricamente único y su eficiencia alarmante». Según él, «los comunistas se han lanzado a la más grande cruzada literaria que ha conocido la Humanidad. Están produciendo hermosa literatura en casi todos los idiomas y la distribuyen en todos los confines de la tierra. En muchos países (incluyendo Italia, desde luego) estos libros no cuestan prácticamente nada... El precio no se relaciona con los costos editoriales, sino solamente con la capacidad económica de los compradores».¹⁴

Aunque reconocemos que es muy difícil atribuir a una sola causa, o a unas cuantas solamente, el auge de las ideas marxistas en Italia, principalmente después de la Segunda Guerra Mundial, es oportuno recordar que al final del siglo pasado esta doctrina había sido aceptada por la mayoría de los movimientos laborales y socialistas, con excepción de Gran Bretaña. Lo mismo puede decirse de los partidos social-demócratas, que adoptaron el marxismo como filosofía oficial.¹⁵

14. Fred Schwarz, *op. cit.*, cap. IX, p. 148. Como ejemplo dice que libros tan voluminosos como *Los problemas del leninismo*, de Stalin, que tiene más de ochocientas páginas, pueden ser comprados con muy escasa suma (*id.*, cap. VIII, p. 128).

15. Algo que podría explicar la influencia marxista en Italia es el apoyo dado por el Vaticano a las fuerzas nazi-

En esa época, alentado por los últimos trabajos de Marx y Engels, el marxismo pasó de un énfasis político vigoroso en la apremiante revolución, al cambio democrático y pacífico. Esta fue la posición asumida por la Internacional Obrera Socialista (la Segunda Internacional), un apéndice de los partidos socialdemócratas organizado en 1889.

En marzo de 1919 Lenin fundó la Tercera Internacional con ramificaciones de aquellas organizaciones reconocidas como únicos y legítimos partidos comunistas en sus países respectivos. Se trataba de antiguos socialistas que sobrevivieron a la Primera Guerra Mundial. La creación de la Tercera significó el pleno rompimiento con la Segunda Internacional Socialista. Se la concibió como un compacto partido mundial con una poderosa y centralizada maquinaria. Su propósito era revolucionario y su esfera de acción internacional. Su existencia se extendió por más de dos decenios, pero fue disuelta en 1943 como un gesto de buena voluntad de Rusia hacia sus aliados en la guerra contra la Alemania nazi.

En los años subsiguientes el movimiento comunista internacional operó con escasos beneficios de organización formal. Sin embargo, bajo la presión de los Estados Unidos y de la «guerra fría», Stalin fundó una entidad regional europea integrada por los más grandes partidos comunistas de la Unión Soviética, Yugoslavia, Rumania, Bulgaria, Checoslovaquia, Polonia, Francia e Italia. Debido a diferencias surgidas entre el mariscal Tito y Stalin, fue disuelta en 1956.

Por otra parte, en el período que medió entre la Primera y la Segunda Guerras Mundiales, los par-

fascistas, que, como se ha comprobado hasta la saciedad, precipitó la Segunda Guerra Mundial con el ataque de Mussolini contra la indefensa Etiopía en 1935. Una obra breve y un poco antigua, pero aún valiosa, es la del ex jesuita L. H. Lehmann, *La política del Vaticano en la Segunda Guerra Mundial*.

tidos comunistas de Europa occidental tuvieron una existencia precaria y marginada hasta el surgimiento de Hitler. En época del *Führer* evocaron la estrategia del Frente Popular y, en alianza con los partidos socialistas y el burgués izquierdista, obtuvieron el apoyo de millones de europeos temerosos del fascismo. En España se integraron frentes populares contra el general Francisco Franco, y en Francia obtuvieron una aplastante victoria parlamentaria en 1936. En ese país establecieron un gobierno bajo la presidencia del socialista Léon Blum.

Sin embargo, la preeminencia alcanzada por los comunistas durante ese período, fue socavada por el pacto nazi-soviético de 1939, cuando se les forzó a apoyarlo. Esta situación cambió rápidamente con el ataque alemán sobre Rusia, el 22 de junio de 1941, y por la colaboración soviética-británica-norteamericana contra los poderes del Eje.

Detrás del movimiento de resistencia el Partido Comunista Francés emergió de la guerra con el más grande movimiento laboral bajo su control. En las elecciones parlamentarias de 1945 obtuvo el 26 por ciento de los votos.

En 1948, los comunistas italianos, que habían organizado un tenaz y fuerte movimiento de resistencia contra Mussolini, ganaron el 32 por ciento de la votación parlamentaria, junto con sus aliados socialistas de Nenni. Pero tanto en Italia como en Francia los partidos comunistas fueron incapaces de ganar el poder. Su apoyo a la política del Buró de Información de los Partidos Obreros Comunistas, fundado por Stalin, desvaneció el vigor de su influjo y la respetabilidad de que habían gozado hasta ese momento. El Partido Comunista Finnish, también una importante fuerza política y sindical, participó en el primer gobierno de posguerra y consistentemente recibió más del 20 por ciento de los votos. Por lo general,

no obstante, los partidos marxistas se caracterizaron por su debilidad, si bien hay quien vea un signo de vigor y pujanza en la división del marxismo.

La escisión entre la China Roja y la Unión Soviética ha provocado la división en los partidos comunistas de Europa occidental. Pero sus líderes se han inclinado subsecuentemente por lo que parece ser una «política moderada» de los soviéticos.¹⁶ El acelerado y cada vez más acentuado fraccionamiento de esas organizaciones ha tenido su aspecto positivo: se ha hecho más patente la inclinación hacia la autonomía. Ello es particularmente cierto en Italia, donde bajo el liderazgo de Palmiro Togliatti el partido exhibió una mayor independencia del exterior que otras organizaciones marxistas. La misma tendencia se observa en Escandinavia con la aparición de la socialdemocracia.

En Iberoamérica los casos más notables de la influencia marxista, por lo menos exteriormente, se han dado en Guatemala, Chile y Cuba. El triunfo del comunista Jacobo Arbenz, en el primero, de Salvador Allende, en el segundo, y de Fidel Castro, en el tercero, son, sin duda, la mayor demostración de poder revolucionario del marxismo en el Continente. Desde luego, hay que advertir el carácter diverso de esos tres movimientos.¹⁷

16. La opinión de los entendidos en política internacional es que en los últimos años, con los acuerdos soviético-norteamericanos, la visita de Richard Nixon a China y otros acontecimientos de casi idéntica trascendencia, se ha producido una mayor distensión en las relaciones normalmente complejas de esas potencias y se ha neutralizado en parte la «guerra fría».

17. El régimen de Allende fue derrocado en septiembre de 1973 por un movimiento cívico-militar. En su lugar fue instalada en el poder una junta militar que encarceló, eliminó y expatrió a muchos de los seguidores del presidente y miembros de la coalición popular que le llevó a la primera magistratura del Estado.

Mientras Allende establece precedente con su asunción al poder por la vía electoral, Arbenz y Castro lo hacen por medio de la revolución. Sin embargo, aparte de que el triunfo marxista chileno se alcanza por escaso margen y sin el control parlamentario, tanto Castro como Arbenz inician sus movimientos en nombre de la democracia. Siendo así, resulta muy difícil —y podría ser ilusorio— determinar con precisión el grado de influjo marxiano, por el hecho objetivo de la victoria armada.

Hay que recordar, además, que el florecimiento del marxismo en el Continente iberoamericano parte de la época de la Segunda Guerra Mundial. Con anterioridad y durante ese período el fascismo tuvo gran popularidad y arraigo en Sudamérica, especialmente en la Argentina, Chile y Paraguay. Sólo cuando Occidente tiende la mano a Rusia para afrontar la amenaza nazi-fascista-nipona, esto es, cuando se pone de manifiesto una actitud favorable hacia aquella nación, la doctrina marxista comienza a ser vista con simpatía en América.¹⁸

La influencia marxista en las nuevas naciones de Asia y Africa parece ser muy marcada, aunque en países como Indonesia ha sido afrontada con cierto buen éxito.¹⁹ En la India la escisión chino-soviética ha suscitado una división similar entre los partidarios de la «coexistencia pacífica» moscovita y los de la «línea dura» pekinesa. Lo mismo sucede en Ceilán.²⁰ En el Japón el partido comunista era el mayor

18. Desde luego, hay que excluir a los Estados Unidos, que ya en época de la muerte de Marx —como decía Engels— era «el programa común de millones de obreros de todos los países, de Siberia a California».

19. El Partido Comunista Indonés era considerado uno de los más grandes fuera de los países comunistas, pero fue diezmado después del abortivo golpe rojo encabezado por el entonces presidente Sukarno, en 1965.

20. En Ceilán los trotskistas obtuvieron mayor número de votos en los comicios que las facciones pro-Moscú y pro-Pekín.

de los tres más grandes del país, pero la membresía, de cerca de un cuarto de millón, se dividió entre los simpatizantes de China y los de la Unión Soviética. Por lo demás, en Asia la balanza parece inclinarse hacia la línea-Pekín.

En lo que toca al Medio Oriente, el espíritu religioso árabe ha sido, hasta ahora, un serio obstáculo al influjo chino-soviético, no obstante el apoyo moral de China a la causa árabe y la notable ayuda técnico-militar de Rusia a Egipto, Libia y Siria. Empero, en esos y otros países del Levante el nacionalismo ha sido mucho más influyente que el marxismo en los más notables acontecimientos de los años recientes.

Por lo que al Africa respecta, el influjo marxista ha sido mayormente mediante la propaganda de los Estados que han adoptado esa ideología oficialmente, que por movimientos nativos y autónomos. De hecho los partidos comunistas han sido pocos. Se tiene entendido que la Universidad de la Amistad, de Moscú, provee asistencia académica y entrenamiento tecnológico. La URSS ha sido incapaz de convertir Guinea en una Cuba africana, mientras que China, en su disputa con los soviéticos, ha establecido programas de ayuda en varios Estados del Continente negro.

Consideremos ahora el *cómo, por qué y en qué* grado o medida ha influido el pensamiento de Marx en los partidos políticos occidentales y en las instituciones religiosas o cristianas.

Se recordará que, al referirnos a la influencia marxista en Europa durante la Segunda Guerra Mundial, señalábamos la circunstancia especial de que muchos millones de europeos secundaron los partidos comunistas o socialistas por la presión indirecta del naciente fascismo. Pero ésta, como muchas otras, es sólo una causa exterior, aparente.

Reinhold Niebuhr, después de negarse a aceptar que la confusión social de nuestra época sea conse-

cuencia de la expansión tecnológica; o que esa crisis se explique adecuadamente con el solo análisis de los fracasos de nuestra cultura, resume la situación del mundo occidental:

«Muchas de las llamadas naciones cristianas han dejado hace mucho de someter tanto su pensamiento como su acción a la poderosa influencia de los principios o de los imperativos cristianos. El vacío ha sido ocupado por diversas manifestaciones de tres tipos de creencia, que son:

a) Las creencias liberales, que consideran que la sociedad evoluciona hacia una comunidad universal y hacia una armonía sin fricciones de toda vida social, apoyándose en fuerzas inherentes a la historia misma.

b) Las creencias marxistas, que creen en idéntica consecución, pero con una idea más explosiva que evolutiva de los métodos a emplear para lograrlo.

c) El fascismo, que se distingue de los dos primeros por su nacionalismo, su particularismo y su cinismo.»²¹

La opinión de que el marxismo, más que el liberalismo, sustente o represente «una idea más explosiva que evolutiva» de los métodos que deberán em-

21. E. Niebuhr, *op. cit.*, cap. I, pp. 11-15.

Nosotros, a la luz de la experiencia, redactaríamos estos párrafos de Niebuhr de la siguiente manera:

a) Las creencias liberales, que consideran que la sociedad evoluciona hacia una comunidad universal y hacia una armonía sin fricciones, apoyándose en fuerzas inherentes a la historia y a la práctica de la democracia.

b) El Marxismo, que cree en idéntica consecución histórica, pero sin auténtica democracia y con una idea más explosiva que evolutiva de los métodos a emplear. Esto significa la más férrea dictadura, con absoluta supresión (transitoriamente —dicen—, pero la historia todavía no nos ha mostrado por cuánto tiempo) de todas las libertades.

c) El Fascismo, que se distingue de los dos primeros por su nacionalismo, su particularismo y su cinismo.

plearse en la consecución de la armonía social y de la paz universal, era cierta diez o doce años antes, pero no en la actualidad. Por lo menos en Iberoamérica las cosas han cambiado muchísimo en tal sentido en el último decenio. Los partidos y agrupaciones políticas liberales han adoptado no sólo el mismo lenguaje del marxismo, sino que en muchos aspectos han incorporado muchas de las ideas de esta doctrina en sus idearios y programas de gobierno, sin excluir la que a nuestro juicio es *esencial*, fundamental: el dogmatismo de lo *inevitable*.

Por ejemplo, en países como la República Dominicana, en el Caribe, y como Chile y la Argentina, en Sudamérica, es muy difícil distinguir por sus ideas y léxico a un marxista de un socialcristiano o de un socialdemócrata. En Chile, además, el llamado sector «progresista» o liberal católico —especialmente entre los jesuitas y otros sectores de vanguardia— ha hecho pública su intención —que es ya su resolución— de participar activamente en la «revolución inevitable», en la presunción de que sólo el marxismo ofrece una ideología que inspira y sirve de mística a la justa causa.²²

Insistimos, pues, que la influencia del marxismo en Occidente, y en los países iberoamericanos particularmente, se debe esencialmente —como apunta Niebuhr— al menosprecio y abandono de los principios e imperativos cristianos por los políticos, economistas, sociólogos y, aunque resulte paradójico, por los propios «hombres de iglesia». No hay otra explicación posible.²³

22. Como advertimos en nuestro libro *Iglesia y revolución*, ese sector del clero urge constantemente a los cristianos para que se unan a la revolución a fin de dar «orientación cristiana» al movimiento e impedir que degenera en totalitarismo.

23. A esto hay que agregar la ignorancia de que han dado muestras no pocos eclesiásticos respecto a las esencias del cristianismo.

Un vistazo a los hechos durante el último decenio hablará por sí solo. En Uruguay, el movimiento extremista los «Tupamaros» mantuvo en jaque al gobierno hasta hace poco más de dos años, cuando dio muestra de cierta aparente decadencia —que alguno podría considerar «simple estrategia»— a raíz del autogolpe del presidente José María Bordaberry con apoyo del Ejército.

En países como Brasil y Guatemala el movimiento marxista ha estado muy activo, especialmente con las guerrillas en este último. Los movimientos guerrilleros fueron un fuerte dolor de cabeza en Venezuela, y ahora, después de una tregua acordada a raíz de la asunción al poder del socialdemócrata Rafael Caldera, hay indicios de un resurgimiento de la violencia revolucionaria.²⁴

En la Argentina los grupos marxistas se aliaron y confundieron con el movimiento justicialista, y fueron factor preponderante en los esfuerzos para lograr el retorno de Juan Domingo Perón al país, después de casi dos décadas de forzado exilio. Ahora, sin embargo, parece recrudecerse la lucha entre peronistas y comunistas, debido a los intentos de éstos

24. En 1974 las elecciones fueron ganadas por el candidato del Partido Acción Popular, Carlos Andrés Pérez. Es importante señalar que la intención del entonces presidente Caldera de reconocer el régimen de La Habana, volcó en gran medida la votación popular a favor del candidato de Acción Popular, que se había mostrado en cierto modo intolerante con Fidel Castro. Sin embargo, una vez Pérez obtuvo el poder, integró su país a Costa Rica y Colombia en un intento para que la Organización de los Estados Americanos (OEA) levantara las sanciones contra Castro, impuestas por la organización regional en 1964, a raíz de acusaciones y presiones de Venezuela por alegada intervención castrista en los asuntos internos de ese país sudamericano. La propuesta de esta unión tripartita no fue acogida en una sesión de la OEA celebrada en noviembre de 1974 en Ecuador.

de capitalizar el régimen y a la oposición del justicialismo.²⁵

En países como Haití y la República Dominicana los grupos marxistas han estado activando la revolución. En este último, los marxistas, pese a su inveterada división, lograron integrarse momentáneamente en la revuelta armada que estalló el 24 de abril de 1965 con el propósito de reponer a Juan Bosch en la presidencia.²⁶ Después de los acontecimientos que provocaron la segunda intervención militar norteamericana en lo que va del siglo, los marxistas dominicanos se han dividido aún más. La escisión chino-soviética vino a acentuar esa fragmentación entre los grupos que profesan esa ideología allí.

Con todo, el poderoso influjo del marxismo ha calado hondo en la mayoría de la juventud del país. Esto es evidente en las Universidades y en todas las escuelas públicas y privadas de la nación, pero especialmente en la Universidad Autónoma de Santo Domingo; en la actividad de agrupaciones en las diversas instituciones docentes; en la formación de clubs y entidades de fachada social y cultural, pero que sirven con frecuencia para la formación de células de movimientos políticos por lo general al mar-

25. Perón falleció poco después de asumir la Presidencia y su lugar fue ocupado por su esposa, María Estela de Perón. A la hora de escribirse estas líneas ha habido un recrudecimiento sin precedentes de la violencia política en la Argentina.

26. Al cabo de varias negociaciones se firmó un Acta de Reconciliación Dominicana entre los dirigentes de la revuelta, las fuerzas militares que apoyaban la junta cívico-militar del Gobierno de Reconstrucción, y funcionarios de la Organización de los Estados Americanos (OEA). En los comicios de 1966, Bosch perdió en forma abrumadora de manos del candidato del Partido Reformista, Joaquín Balaguer, que había ocupado la Presidencia durante el régimen de Trujillo.

gen de la ley o abiertamente declarados ilegales por el Gobierno.²⁷

Ni las iglesias han escapado a la influencia marxista. Jóvenes que se dicen cristianos hacen causa común con los discípulos de Marx y Lenin y promueven el «diálogo» entre unos y otros. Un caso digno de mencionarse ocurrió durante la guerra civil de 1965. Muchos de esos jóvenes asumieron diversas actividades y responsabilidades en el bando «constitucionalista», obviamente controlado por los comunistas. Estos permitieron la transmisión de «programas evangélicos» por la radioemisora de la revolución,

27. El editor pudo constatar personalmente este hecho con motivo de una visita a la República Dominicana en el año 1967. Fue invitado a dar una conferencia en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Hubo una considerable asistencia e interés, tanto por la amena película del Instituto Moody de Ciencias que se proyectó, como por la disertación del visitante, basada en su libro *Pruebas tangibles de la existencia de Dios*. En el coloquio que siguió, hubo preguntas y respuestas que pusieron *in crescendo* el interés general, hasta el momento en que solicitó la palabra un asistente que introdujo la cuestión social. Se le respondió que éste era un tema totalmente diferente que merecía otra conferencia, pero él insistió en su perorata de propaganda marxista, apoyada por algunos compañeros, contrariando a no pocos interesados por el tema científico-religioso que se estaba tratando, y al cual ya no hubo manera de volver.

Lo mismo ocurrió en otra conferencia en el Centro Gallego de Barcelona. El presidente, un magistrado de la Audiencia Judicial de aquella ciudad, persona muy interesada en temas apoloéticos y religiosos, invitó al que suscribe a dar una conferencia sobre «La existencia de Dios», pero el coloquio que siguió corrió peligro de convertirse en una discusión político-social de no mediar la autoridad del presidente.

Muchas veces hemos quedado admirados del celo, con visos de fanatismo religioso, de los seguidores de Marx, que parecen no tener interés en ninguna otra clase de temas, por importantes que sean, más que en la «fe social» a la cual se han convertido al igual o con mayor fervor que los que proclamamos una fe de alcance presente y eterno.

pero los «mensajes» que se radiaron eran más bien de corte ideológico-revolucionario.²⁸ Poco después, un grupo de profesionales, encabezados por dos médicos cristianos, ingresó públicamente en el Partido Revolucionario Dominicano (PRD). En general, la juventud cristiana dominicana —católica y protestante— es de tendencia marcadamente liberal.

28. No se trata de un juicio, sino de la exposición objetiva de hechos bien conocidos en el país. El autor cree necesario decir, además, que la polarización de la juventud cristiana dominicana se ha hecho más obvia y patente desde entonces y que al presente no da señales sino de ser cada vez más extrema.

IV

LAS ANTINOMIAS DE MARX el ideólogo

Cristo deploraba la ligereza en el juicio. En más de una ocasión recriminó a sus adversarios religiosos su propensión a juzgar «según la carne»,¹ esto es, de conformidad con ese principio pecaminoso y malévolamente que agita, conforma y compele la naturaleza caída del hombre. Por ello, cuando les previene acerca de lo funesto de tal propensión, dice que no deben juzgar «según las apariencias», sino «con justo juicio».² Ya en su famoso *Sermón del Monte* había dicho: «No juzguéis, para que no seáis juzgados.»³ Pero estas palabras, entendidas a la luz de su contexto bíblico, no significan la prohibición absoluta del juicio humano, sino una prevención contra el prejuicio.

1. San Juan 8:15.
2. San Juan 7:24.
3. San Mateo 7:1.

Teniendo, pues, estas premisas en mente nos proponemos analizar ahora las contradicciones en que lamentablemente cayó Karl Marx. Antes veremos *dónde* están las fuentes de los errores del ideólogo; es decir, cuáles son los pensadores de los que se nutre su doctrina, y cómo son enjuiciados por el cristianismo. Hemos rehuido intencionalmente la consideración de las fatales consecuencias del marxismo dondequiera que ha sido anunciado e impuesto por los partidarios de Marx y Lenin. Nos limitamos a afirmar que como tal ideología se funda en un craso desconocimiento de la naturaleza humana, los regímenes dictatoriales a que ha dado origen no son otra cosa que el efecto natural y en cierto modo lógico de su aceptación o de su implantación. Ninguna otra explicación satisface al estudioso honrado del problema.

Muchas de las ideas de Marx que se estiman hoy originales de él en realidad absorben las de diversos pensadores y filósofos que vivieron antes de 1818, época en que nace el fundador del «socialismo científico»; amén de aquellos que son contemporáneos suyos. Es preciso recordarlo, porque estamos acostumbrados a pensar que sólo Hegel y Feuerbach influyeron decisivamente en las concepciones del padre del comunismo moderno. A manera de ejemplo y sin analizar su contenido, veamos algunas de las ideas que sirven de savia al pensamiento de Marx, y que eventualmente conforman su concepción general de la vida, del hombre y del mundo:

— «El espíritu de propiedad engendra el egoísmo, y por él dominamos a nuestros semejantes, valiéndonos de nuestra riqueza y de nuestro poder...» (Campanella).

— «La causa principal de la miseria pública es el número de nobles, de ociosos que viven del sudor y del trabajo de otro...» (Moro).

— «La fuente del mal es la ruptura de la unidad y de la comunidad del hombre con sus semejantes, o, lo que es lo mismo, el individualismo, la casta...» (Leroux).

— «De estas fortunas desproporcionadas, ¿no han de resultar, necesariamente, intereses diferentes y opuestos, todos los vicios de la riqueza, todos los vicios de la pobreza, la perversión de nuestras ideas, la corrupción de nuestras costumbres...?» (Mably).

— «La inmensa mayoría de los hombres trabaja y sufre en servicio y para la satisfacción de una escasa minoría, por lo que deben desaparecer las distinciones entre ricos y pobres, grandes y pequeños, amos y criados, gobernantes y gobernados» (Babeuf).

— «Los más sagaces o los más afortunados han despojado y despojan sin cesar a la multitud, por lo cual la rebeldía de los pobres contra los ricos es de una necesidad fatalmente inevitable» (Blanqui).

— «Los millones que constituyen la riqueza pública están acumulados en un pequeño número de personas, ¡y se quiere que todos sean libres!» (Schustar).

A nadie se le ocurriría negar que hay una notable similitud entre estos juicios y el pensamiento de Marx. De lo contrario, ¿de dónde extrajo el ideólogo de Tréveris la idea de que la propiedad engendra el egoísmo, y no éste a la injusta propiedad? ¿De dónde su conclusión de que el mal está en los ricos y la bondad en los pobres? ¿De qué fuente dedujo que el individualismo y la casta provocan o causan la ruptura de la unidad social, y de que colectivismo es la panacea a tanta iniquidad? ¿Quién le enseñó que era fatal a la sociedad la existencia de una clase rica y otra pobre? ¿Cómo y dónde aprendió la inevitabilidad de la revolución de los desposeídos y, en fin, de qué dialéctica indujo que la economía condiciona los criterios y valores humanos —que él

peculiarmente denomina «ideología»—, y no a la inversa?⁴

Vista, pues, la fuente y el origen de la mayor parte de las ideas básicas y sustanciales de Marx, pasemos ahora a ponderar sus antinomias e inexactitudes. Estas son múltiples y de naturaleza compleja. Comprenden tanto el campo filosófico, económico, sociológico, histórico y psicológico como el religioso.

Filosóficas. «Los caracteres generales del socialismo científico —dice R. G. Ormaechea— son el materialismo histórico, la evolución y la lucha de clases. Mas, en realidad, no son sino aspectos varios de una misma cuestión: la vida de la sociedad, examinada secretamente, sin prejuicios políticos ni religiosos, con arreglo al método positivo moderno...»

Excusando por el momento que el examen social del marxismo se haya efectuado o se efectúe «sin prejuicios políticos ni religiosos», consideremos primeramente qué significa Marx cuando habla de *materialismo histórico*. Se precisa, empero, analizar este

4. El cristianismo no niega la realidad histórica denunciada por estos profetas modernos. Reconoce, en cambio, que la propiedad privada no ha sido todo lo buena y útil que debiera, y que la acumulación de grandes capitales ha conducido a la autocracia y a la tiranía política. Se rehúsa, empero, a admitir —porque entiende que hacerlo así implicaría una simpleza o una puerilidad— que la propiedad, la riqueza y la condición de rico sean «malas» en sí mismas, y que la pobreza y la condición de tal sean en sí mismas «buenas». Afirma, en consecuencia, que estas cosas son inocuas e imparciales y que sólo su uso —movido por el egoísmo o inspirado por la caridad— puede determinar su *bondad* o su *maldad*. En definitiva: para el cristianismo el mal —la iniquidad social o individual— tiene su causa y origen *en* el hombre, no en las estructuras sociales. Entiende que la injusticia y la opresión son *efectos* de una causa moral más profunda y compleja. No cree que sea necesaria la supresión de los ricos o de las riquezas, porque, contrario a lo que predica el marxismo, la raíz del mal no está en el dinero, sino en el amor al dinero.

último término por separado, y luego concluir el significado de la frase completa.

En la época de Marx, como se dijo en el capítulo anterior, no se tenían ideas claras respecto de la *materia*. Quizá por ello se excuse al ideólogo el no haber precisado qué entendía él por tal. Ciertamente es que el tema del materialismo ha sido debatido desde los antiquísimos días de Leucipo (500 a. de C.) y de Demócrito (400 a. de C.). Pero aun hoy, cuando la materia se define en términos de átomos, moléculas y cargas eléctricas, no se puede distinguir con claridad entre sus tres estados observables: líquida, sólida y gaseosa.

Del estudio, pues, de obras tales como *The History of Materialism*, del germano Friedrich A. Lange; o *Space, Time, and Deity*, del británico Samuel Alexander, puede definirse el término *materialismo*, en su acepción filosófica, del modo siguiente: *teoría según la cual todo cuanto existe es materia o se deriva de ella*. Como se trata más bien de una especulación, y de ninguna manera de un hecho científicamente comprobado o comprobable, hubiésemos preferido emplear los términos «hipótesis», «supuesto», «tesis» o «conjetura». Pero valga el de *teoría* en su primera acepción, esto es, de *conocimiento especulativo*.⁵

Siendo que el concepto que se tiene ahora de la materia parte de la comprobación de las teorías de Albert Einstein respecto de las leyes naturales, y que éste las expuso cerca de un siglo después de publicado el *Manifiesto comunista* y medio siglo más tarde de la muerte de Marx (1883), este ideólogo no pudo haber entendido por materialismo lo que se

5. El doctor Donald C. Williams, profesor de filosofía de la Universidad de Harvard, reconoce que en tal sentido pueden distinguirse diversas definiciones, según lo que se entienda por «materia» y «derivado» de ésta.

entiende hoy en base a los descubrimientos de Einstein.

Cierto es que en cuanto a definición se refiere el materialismo sigue siendo lo que en época de Hume, Kant, Comte o cualesquiera de los filósofos que precedieron a Marx o que son sus contemporáneos. La diferencia estriba en que mientras para aquéllos partía de supuestos la afirmación de que todo cuanto existe puede sustraerse o reducirse a términos materiales, ahora se le da carácter verdaderamente científico.⁶

Lo cierto es que el término «materialismo histórico» no es de Marx sino de Engels. Este lo emplea por primera vez en su introducción a la edición inglesa (1892) de *Socialism: Utopian and Scientific*, escrita en colaboración con su amigo. Para entonces definía Engels la expresión en forma clara aunque indirecta: «Un concepto —decía— sobre el curso de la historia que investiga las últimas causas y la gran fuerza motriz de todos los sucesos históricos en el desarrollo económico de la sociedad, en los cambios de modos de producción y cambio en la consecuente división de la sociedad en clases diferentes y la lucha de clases entre sí.»⁷ Marx, pues, habla de materialismo o de la dialéctica aplicada a los fenómenos materiales: no de materialismo dialéctico. Y cuando emplea la expresión «materialismo histórico» lo hace tomándola prestada de su amigo Engels.

Autores como Adler, Croce y Berstein, por ejemplo, han formulado diversas críticas y objeciones al primer concepto —materialismo histórico—; pero de

6. Se precisa subrayar que esta última afirmación se hace a despecho de Einstein, cuyo aporte a la ciencia moderna en nada compromete su personal convicción de lo espiritual en el Universo.

7. Marx y Engels, *S.W. (Selected Works)*, II, p. 94. Citado por R. N. Carew Hunt.

todas éstas la de Berstein resulta mucho más pertinente para nuestro caso. Entiende este autor, en efecto, que en vez de materialismo histórico quizá debió de emplearse la frase «interpretación económica de la Historia», ya que de este modo se soslaya o rehúye el problema asociado con el materialismo filosófico, que en su criterio no se aviene a la teoría marxista. Desde luego, Berstein reconoce que de adoptarse el término que propone se dejaría entrever que existen diversas formas de interpretación histórica, y esto es asunto que los marxistas —persuadidos de que tienen, sin atenuantes, el único método verdaderamente científico— no admiten en lo absoluto.

Creemos, empero, con Carew Hunt, que el término usado por Engels es de preferir, ya que siendo el elemento realmente significativo, impide que el marxismo se desvincule de la más amplia filosofía del materialismo dialéctico, del cual es una aplicación particular.⁸

Entremos, pues, de lleno en las antinomias que se observan en el aspecto filosófico del marxismo. Tomando la dialéctica hegeliana como punto de partida, Marx pretende, aplicándola a la Historia, determinar que todo el curso de ésta se reduce a la «lucha de clases». Sería prolijo exponer en detalles su intrincada explicación del conflicto milenario entre feudalismo - pauperismo y burguesía - proletariado. Conformémonos, por tanto, con decir que siendo «leyes» las que, según él, activan las *tesis* y *antítesis* que se manifiestan en sociedad, es *inevitable* esperar la *síntesis final* resultante de ambas.

Las contradicciones del ideólogo germano no estriban tanto en aplicar la dialéctica hegeliana al proceso histórico-económico-social de la Humanidad,

8. R. N. Carew Hunt, *Pasado y presente del marxismo*, introd., p. 19.

como si la Historia estuviera sujeta a regularidad, sino en urgir, a los que supuestamente están llamados a presidir el *milenium* y disfrutar las bendiciones que traerá consigo el establecimiento de la «sociedad sin clases», a acelerar ese proceso.

La pregunta de rigor —la que expresa o tácitamente formulan todos los que analizan el pensamiento marxiano— es la siguiente: ¿No resulta un contrasentido y un absurdo que el proletariado, a instancias de la exhortación del *Manifiesto comunista*, procure unirse universalmente para activar y llevar a cabo lo que según los padres del «socialismo científico» ha de devenir por leyes que orientan la Historia? En otras palabras, ¿a qué afanarse para que el Sol salga, si *inevitablemente* será así?

Desde luego que la respuesta adecuada no se satisface con la afirmación hecha por el doctor Rust, en el sentido de que la creencia de Marx en que los trabajadores, pese a lo inexorable de la revolución, podían acelerarla, es demostración o prueba de que «él mantuvo una preocupación humanista y nunca descartó la libertad del espíritu humano». Es sorprendente que el profesor británico incurra en esa simpleza, cuando también ha dicho sólo unas líneas antes que «cuando joven, Marx era *más* humanista; pero, al formar su sistema, el determinismo prevaleció»; y cuando, una página antes, ha afirmado que el ideólogo «definió (la religión) como una ilusión, y al final de su vida llegó a defender un ateísmo materialista».⁹

Sin embargo, el problema que plantea este «extraño híbrido», como describe Carew Hunt al materialismo histórico, es más complejo de lo que esta obvia contradicción implica.

9. Eric C. Rust, *El significado de la Historia*, cap. V, pp. 20-22.

En efecto, admitamos momentáneamente que es como dice Marx: la Historia obedece leyes y éstas han de dirigir todo el proceso hasta el final. Pero, ¿cómo, si son *leyes* y los obreros ni nadie pueden alterar el curso ni el resultado, se insta al proletariado a acelerar el advenimiento e instauración del paraíso marxista? Adviértase que no se trata sólo de una antinomia común, sino de una *contradicción triple*.

La Historia —dice Antonio Labriola— «se hace de modo objetivo e independientemente de nuestra aprobación o desaprobación»; se trata de «una dinámica de género especial». Aceptémoslo así. Entonces, ¿a qué viene ese grito de somatén: «¡Proletarios de todos los países del mundo, uníos!»? Ni Marx, ni Engels, ni Labriola pueden explicarlo. Pues si no hay formas de eludir la victoria proletaria o de prevenir la caída de burguesía; si es ineludible e ineluctable que el curso histórico desemboque en la sociedad sin clases, por leyes y por la impotencia humana para frustrarlo; si es así, ¿no fuera lógica cosa esperar el resultado? He aquí el punto más embarazoso de la filosofía marxiana.¹⁰

Quizás alguien objete: Pero los cristianos creen firmemente en la instauración del Reino de Dios sobre la tierra; creen que aunque el mundo vaya de mal en peor ese reino vendrá y será establecido. Con todo, se esfuerzan en echar las bases de lo que *inevitablemente* ha de ocurrir. ¿No hay en ello una contradicción obvia? Y, sin embargo, nadie se lo

10. Se creería —como observa Carew Hunt— que, como «la dialéctica garantiza la transición final al comunismo, porque éste es el único resultado lógico de las contradicciones que todos los demás sistemas económicos engendran, cabría esperar que los comunistas pudiesen mantener una actitud pasiva aguardando la consumación inevitable; pero el hecho es que parece que no se fían y empujan constantemente».

recrimina. ¿Por qué hacerlo a Marx y a los marxistas?

Esta objeción merece ser adecuadamente contestada. En primer lugar, aunque los cristianos esperan el cumplimiento profético del Reino de Dios, esto no los descalifica para acelerar ese cumplimiento, si bien no pueden alterarlo negativamente. Pero hay algo más: sólo en un sentido *espiritual* los cristianos «echan las bases» de ese reino. Este tiene dos aspectos: uno material o histórico; otro espiritual e inmaterial. No obstante, el establecimiento del Reino de Dios ni las leyes por las que se regirán sus súbditos serán el resultado de la perfección del Estado terreno, no importa el grado de excelencia o de humanización que éste haya alcanzado o pueda alcanzar en el proceso histórico. El Reino de Dios será consecuencia de la *directa, personal y terminante* intervención divina en la Historia.

Resumamos, pues, esta momentánea digresión: el cristiano no ha sido declarado incapaz de urgir el advenimiento del Reino de Dios, como lo ha sido el proletario en el sistema marxista; la actividad cristiana promueve ese reino, pero no puede impedir su cumplimiento; contrario al marxiano, que se declara inepto o inapto para alterar el curso que supuestamente desembocará en el paraíso rojo y, no obstante, se lo insta a hacer lo imposible. La fundación del Reino de Dios no ha sido dejado a «leyes» —supuestas o reales—, sino a la intervención, a la literal irrupción de un Ser real, personal, infalible y todopoderoso.

Económicas. Es opinión de algunos estudiosos del pensamiento de Marx que el «materialismo histórico» no es más que un pretexto para «demostrar que los cambios que se realizan dentro de la sociedad se efectúan de acuerdo con leyes que operan inexorablemente e independientemente de la voluntad hu-

mana», si bien, «al mismo tiempo, sus escritos y los de Engels contienen numerosos textos implicando que la voluntad del hombre es factor decisivo del cambio, como debe serlo si el célebre llamamiento “¡Trabajadores de todo el mundo, uníos!” tiene que ser algo más que una frase retórica». ¹¹

Aunque es así, y aunque esa concepción haya suscitado encendidas polémicas entre los marxistas y entre éstos y sus adversarios naturales, hay que convenir en que no sólo cuenta con innumerables adeptos, sino que un aspecto del mismo —el sentimiento final de los eventos presentes— es lo que desde un principio «dio al marxismo gran parte de su poder y urgencia». ¹²

Para comprender hasta dónde el «materialismo histórico» ha sido determinante del auge del pensamiento marxista, basta recordar que fue la creencia de que la Historia se encaminaba a la culminación de los siglos, al advenimiento inminente de Cristo y al establecimiento del reino mesiánico, lo que constituyó el principal acicate de la evangelización en la Iglesia primitiva. Sin ese sentido de apremio y sin la persecución que la actividad misionera provocó entre los líderes del judaísmo, quizá se hubieran necesitado varios siglos antes que el cristianismo estuviera en condiciones de traspasar las fronteras de Palestina. Tal ha sucedido con el marxismo, cuyo sentido de urgencia ha sido factor determinante de su progreso y aceptación universal.

Independientemente de lo que se diga o piense, sin embargo, no podemos menospreciar en lo más

11. No podría ser una mera «frase retórica», puesto que Engels, en el prefacio de la edición rusa del *Manifiesto* (1882), en cierto modo deplora el que cuando éste apelara a la unidad universal del proletario «sólo unas voces» respondieran positivamente.

12. Carls Bangs, *El encuentro comunista*, cap. 3, p. 35.

mínimo el efecto de la afirmación marxista de que la economía es el *factor decisivo y determinante* del proceso histórico. Esa doctrina es esencial al pensamiento de Marx y gran parte de su apologética gira en torno de ella. No la supera ni el materialismo histórico ni el dogmatismo que caracteriza toda la enseñanza del ideólogo de Tréveris, pues precisamente está saturada de éste y se funda en el materialismo dialéctico.

Sin embargo, creemos que no se hace justicia al marxismo cuando se atribuye a Marx o a Engels el haber afirmado alguna vez que el factor económico, siendo decisivo y determinante en la Historia, sea o haya sido «el único factor» determinante del proceso histórico. En ese error incurren autores como Ebenstein, que, al objetar el extremismo a que llegó Marx en su hipervaloración del factor económico en la Historia, dice lo siguiente:

«Si Marx se hubiese contentado con subrayar de nuevo la importancia del factor económico en los asuntos humanos, su pensamiento quizás hubiese atraído al sentido común de muchas personas. Pero Marx fue mucho más allá. Pretendió que el factor económico era el *único o decisivo* del pensamiento y la acción humana. Así, en efecto, redujo al hombre y la sociedad al nivel de la estadística económica. Esa simplificación exagerada desconoce el hecho de que la acción humana es demasiado compleja como para ser explicada por un solo factor.»¹³

En realidad, esta suposición de Ebenstein no parece tener sentido si se piensa que sólo un cuarto de siglo después de editado el *Manifiesto comunista*, como dice Engels, era «el programa común de millones de obreros de todos los países, de Siberia a California». Pero además parece desconocer el he-

13. William Ebenstein, *Dos formas de vida*, cap. 4, p. 121.

cho, advertido por David Thomson en su *Historia Mundial (1914-1950)*, de que en países como Gran Bretaña, Alemania, Francia y Escandinavia, esto es, «allí donde había amplia libertad de acción, un sistema industrial bien desarrollado y un fuerte movimiento sindical», se observó que «la tendencia más poderosa era hacia el intento (por parte de los partidos y organizaciones socialistas) de adquirir poder político por las vías parlamentarias y constitucionales». Que del mismo modo «el marxismo continuó teniendo mayor sentido allí donde un cierto grado de industrialización coexistía con la ausencia de procedimientos eficaces de gobierno constitucional, como en Rusia después del notorio fracaso de la Duma de 1905».¹⁴

Por otra parte, Marx no intentó llevar las cosas al extremo que Ebenstein le atribuye, aunque ése ha sido el resultado de la interpretación y práctica de su doctrina. Efectivamente, ya en una nota de la edición francesa del primer tomo de *El Capital*, Marx subraya su criterio al respecto: «El modo de producción y la relaciones sociales que de él se derivan, en una palabra, la estructura económica de la sociedad, es la *base real* sobre la que se asienta el edificio jurídico y político, de tal suerte que el modo de producción de la vida material domina *en general* el desenvolvimiento de la vida social, política e intelectual.»¹⁵

14. David Thomson, *Historia Mundial (1914-1950)*, cap. III, pp. 90-91. Este autor dice, además, que «había... una estrecha correlación entre los anteriores triunfos de la democracia liberal y el avance del socialismo parlamentario; y [que] la hendidura entre la democracia social de la Europa de Occidente y el comunismo totalitario de la Europa Oriental se origina en esa correlación» (*id.*).

15. Citado por R. G. Ormaechea en su trabajo *Notas complementarias al «Manifiesto comunista»*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1967.

El propio Engels, en una carta fechada en 1890, deplora el que se haya tergiversado el concepto de ambos:

«Según la concepción materialista de la historia, la producción y la reproducción de la vida real son los factores decisivos en última instancia en la historia. Ni Marx ni yo hemos querido decir nunca otra cosa. Cuando, falseando nuestra doctrina, se nos hace decir que el factor económico es *el único decisivo*, se nos atribuye una opinión absurda y abstracta. La situación es *la base*; pero los diferentes elementos de la estructura superior, formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, constitución establecida por la clase vencedora después del triunfo, leyes y hasta los sentimientos reflejos que todos esos combates reales llevan al cerebro de quienes en ellos lucharon, teorías políticas, religiosas, jurídicas, etcétera, etc., *todo esto ejerce su influencia en el curso de los movimientos históricos* y acciona, a veces, de modo preponderante, sobre su forma.»¹⁶

Se nos ocurre, pues, que el fallo de autores como Ebenstein radica en identificar y tomar como sinónimos los términos *decisivo* y *único*. Es un error. Una cosa pudiera ser decisiva sin ser necesariamente única. Lo primero, puede ser lo *predominante*; lo segundo, es lo *necesariamente exclusivo*. Marx y En-

16. Desde luego, teniendo en cuenta la advertencia de Crane Brinton en el sentido de que «aun entre los expertos no hay nada cercano a un acuerdo general acerca de la verdad y el valor de las ideas marxistas», hay también que excusar los deslices en que incurren autores competentes, por la imprecisión, equívocos y ambigüedades que en muchos aspectos caracteriza las obras de Marx.

Insistimos en que esa era la creencia de Marx y Engels. No es de ley atribuirle a nadie lo que jamás soñó decir o escribir; si bien reconocemos que, de hecho, el exagerado énfasis en el factor económico tuvo el efecto histórico-social que los pontífices del «socialismo científico» no pudieron prever. El subrayado es nuestro.

gels entendían en la primera acepción lo decisivo del factor económico en el devenir histórico.¹⁷

Por supuesto, esta explicación no excusa en modo alguno el «lado flaco» del marxismo en tal sentido. El aceptar la aclaración hecha por Marx y Engels no implica ni podría significar asentimiento de su criterio; simplemente fijamos en su justo medio el pensamiento de ambos. No negamos, en efecto, que la Historia esté literalmente dominada por el factor económico. El propio Ebenstein reconoce que «la importancia que Marx da al factor económico en los asuntos humanos no podía estar completamente equivocada, pues de lo contrario no hubiese adquirido nunca la influencia que ha tenido».¹⁸

Rust también admite que «el énfasis marxista dando gran importancia a los factores económicos en la historia es válido con ciertas aclaraciones». Y aunque niega, por ejemplo, que los ideales espirituales del hombre religioso están *determinados* por fuerzas económicas, acepta que «muchas veces están *restringidos* por ellas».¹⁹ Niebuhr afirma que «el tener en cuenta los intereses es algo tan obligado e inevitable en relación al conocimiento histórico que no deja de resultar sorprendente que esto haya sucedido con plenitud hasta muy adelantada la historia de la cultura, así como que haya sido el marxismo, un credo poleamista, el primer agente para un tal descubrimiento».²⁰

Es precisamente en ese «determinismo» de la doc-

17. Véase Karl Marx, *Interpretation of History*, por M. M. Bober, Harvard University Press, 1950.

18. William Ebenstein, *op. cit.*, cap. 4, p. 119.

19. Eric C. Rust, cap. V, p. 23.

20. Niebuhr, *Ideas políticas*, cap. XI, p. 155. Quizá sea necesario aclarar que este autor cristiano en modo alguno está atribuyendo originalidad o exclusividad a Marx y Engels en lo que respecta a la importancia del factor económico en la historia, y particularmente a los intereses humanos. Lo que dice es que hasta la aparición de estos profetas no se los tuvo en cuenta «con plenitud».

trina marxiana donde radica el *quid* del problema. Ciertamente es, como ha argüido el italiano R. Mondolfo, que si la voluntad humana es parte integral del aspecto dialéctico del proceso, el materialismo histórico se funda en una falsa analogía con el materialismo filosófico, que es materialismo. Es verdad que por esa misma causa no puede calificársele de determinismo histórico. Pero no puede negarse que, en el fondo y de hecho, haya tenido esa implicación y ese aparente resultado.

Al considerar en el capítulo segundo de este libro el pensamiento de Marx, afirmábamos que éste desconocía la verdadera naturaleza humana. No se trata, reiteramos, de una simple afirmación: es un hecho fácilmente comprobable. Y nada lo demuestra más que la síntesis del contenido del *Manifiesto comunista*. En éste se pretende que «la ideología de una época es el reflejo de su economía; la moral, creación del medio; el derecho, consagración de las relaciones sociales creadas por el régimen de propiedad; en suma, que el factor decisivo de la historia es la economía».

Un estudio reposado y menos arbitrario de la Historia revelará que sólo en apariencia el factor económico ha sido determinante de los acontecimientos que han incidido poderosamente en el curso histórico, en el cambio de las estructuras sociales y en el destino mismo de la Humanidad. Ello no significa, desde luego, que «el factor económico existió generalmente, en mayor grado unas veces que otras». Como ha dicho Ebenstein, nadie duda que «una victoria persa... hubiese dañado económicamente a los griegos»; pero «la pérdida principal para éstos (y para todo el mundo occidental) habría sido la destrucción del concepto griego de vida, con su devoción a la verdad, al valor moral y a la integridad personal».²¹

21. W. Ebenstein, *op. cit.*, cap. 4, p. 122.

Lo que negamos más bien es que el factor económico —presente e influyente en todos los grandes sucesos de la Historia— sea en realidad el que los haya determinado ni mucho menos. Si se estudia la Historia con cuidado, sin apasionamiento, con relativa objetividad, no arribaremos a conclusiones fútiles o interesadas, ni haremos de nuestra interpretación una mera válvula de escape a nuestras frustraciones personales o sociales, como ciertamente creemos que hizo Marx. Veremos que allá, en el fondo del corazón humano, subyace el egoísmo, la vanidad y la soberbia del hombre universal, tan ávido siempre de gloria y poder.

Se observará, además, que debajo de la superficie, más allá de lo que puede advertirse a simple vista —la incidencia y predominio de la economía en la sociedad—, radica la verdadera causa de la iniquidad social en sus diversas, múltiples y complejas manifestaciones. Así, se verá que si existe un Imperio Romano es porque hay un César; si un Nazismo, porque hay un Hitler. Pero se comprenderá, al mismo tiempo, que ni el uno ni el otro son ni podrían ser raras excepciones; que el emperador romano y el dictador germano son sólo puntos sobresalientes en las desorbitadas ambiciones del hombre universal. Porque, efectivamente, ¿cuántos Césares y Hitlers «en potencia» ha visto desfilar la Humanidad? ¿Cuántos, por «destino» o por «mala suerte», no pudieron convertir en realidad sus sueños de gloria, grandeza y predominio? ¿Cuántos de éstos permanecen anónimos, perdidos en la masa informe y acéfala? ¡Sólo Dios lo sabe!

Marx no era del todo ignorante de esto. Cuando en *El Capital*, en el *Manifiesto comunista*, o en cualesquiera de sus obras, se refiere él a la «cruel y espantosa expropiación», al «vandalismo increíble», a los «móviles más infames», a las «pasiones más

sórdidas», etc., no sólo está reconociendo tácitamente la existencia e influjo de hombres inicuos, sino que va más allá de muchos eclesiásticos contemporáneos que se solazan con la peregrina idea de que el hombre es «bueno por naturaleza», o de que puede llegar a serlo. ¿En qué, pues, estriba el fallo del ideólogo? No en la crítica, que muchas veces corresponde a la realidad, sin excluir o exceptuar la esfera religiosa. Consiste en su pretensión de que aquello era o podía ser sólo obra de los que son «malos necesariamente»; y en la igualmente pobre presunción de que los que sufrían la ignominia de la explotación eran o debían ser «necesariamente buenos».

El doctor Herbert Butterfield, profesor de la Universidad de Cambridge, en su obra *El Cristianismo y la Historia*, deplora lo que para él es una paradoja: «que los cristianos, después de haber predicado... durante siglos sobre las imperfecciones de la naturaleza humana, hayan permitido que los marxistas les ganen de mano e incorporen esta afirmación a la estructura de su historia. Así fue como un aspecto importante cayó en poder de hombres que tenían sobrados motivos para hacer un mal uso de él en sus escritos históricos».²²

Con todo, el historiador británico rechaza de plano la pretensión de aquellos que se atreven a forjar planes semipolíticos para salvar el mundo, presumiendo que éste está dividido simplemente en buenos y malos y que la Historia puede sustraerse —como de hecho Marx— a conflictos de clases. «Si concebimos la historia —dice Butterfield— como una lucha de hombres intachables, puros y rectos contra otros irremisiblemente malos, veremos la raza humana reducida a dilemas sorprendentes y categorías irreductibles. Más vale considerar de entrada que la naturaleza humana

22. H. Butterfield, *El Cristianismo y la Historia*, cap. II, pp. 54-55.

—incluyéndose uno mismo— es generalmente imperfecta.»²³

Concluamos, pues, esta fase de la discusión, señalando que aun admitiendo el predominio de lo económico en el devenir humano y bajo cualquier régimen, será siempre una explicación más racional considerarlo como algo relativamente accidental: no de naturaleza fatalista o determinista. O lo que es lo mismo: despojarlo de esas «leyes» dialécticas y dogmáticas —los huesos y nervios con que Marx ensambla la economía pretendiendo que asume una postura fundamentalmente científica.

Sociológicas. Marx y Engels no siempre se muestran tan lúcidos, objetivos y científicos como ellos y sus partidarios pretenden. Ya hemos dicho que nadie puede sustraerse a la idea de si quizás estos hombres nos hayan estado tomando el pelo. Pero lo que afirmamos del equívoco e intrincado pensamiento marxiano-engelsiano no es una opinión aislada. El doctor Bangs nos recuerda el cinismo con que Marx y sus seguidores evadieron las objeciones de los críticos a su pretendida «ciencia», y cómo se burlaron de aquellos que se atrevieron a perforar la «máscara con sentido doble» o ambiguo observable en muchas de sus proposiciones.²⁴ El doctor Robert Wilbrandt, profesor de economía de la Universidad de Tübingen, aun describiendo el *Manifiesto comunista* como «grandioso», admite que Marx y Engels «despachan satíricamente, con demasiada desenvoltura, todas las objeciones de la burguesía contra el comunismo, y

23. *Id.*, p. 52.

24. Como ejemplo, A. Gray nos recuerda en su *The Socialist Tradition*, que Marx dedica tres densos volúmenes de *El Capital* al análisis del concepto de *valor*, sin aclarar nunca qué significa con ello. Lo mismo ocurre con *bedingt* (determina) y *bestimmt* (condiciona), que tanto él como Engels emplean indistintamente y como voces sinónimas.

desdeñan todo ideal como ideología, en el tono despectivo con que empleaba esta palabra Napoleón». ²⁵

Seríamos ilusos, desde luego, si llegáramos a suponer siquiera que el aspecto sociológico de la doctrina marxista constituya o pueda constituir una excepción. Basta recordar, para disipar toda duda al respecto, que el pensamiento de Marx, estableciendo los dogmas de lo *inevitable*, de lo *inexorable* y de lo *inminente*, ha impregnado de espíritu religioso todas las facetas de su sistema, aunque se trate, paradójicamente, de una «religión atea y materialista».

No está muy claro, por otra parte, el enfoque que tanto Marx como Engels efectúan respecto de la lucha de clases y el fundamento social. Tal cosa es observable cuando se coteja la tesis de la lucha según se expone en el *Manifiesto comunista* escrito por ambos, con la que Engels expuso luego separadamente. Para éste, en efecto, los «antagonismos de clases» son *consecuencia* de las nuevas relaciones sociales engendradas por la incesante productividad del trabajo en la así llamada «sociedad consanguínea». Marx cree que la «nueva sociedad» —la que procrea la consanguínea— *se funda* en la lucha de clases. Engels sostiene que los conflictos entre las clases «se abren paso libre» en la sociedad moderna, pero no afirma, como Marx, que constituyan necesariamente el *fundamento* de ésta. Ambos, empero, tienen en común el detenerse en los *efectos visibles* del problema social: no en sus causas ocultas o subyacentes.

Sin embargo, ello no debiera de escandalizar a nadie. Es lo que habría de esperarse si nos atenemos a la afirmación de Labriola, en el sentido de que

25. Se precisa recordar aquí que, para el marxismo, «ideología» no significa un método racional, sino el subjetivismo de que las ideas del hombre son «efectos» de situación material o económica.

el *Manifiesto comunista* —vale decir la síntesis del pensamiento marxiano— es «una mina inagotable de pensamientos que el lector puede fecundar y multiplicar indefinidamente». ¿No será ésa, por ventura, la causa del desconcierto en el mundo comunista, que ha llevado a la escisión chino-soviética?

Dejando de lado estas antinomias menores entre los *Pontifexes Maximus* del comunismo, pasemos a considerar aquellas que fácilmente pueden observarse en el pensamiento del propio Marx.

Desvistiendo la dialéctica hegeliana de su túnica idealista y ajustándola a su propio criterio de las cosas, el ideólogo afirma que «las condiciones de existencia de la vieja sociedad están ya destruidas en las condiciones de existencia del proletariado».²⁶ Esta categórica declaración, unida a la no menos dogmática de que «la eliminación de aquélla [la burguesía] y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables»,²⁷ podría suponer que la «vieja sociedad» sería pulverizada «sin manos», como el coloso del rey babilonio. Podría colegirse así, principalmente, por la gran dosis de «determinismo» que contienen ambas conclusiones. Ya hemos visto, sin embargo, que al final del *Manifiesto comunista* se las contradice con la famosa exhortación: «¡Proletarios de todos los países, uníos!» Uno queda estupefacto cuando lee semejante incitación a la luz de su contexto.

El doctor Schwarz ilustra la antinomia implícita en la «dedicación intensa y apasionada [del marxiano] para hacer que ocurra lo inevitable». Dice que «si un grupo de personas están totalmente convencidas de que el sol va a salir a las cinco y media de la mañana, sería muy difícil convencer a estas personas a que se levanten una hora antes y trabajen

26. Marx-Engels, *Manifiesto comunista*, cap. I, pp. 38-39.

27. Karl Marx, *El Capital*, cap. XXVIII, p. 209.

como esclavos para hacer que el sol haga lo que saben que tiene que hacer. Pues algo así —aduce— es lo que logró Marx». ²⁸ La comprobación histórica de esta contradicción patente será considerada más adelante.

El asunto es, pues, hartamente confuso. Porque en el mismo *Manifiesto comunista* en que Marx condena la burguesía a una ruina indefectible e irreparable, ahí mismo afirma que por cuanto los proletarios «no tienen nada que salvaguardar que les pertenezca, tienen que destruir toda garantía privada, toda seguridad existente». Pues, señor, si la «vieja sociedad» está llamada a desaparecer bajo los escombros de sus propias ruinas —las condiciones de su existencia, dice—, ¿por qué no arguardar la ocasión? Parece que esperar no basta. Y Marx, quizá sin advertirlo, lo deja entrever ya en su célebre ¡somatén!

Desde luego, resultaría fútil todo intento de probar que no hay incompatibilidad entre lo *inevitable* y la *promoción* de ello. Porque si bien esto pudiera ser en cualquier otra teoría, no en el marxismo, que ha descalificado al hombre como ser capaz de alterar en alguna forma el proceso dialéctico, según su peculiar interpretación de la Historia. ²⁹

Veamos. Afirmando que «para oprimir a una clase hace falta al menos poder garantizarle condiciones que le permitan vivir en la servidumbre»; y rechazando al mismo tiempo que sea ésa aptitud o habilidad de la burguesía, Marx dirá que ésta «es incapaz de desempeñar el papel de clase dirigente y

28. Fred Schwarz, *Usted puede confiar en los comunistas*, cap. IX, pp. 170-171.

29. Hay que convenir con autores como G. D. H. Cole y Carew Hunt, que Marx a veces dota al hombre de voluntad independiente de las fuerzas económicas, y en otras procede a la inversa, si bien tampoco se muestra claro en el significado de dichas fuerzas.

de imponer a la sociedad como ley suprema las condiciones de su existencia de clase... La sociedad —aduce— no puede vivir bajo su dominación; lo que equivale a decir que la existencia de la burguesía es en lo sucesivo incompatible con la de la sociedad». ³⁰

No se piense en la contradicción histórica que ya en época de Marx envolvía esa declaración. Júzquese más bien su inconsistencia sociológica a la luz de esta otra afirmación suya: «La sociedad burguesa moderna, levantada sobre las ruinas de la sociedad feudal, no ha abolido los antagonismos de clases. No ha hecho sino sustituir con nuevas clases a las antiguas; con nuevas condiciones de opresión, con nuevas formas de lucha.» Luego aducirá: «Allí donde ha conquistado el poder ha pisoteado las relaciones feudales, patriarcales e idílicas. Todas las ligaduras multicolores que unían el hombre feudal a sus superiores naturales las ha quebrantado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre hombre y hombre que el frío interés, el duro *pago al contado*.» ³¹

No conforme con ello, Marx se referirá a la burguesía como la «clase reinante», la «clase dominante»; de la «conquista del poder político por el proletariado»; y hablará de la necesidad de abolir «las relaciones de propiedad que han existido hasta aquí» (1872) y que habían sido impuestas por la burguesía precisamente. «Vuestro derecho —dirá a los burgueses— no es sino la voluntad de vuestra clase erigida en ley.» Y aun así incurrirá en la temeraria, anti-histórica y por demás pueril afirmación de que «¡la burguesía es incapaz de desempeñar el papel de clase dirigente...!». Si así fuera, ¿a qué vienen entonces las críticas del ideólogo a la «clase reinante»? ¿A qué

30. Marx-Engels, *op. cit.*, cap. I, pp. 39-40.

31. *Id.*, cap. III, p. 52.

su condena del oprobio burgués? ¡Toda su obra cae en el despropósito y en la futilidad!

Históricas. En este campo, más que de contradicciones marxistas debe de hablarse de inexactitudes. Desde luego, para no extendernos en consideraciones harto debatidas y analizadas, nos concretaremos a señalar una sola imprecisión histórica, la única que nos interesa por el momento:

«El cristianismo —dice Marx—, ¿no se levantó también contra la propiedad privada, el matrimonio y el Estado? Y en su lugar, ¿no ha predicado la caridad y la renunciación, el celibato y la mortificación de la carne, la vida monástica y la iglesia?»³²

Quien conozca siquiera someramente la historia del cristianismo con razón se habrá preguntado más de una vez de dónde y cómo dedujo el ideólogo germano estas conclusiones. El *cómo* es fácil de determinar. Se explica, al menos, por la pretensión marxista de atribuir a la dialéctica —que estima ley suprema— las funciones de regir todos los fenómenos materiales y orientar infaliblemente hacia la comprensión de cualquier situación histórica concreta. Por eso, vemos a través de la historia del «socialismo científico» cómo sus teóricos se han visto precisados a ajustar los hechos a sus hipótesis en vez

32. Marx y Engels, *op. cit.*, cap. III, p. 52. Parece imposible que una persona tan culta en otras esferas de la vida humana pudiera decir una barbaridad tal, que queda desmentida con una sola cita bíblica: «Honroso es en todos el matrimonio y el lecho con mancilla; mas a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios» (Heb. 14:4). Para no extendernos en este comentario, nos permitimos dirigir la atención del lector al libro *Padres e hijos hablan del sexo*, por Samuel Vila, donde se demuestra todo lo contrario de lo que afirma Carlos Marx. Evidentemente, él juzgaba el Cristianismo entero por la idea que tenía del Catolicismo Romano, pasando por alto la Reforma; y ello es una omisión imperdonable para un escritor alemán y residente en Londres; además de demostrar un conocimiento muy escaso de la Biblia.

de constatar si éstas son veraces a la luz de los hechos.³³ Otras veces ha provocado la inevitable escisión entre los comunistas, como ocurrió en el último cuarto del siglo XIX.

Herbert Butterfield advierte que «esas conclusiones aparentemente definitivas que pueden verse en tantos escritos históricos, no pasan de ser una ilusión». De sus estudios este hombre de ciencia ha arribado a la conclusión de que «el método crítico en el siglo XIX, aplicado a la historia, fue seguido con un escepticismo que pasaba los límites del sentido común». Expresa el criterio —él dice tener la «impresión»— de que «el método puramente escéptico ya ha dado en el siglo XIX todo lo que podía dar de sí, y «ya ha brindado algunas muestras ridículas de interpretaciones conjeturales».³⁴

Demás está decir que el marxismo está tanto entre «esas conclusiones aparentemente definitivas», y muy cerca, si no dentro mismo, de esas «muestras ridículas de interpretaciones conjeturales». Creemos, no obstante, que el historiador inglés peca de exceso de optimismo cuando tiene la impresión de que el método escéptico ha dado ya todo cuanto podía. Basta observar en las Universidades y otros centros académicos o de instrucción superior cómo esos dioses falsos del siglo de la Ilustración, que él califica de «dogmas científicos» y que son observables ya desde la época de Galileo, ocupan aún el solio dorado que la arrogancia intelectualista o la culta ignorancia les ha erigido.

33. «En esta coyuntura —dice Carew Hunt— se ven [los teóricos marxistas] obligados a declarar que el capitalismo, como sistema, se está desintegrando en todas partes y que los trabajadores se hallan cada vez más explotados... aunque las pruebas sean en contrario. Pero así lo exige la dialéctica, que se les convierte en estorbo para ver aquello mismo que pretenden describir» (p. 31).

34. Herbert Butterfield, *op. cit.*, cap. I, pp. 29-30.

A cada paso adviértese que tal o cual afirmación, tal o cual presupuesto, tal o cual punto de vista expresado con sencillez y sin ninguna pretensión de infalibilidad —vale decir sin ningún espíritu marxista que lo anime— es enjuiciado en el acto por uno de los tantos adeptos del culto científico. «Se trata —dirá desde su pedestal de Júpiter tonante— de una apreciación puramente subjetiva e idealista que no responde a un fundamento científico sólido.»

Tales espíritus olvidan —o ignoran— lo que con tanto acierto ha expresado el doctor Butterfield; esto es, que «si consideramos la historia en sí misma, su autoridad científica se ve limitada por el carácter de su aparato crítico y por la índole de los testimonios que pueden utilizar»; que, en consecuencia, «la ciencia histórica, tomada en sí misma, desempeña un papel mucho más reducido y humilde de lo que muchos suponen».³⁵

Dejemos, empero, para más adelante la respuesta y la comprobación de estas incongruencias históricas acerca del cristianismo.

Psicológicas. Digámoslo por quinta vez: Karl Marx desconocía la naturaleza humana. No conocía, esto es, no *sabía* el ser. Los que le conciben como la *verita summam* de la ciencia, no son menos ignorantes a ese respecto. A uno y a los otros bien pudiera decirseles con las palabras de Cristo: «*Vosotros no sabéis de qué espíritus sois.*»³⁶

Sin embargo, aunque es preciso insistir en ese aspecto del pensamiento marxista —porque particularmente creemos que es *ahí* y no en otra parte donde hay que buscar la fuente de los yerros de este hombre—, debemos aportar algo más que simples afirmaciones, a fin de evitar, ante todo, el dejar la

35. *Id.*, p. 24.

36. San Lucas 9:55.

impresión de que nuestro juicio se cimenta en conjeturas o lucubraciones carentes total o parcialmente de consistencia psicológica.

Tanto el fundador del «socialismo científico» como los teóricos del marxismo-leninismo que le han seguido, pretenden que la burguesía es la hez del mundo. Para describirla emplean los epítetos más acerbos y zahirientes. La clase burguesa —dice Marx—, «en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, directa, brutal y descarada»; y, no obstante, «se representa el mundo en que ella domina como el mejor de los mundos posibles».³⁷

Para Marx, en cambio, el obrero en particular y el proletariado en general representan la Ceniciento de los siglos. Son los sufridos, los vejados, los explotados; pero también simbolizan la perfección de la pureza, de la honestidad, de la dignidad. En consecuencia, otorga a uno y al otro el difícil pero altamente honroso papel de emanciparse y emancipar consigo toda la sociedad del oprobioso yugo burgués. Es claro, pues, que para Marx los ricos y gobernantes son los «inícuos» —los filisteos—, y los pobres y gobernados los «justos» y «buenos» por naturaleza.

James Haskins dice que Marx estaba notablemente impresionado con la «sociabilidad» de la clase obrera, y que escribiendo al respecto señalaba que «cuando los obreros manuales (manufactureros) comunistas se reúnen, el propósito de su plática es la instrucción, la propaganda; pero de esta manera desarrollan la nueva necesidad —la intercomunicación social—. Aducía el ideólogo que lo que en principio fue un medio se convirtió en un fin en sí mismo entre los obreros socialistas franceses. «El fumar, beber y comer —decía— no es el propósito de la

37. Marx-Engels, *op. cit.*, cap. I, p. 30; III, p. 57.

sociabilidad —ni siquiera contribuye a ello—. El compañerismo, la sociedad, la conversación por el interés de la buena compañía, en una palabra, la hermandad de los hombres se muestra aquí esplendente en los rostros.»³⁸

Paul Ramsey, en su obra *Nueve moralistas modernos*, aunque reconoce que «Marx se coloca decididamente en la línea de los profetas y de la conciencia de Occidente», en lo que respecta a su denuncia de la injusticia social y su personal pasión por la suerte de los explotados, advierte que «la confianza marxista en la lógica y competencia de los pensamientos de la clase trabajadora está en contradicción con el concepto de la ideología o, por lo menos, limita su aplicación». Dice este autor que «la carencia de todo culto trascendente de referencia priva al marxista de la capacidad de criticarse a sí mismo.»³⁹ No puede, o de hecho no lo aplica, el concepto de ideología a sí mismo ni a una sospecha tan radical sobre las ideas, ideales y política del movimiento obrero, como a la ideología de otros individuos.»⁴⁰

38. James Haskins, *Revolutionaries: Agentes of Change*, cap. 3, p. 58.

39. Labriola pretende que «el comunismo crítico no se ha negado jamás, y no se niega, a acoger la múltiple y rica sugestión ideológica, ética, psicológica y pedagógica que puede deducirse del conocimiento y el estudio de todas las formas de comunismo...» Indalecio Prieto, a su vez, parece corroborar al teórico italiano al decir que «muchos marxistas del día, mal compenetrados con las ideas de su padre espiritual, muéstranse inflexibles, atribuyéndoles una rigidez de que carecen». Pero lo único cierto es que Marx sólo admitió cierta flexibilidad en asuntos prácticos —no ideológicos— y que Carew Hunt tiene razón cuando dice que «el marxismo-leninismo tiene el defecto de carecer de una teoría de los juicios dudosos y en no tolerar situaciones en que sea lógico defender variedad de diferentes opiniones...»

40. Paul Ramsey, *Nueve moralistas modernos*, cap. 3, páginas 72-77.

La observación hecha por Ramsey no es absolutamente verdadera. Porque Marx se refiere —probablemente sin advertir la antinomia— a cierto sector obrero desafecto al marxismo como «la canalla de las grandes ciudades, esa podredumbre pasiva, esa hez de los más bajos fondos de la vieja sociedad». Es que para él y sus acólitos todo cuanto no se ajusta y armoniza y se somete a su doctrina es despreciable, condenable, ideología.

Sin embargo, de la impermeabilidad aparente del marxista ante la influencia de la «ideología», Carlos Adler, en su *Explicación histórica del Manifiesto*, admite que «en las convulsiones del odio y en las discusiones de un vano puritanismo doctrinal pereció [en 1853] el partid ocomunista». Este autor socialista describe ese conflicto entre camaradas con la nada honrosa frase de «rivalidad odiosa». Y nada digamos de las arremetidas del propio Marx contra los que, profesando su doctrina, osaron desviarse media pulgada de sus lineamientos dogmáticos.

Desde luego, los más furiosos defensores del pensamiento marxiano —que son por desgracia los más ciegos— se las ingenian siempre para explicar toda contradicción obvia con el amplio léxico de la *Ideología germana*, y justificar lo que no puede tener justificación ninguna. Así, pretenderán que los violentos conflictos entre teóricos del Partido, las grandes escisiones y las temibles purgas palaciegas, se deben a los «matices variados y a veces antagónicos de su composición ideológica, y de su táctica»; o a la «variedad y vastedad de las luchas» en sociedad.

El propio Marx intenta —sin buen éxito, por supuesto— explicar y justificar la razón de que en la época de la publicación de *El Capital* no se hubiera producido la «liberación inevitable» del proletariado y de la sociedad. «Si los emancipados se venden a sí mismos —dice con santa candidez— es porque se

ven obligados a ello para vivir; porque han sido despojados de todos los medios de producción y de todas las garantías de existencia ofrecidas por el antiguo orden de cosas.»⁴¹ En nada y por nada admite la flaqueza y la falta de consistencia moral del hombre. Hacerlo implicaría rechazar su concepto de «ideología» y admitir tácita y llanamente la doctrina bíblica de la caída y del pecado. Esa es la razón.

Marx olvida, o ignora, que por cuanto los acontecimientos históricos no deben ser considerados «como si fueran cosas que pueden explicarse mecánicamente o desde afuera,⁴² sino como originadas por personas y que repercuten en personas»; de la misma manera «la vida interior de los seres humanos —la mente y la voluntad, la esperanza y el temor, la pasión y la fe— deberá ser materia de estudio, antes de que empecemos a relacionar un hecho con otro y a comprender cabalmente algo».⁴³ ¿De qué otro modo podríamos explicarnos la confusión marxiana?

Así vemos que tanto Marx como sus discípulos están dispuestos a admitir que la suerte de «todos los oprimidos... casi siempre fue la de permanecer oprimidos y abrir el camino, después de un éxito efímero, a la dominación de nuevos opresores»; que los marxistas de ayer y de hoy aceptan como verdad dogmática que «todas las clases en el pasado se apoderaron del poder ensayando consolidar su adquirida situación sometiendo la sociedad a su propio modo de apropiación»;⁴⁴ que creen también que la burguesía «en todas sus luchas se ve forzada a apelar al proletariado, a reclamar su ayuda» con ese mismo

41. Karl Marx, *op. cit.*, cap. XXVI, p. 199.

42. Se precisa recordar —y no olvidar— el influjo que Marx mismo recibió de los filósofos materialistas defensores del mecanicismo.

43. H. Butterfield, *op. cit.*, cap. I, p. 24.

44. Marx-Engels, *op. cit.*, cap. I, pp. 37-38.

fin;⁴⁵ y que, no obstante, confían en que como «el movimiento proletario es el movimiento espontáneo de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría», su triunfo inevitable dará paso a aquella sociedad ideal con la que, paradójicamente, sueñan los marxistas. ¡Como si los obreros fueran «fabricados» de otra materia prima que los burgueses! ¡Como si su naturaleza fuera absolutamente distinta de la del resto de los hombres!⁴⁶

¿Quién que conozca el corazón humano, que haya «visto con sus propios ojos tanto exagerar, desfigurar y mentir»; quién que haya penetrado «los os-

45. *Id.*, p. 39.

46. Es curioso, a la vez que triste, observar cómo el comunismo exige la supresión absoluta del bien máspreciado de cada hombre que es su libertad actual, en nombre de una utópica libertad para generaciones futuras que nadie ha visto y probablemente nadie logrará ver, según creemos los cristianos, fuera del reinado de Cristo, dada la caída condición del ser humano.

En este aspecto el comunismo pide fe, al igual que toda religión; pero fe en el hombre en vez de fe en Dios. ¿Cuál de las dos alternativas es preferible o más verosímil?

Lo cierto es que considerando, por un lado, las obras maravillosas de la Naturaleza y las credenciales del Cristianismo que confirman las inigualables promesas de Jesucristo, y por el otro el hombre tal como es y se ha manifestado siempre, individual y colectivamente, tenemos más motivos para creer en Dios que en la Humanidad.

En efecto, más difícil que esperar un cielo más allá de la muerte (por utópico que ello parezca), preparado por la mano del Creador de todo y autor de nuestras conciencias, es esperar un cielo sobre la tierra preparado por la mano del hombre. Es decir, un mundo de seres perfectos, viviendo en paz y armonía, sin coacción gubernamental alguna, practicando todos «la regla de oro» de su propia y libre voluntad.

Los comunistas suelen argüir que son las circunstancias las que hacen malo al hombre; que cuando desapareciera la necesidad material se extinguiría la delincuencia; pero esta suposición no está acreditada (como debiera estarlo si fuera cierta la teoría de la innata bondad humana) por la conducta de quienes se hallan hoy día a cubierto de toda necesidad.

curos abismos del corazón humano; quién, repetimos, confiará a cualquier grupo social —sea obrero, burgués, feudal u oligarca— el alterar «la mala ventura y el triste hado del humano linaje»? ¡Sólo Marx podría hacerlo!

Religiosas. Resulta sencillamente increíble que Karl Marx, lanzando tan duros ataques contra la religión, pretenda que las objeciones que se le hacen no merezcan un examen profundo.⁴⁷ Pero es igualmente desconcertante la opinión del socialista R. G. Ormaechea de que el análisis social de Marx se realiza «serenamente, sin prejuicios políticos». Veremos, empero, cómo se disipan el desdén de uno y la buena fe del otro.

Cuando Marx describe el curso histórico de la burguesía, deplora, por un lado, que ésta haya profanado «todo lo que es sagrado»; pero, por el otro, cuando refiere la experiencia religiosa universal, lo hace con términos tan peyorativos e hirientes como son «éxtasis religioso», «ilusiones religiosas» y su más conocida frase «opio de los pueblos».⁴⁸ No conforme con ello, atribuye al proletariado la consciencia de que «las leyes, la moral y la religión son meros prejuicios, tras los cuales se ocultan otros tantos intereses burgueses».⁴⁹

Aun después de la «abolición del dinero» que preconiza el comunismo anarquista, los hombres continuarían cometiendo crímenes por motivos pasionales, por enojos y enconos, por ambición de cargos y por otras mil razones. De ello tenemos innegable evidencia en las luchas dentro del «Partido» en las grandes naciones comunistas, y las «purgas políticas» de los mismos que poco antes eran figuras señeras de los gobiernos comunistas. La razón de tales antinomias es que el mal está dentro, no fuera, tal como nos lo declara la Sagrada Escritura; en el corazón y el alma, no en las circunstancias externas. — (*Nota del editor.*)

47. *Id.*, p. 47.

48. *Id.*, p. 30.

49. *Id.*, pp. 38-39.

Siendo así, no es de extrañar que Labriola, contemporáneo y discípulo suyo, al ponderar el estilo vigoroso e incisivo del *Manifiesto comunista*, diga que éste es «tan ajeno a la retórica insinuante de la fe o de la creencia»; que Lenin, llamado el principal intérprete marxista, califique la religión de «intoxicación espiritual»; y que Kruschév dijera que «la ciencia y la fe son opiniones irreconciliables que necesariamente se excluyen mutuamente».

Resulta insólito, además, que Marx, definiendo o describiendo la religión como el «opio de los pueblos», la incluya sorprendentemente entre los factores que informan la superestructura social, y reconozca en éstos nada menos que «las fórmulas ideológicas que sirven a los hombres para tener conciencia del conflicto [que suscita el deterioro de las “relaciones de producción”] y explicárselo». Cualquiera se preguntaría: ¿Cómo lo que tiene el efecto soporífero del opio puede, a la vez, «despertar» la conciencia supuestamente dormida ante el problema de la explotación social y la servidumbre, que es también el suyo?⁵⁰

Esta pregunta no es tan simple como pudiera parecer. Porque si bien la sociedad es un *organismo*, sus «achaques» no pueden ser diagnosticados por el sociólogo en idéntica forma que lo haría un odontólogo a su paciente. Los problemas sociales han sido y son mucho más complejos que un dolor molar o

50. Un estudio atento de la historia demostró exactamente lo contrario, o sea, que, una vez establecidos los canales democráticos, los despertamientos religiosos de los siglos XVIII y XIX en Inglaterra y América contribuyeron a la consecución de notables avances, sin revoluciones violentas ni sangrientas. En cambio, es hoy la apostasía de la fe y el insaciable afán de superar el nivel de vida, acuciado por la propaganda marxista, lo que ha agudizado las luchas sociales en dichos países. — (Nota editorial.)

que una jaqueca. Téngase en cuenta, por tanto, que el que formula la pregunta concibe la sociedad como un organismo, y lo hace por algo más que para matar el tiempo «en discutir sobre el valor del empleo analógico de esta expresión», que dice Labriola. Esto sólo, creemos, sería, si no indigno, por lo menos fútil para la comprensión cabal del problema.

Por otra parte, el propio Marx reconoce que aunque «es posible juzgar a un individuo por la idea que de sí tiene», no podría emitirse un juicio valedero de una época revolucionaria por la conciencia que ésta tenga de sí misma. Pero falla cuando establece, como norma general y perenne, que esa *conciencia* debe ser explicada «por las contradicciones de la vida material, por el combate entre las fuerzas productivas de la sociedad y las relaciones de la producción».

Ese —pensamos— no puede ser un método infalible y permanente. Hay ocasiones en que así podría proceder. Pero no debemos olvidar que con demasiada frecuencia esas «contradicciones» y «combates», lejos de revelar el grado concienical de un pueblo o de una época, no acusan más que su deterioro moral, cuando no su total decadencia espiritual. En consecuencia, la fórmula que nos propone Marx no puede ser de aplicación universal ni abarcar todo el proceso histórico.

V

LAS ANTINOMIAS DE MARX el ideólogo (2.^a parte)

En la primera parte de este capítulo señalábamos la naturaleza ambigua, equívoca y confusa del pensamiento de Karl Marx, específicamente en lo que respecta a los aspectos filosófico, sociológico, económico, histórico, psicológico y religioso. Nos proponemos ahora considerar el grado y el alcance de por lo menos dos de esos aspectos: el *psicológico* y el *religioso*.¹

Antonio Labriola atribuye al reformador utópico inglés Robert Owen (1771-1858) la triste palma de haber descubierto el primer «principio indiscutible»

1. Comprendemos, desde luego, que hubiese sido conveniente tratar de igual modo los demás puntos parcialmente comentados. Pero, además de lo prolijo y enfadoso que pudiera resultar el análisis, hay razones de espacio, tiempo y economía que limitan el alcance y extensión de esta obra.

de la «ética del comunismo crítico»; esto es, que «el carácter y la moral de los hombres son el resultado de las condiciones en que viven y de las circunstancias que lo rodean».

El análisis de este postulado a la luz de la vida de los dos máximos pontífices del socialismo científico —Marx y Engels— arroja un resultado contradictorio al «principio indiscutible» de que el carácter y la moral del individuo son producto de sus condiciones de existencia y circunstancias temporales.

Piénsese primeramente en Marx. Aunque sus biografos se encariñan con la «vida venturosa» de sus primeros años y pintan escenas inocentes y bucólicas de sus relaciones filopaternas, se sabe bien que las condiciones de esa vida apacible duraron muy poco; que el joven poeta llamado a ocupar un pedestal tan elevado en el mundo del pensamiento especulativo, pasó amargas pruebas y duras penalidades en su atormentada existencia.² Siendo así, era lo normal y natural esperar de Marx una concepción moralética y un carácter como los que realmente tuvo.

No tal sucede con Engels. Su existencia se desenvuelve en un plano económico-social totalmente distinto al de su amigo. Hijo de un industrial, se dedica desde muy joven a trabajar en la fábrica de su padre en Manchester, de la que luego viene a ser lo que virtualmente era: patrono. Lleva, pues, una vida acomodada y desempeñada.

Ahora bien, si la premisa de Owen adoptada por el marxismo fuera verdadera y apodíctica como se la cree, habría de esperarse que Engels tuviera una

2. El doctor Hirschel Marx, padre de Karl, cambió el segundo nombre de éste (el hebreo Herschel) por el germánico Heinrich, a fin de evadir la persecución antisemita en la Alemania de entonces. Bautizó a su hijo en la iglesia luterana y de ese modo el niño tuvo una infancia feliz, distinta a la de otros niños judíos objeto de maltrato y menosprecio.

concepción moral y un carácter personal típicamente reaccionario o burgués, ajustado a su cultura, posición social y condición económica. No fue así. Los biógrafos le describen como un hombre de «profunda sensibilidad» ante las desgracias ajenas. Específicamente los biógrafos de Marx muestran especial complacencia en reconocer su cooperación desinteresada, sentido del deber y sacrificio personal de que dio muestras en los largos años de amistad con el ideólogo de Tréveris.

La falta de espacio y tiempo no debe dar ocasión a que caigamos en un fallo que Robert Wilbrandt atribuye a Marx y a Engels: el despachar las objeciones «con demasiada desenvoltura». Debemos, en lo posible, ser lo más explícitos a fin de evitar ambigüedades y contrasentidos que pudieran hacernos pasibles de mala fe o de parcialidad.

«Debemos empezar —dice Marx— por sentar la primera premisa de la existencia humana y, por lo tanto, de toda la historia, de que el hombre debe estar en posición de vivir a fin de “hacer su propia historia”. Pero la vida supone antes que nada la comida y la bebida, una habitación y muchas otras cosas. Resulta que el primer acto histórico es la producción de los medios para satisfacer estas necesidades, la producción de la vida material... El primer requisito en cualquier teoría de la historia es el observar este hecho fundamental en todo su significado y concederle la debida importancia.»³

Engels se hace eso de esta idea marxiana cuando le toca decir la oración fúnebre ante la tumba de su amigo. Según él, «así como Darwin descubrió la ley de evolución de la naturaleza orgánica, así también descubrió Marx la ley de la evolución de la historia humana; el simple hecho, hasta entonces encubierto

3. Marx-Engels, *Ideología germana*, p. 18.

por una maraña ideológica, de que la Humanidad debe, ante todo, comer, beber, tener albergue y vestido, antes que pueda hablar de política, ciencia, arte, religión, etc.»

Digamos que si bien esta afirmación marxiana-engelsiana es obvia, llevada a un extremo pudiera convertirse en una espada de dos filos contra los que la esgrimen indiscriminadamente. Si, como dice Engels, es preciso suplir a las necesidades de la existencia antes de estar en aptitud o en condiciones de discurrir sobre cualquier tema filosófico, científico o religioso, entonces la obra de Marx sería una incógnita y un misterio. Porque ¿cómo pudo él producir tantas obras viviendo con su familia en una ratonera del Támesis, teniendo como único ingreso la libra esterlina (\$ 5.00) que se le pagaba por cada artículo periodístico, y viendo morir a sus hijos azotados por el cólera? No hay que llevar las cosas al extremo.

Por lo que se ve, pues, el «principio indiscutible» con que Owen obsequia al marxismo no es tan infalible como cree Labriola. Así como Engels no fue el reaccionario típico, ni mucho menos, hay muchos hombres notables en la ciencia, en las artes, en la filosofía, cuyos caracteres y concepto moral o religioso no reflejan ni la condición en que vivieron ni las circunstancias —tristes o felices— por las que pasaron.⁴ Con razón, entonces, dice Butterfield que

4. Podemos citar los bien conocidos ejemplos de Buda, que abandonó un palacio para hacerse pensador y fundador de una gran religión; de Sócrates, que vivió y murió en oposición a las condiciones de su medio y de su época; así como de Orígenes, San Agustín, Francisco de Asís, Pedro Waldo y tantos otros héroes. Aun los propios Engels y Marx son un mentís a tal afirmación. La razón de ello es que el hombre es un ser moral, que puede reaccionar por encima y en contra de las circunstancias que le rodean; no es un simple compuesto de materia sujeta a leyes físicas. Esto es lo que el *materialismo dialéctico* parece ignorar, o pasar por alto, al formular tan apresuradas generalizaciones.

«un justo reproche que puede hacerse a los marxistas es estar ciegos ante esos elementos que llevan la historia y la gesta humanas a su pináculo», porque tienen «ese tipo de materialismo que hace a un lado la piedad de un santo o el genio de Shakespeare como si fueran para la historia adornos superfluos».⁵

Estas objeciones del «principio indiscutible» no significan, desde luego, la negación caprichosa de lo que la psicología y las ciencias naturales se han encargado de descubrir y confirmar; o sea, que el medio y las circunstancias influyen poderosamente en la formación del carácter del individuo, tanto o más que la herencia biológica.

Nadie duda, además, que la particular situación de un hombre pueda influir en su pensamiento y acciones. Es generalmente aceptado, por ejemplo, que la experiencia de la Primera Guerra Mundial influyó decididamente en Spengler para que adoptara una filosofía naturalista-fatalista de la Historia; y que Comte experimentó una profunda impresión por los éxitos de las ciencias naturales en su tiempo. Pero nadie podría, de igual modo, negar que el conocimiento de la realidad concreta en nada influyera para que Pablo Neruda —cantor acongojado del dolor y la miseria del hombre del Tercer Mundo— abandonara «sus gustos de sibarita amante del refinado buen vivir, del epicúreo buen beber y mejor comer, y del exquisito coleccionar objetos atesorados a lo largo de sus viajes como funcionario en el servicio extranjero de su país».⁶

Empero, de ahí a admitir como principio incontrovertible que la moral, el carácter y los valores de la sociedad y del individuo están *siempre* condi-

5. Herbert Butterfield, *El Cristianismo y la Historia*, capítulo I, p. 55.

6. Neruda murió en 1973 en su país natal, Chile, poco después del derrocamiento de su amigo Salvador Allende.

cionados o determinados por la forma de vida y las relaciones de producción; de ahí, repetimos, hay un gran trecho. No obstante, podemos excusar a estos teóricos del socialismo científico. Ellos ayer, como sus acólitos hoy, simplemente no conocían la naturaleza humana. Si la hubiesen conocido jamás hubieran incurrido en los determinismos y dogmatismos con que literalmente saturan sus libros.

Con respecto a los teóricos modernos del marxismo, ninguna opinión más autorizada que la del Premio Nobel francés Alexis Carrel: «Ninguna civilización puede ser fundada sobre ideologías y filosofías sociales... Todas las doctrinas políticas y económicas han descuidado, hasta ahora, la ciencia del hombre. El entusiasmo y la fe, si no se hallan ligados al conocimiento de la realidad total, están condenados a ser estériles. Los revolucionarios rusos hubiesen podido crear una civilización nueva *si en lugar de la visión incompleta de Carlos Marx hubieran tenido una concepción verdaderamente científica del hombre.*»⁷

Por esta misma razón siempre hemos visto con suspicacia y reserva esas teorías y tesis que tienen la pretensión de convertir el averno de una sociedad cualquiera en un paraíso edénico o en un *millenium*. Es lo que hemos dicho, por ejemplo, de la llamada *Dictadura con Apoyo Popular*, propuesta por el profesor Juan Bosch para resolver los problemas invertebrados de la vida dominicana.⁸ Hemos dicho —y no nos cansamos de repetirlo— que el progreso equilibrado y proporcional de un régimen político en el que imperen la justicia social, el derecho y la paz

7. Alexis Carrel, *La incógnita del hombre*, p. 20.

8. La tesis de Juan Bosch suscitó por algún tiempo cálidos debates en la República Dominicana, pero poco después ha dejado de ser objeto de discusión pese a que el escritor y político la recogió en un libro.

no puede ser resultado de la doctrina salida del escriptorio de nadie... aunque se trate de un Bosch. La razón la ha dado también Carrel. Pero si ésa no bastara, permítasenos citar de nuevo al profesor británico:

«Nadie se sentó nunca con un plan en su mente y dijo: "Ahora vamos a crear una cosa llamada sistema capitalista", o bien: "Hagamos una revolución industrial." Los que planearon la Reforma protestante o la Revolución Francesa alzaron sus brazos con horror cuando vieron la realidad de los hechos y juraron que nunca se habían propuesto tal cosa.»⁹

¿Que hoy han cambiado las cosas?, ¿que el mundo ha evolucionado y también el hombre? Sin duda; pero no tanto ni tan positivamente como se supone o se cree. «Nadie puede pretender —aduce Butterfield— que se haya eliminado el egoísmo en la naturaleza humana y el egocentrismo del hombre. Y tampoco nadie puede pretender que ese egoísmo caracteriza a las clases sociales más que a los seres humanos. Si eliminamos los conflictos entre las capas horizon-

9. H. Butterfield, *op. cit.*, cap. V, p. 104. Este pensador dice además que «hemos abusado de una concepción harto optimista sobre el carácter del hombre», y que «las instituciones sociales no hacen al hombre peor de lo que hubiera sido sin ellas». «Lo cierto es —aduce— que ningún hombre ha inventado todavía una estructura política (y mucho menos religiosa, añadimos nosotros) sin que la inventiva del diablo no encuentre el modo de explotarla con fines perversos.»

Ciertamente, la historia nos lo demuestra. Son inexplicables las deformaciones, los abusos, los errores dogmáticos, las persecuciones, la intolerancia y el fanatismo que invadieron las estructuras del Cristianismo en la Edad Media, todo ello en tremendo contraste con las puras enseñanzas de Jesucristo que hallamos en el Nuevo Testamento. Es inexplicable que la Cristiandad pudiera llegar al bajo nivel moral a que llegó sin la existencia de este gran adversario. Pero los movimientos de Reforma y la supervivencia de la fe cristiana, de un modo general, es una demostración de la promesa de su Divino Fundador: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mat. 16:18).

tales de la sociedad —si nos libramos de esas “luchas de clases” que han constituido uno de los aspectos salientes de la historia humana— siempre habrá lugar para los conflictos verticales, cruentas batallas entre los mineros de carbón, ferroviarios y maestros, cada uno con su idea que tiene derecho a una mayor participación en la suma total de los beneficios que deben distribuirse en una sociedad determinada.»¹⁰

Consideremos ya las comprobaciones de las antinomias de Marx en el campo religioso. Veamos primeramente su aparente desdén por la *religión*. Juzgando que ésta, en cualesquiera de sus manifestaciones, es una «ilusión»,¹¹ y reduciendo la experiencia y el sentimiento religioso de la humanidad a simple «éxtasis», el profeta pretende que las objeciones que se le hacen a su crítica de la religión son tan de escaso valor e importancia que «no merecen un examen profundo». «¿Quién es ése que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría?»¹² ¿Cómo se atreve a desafiar «las experiencias morales del género humano», de este tiempo y de todos los tiempos?

Hace mucho que un contemporáneo de Marx, Jaime Balmes (1810-1848), destruyó las objeciones y ridiculizó los desdenes de aquellos que, según día, siendo incrédulos o indiferentes en materia religiosa, son también «pésimos pensadores».

10. Ya en el primer siglo del Cristianismo, y en la misma Sagrada Escritura, hallamos una condenación de los abusos de la aristocracia, del dinero, en palabras tan fuertes como Santiago 5:4-6.

11. «El hombre hace la religión —dice Marx—; no es la religión que hace al hombre; la religión es, en realidad, la conciencia y el sentimiento del hombre que todavía no se ha encontrado a sí mismo, o se ha perdido de nuevo...; es la realización imaginativa de la esencia humana, porque dicha esencia no tiene realidad...; es el suspiro de la criatura desolada...; no es más que el sol ilusorio que gira alrededor del hombre, mientras el hombre no gira en torno de sí mismo.»

12. Job 28:1.

«La Humanidad entera —dice Balmes— se ha ocupado y se está ocupando de la religión; los legisladores la han mirado como el objeto de la más alta importancia, los sabios la han tomado por materia de sus más profundas meditaciones; los monumentos, los códigos, los escritos de las épocas que nos han precedido, nos muestran de bulto este hecho que la experiencia cuida de confirmar; se ha discurrido y disputado inmensamente sobre la religión; las bibliotecas están atestadas de obras relativas a ella,¹³ y hasta nuestros días la prensa va dando otras a luz en número muy crecido.»¹⁴

En consecuencia, puede rechazarse ese aire de superioridad que afectan los marxistas, y su pretensión de que «la religiosidad es signo de espíritu apocado y de capacidad escasa, y que, por el contrario, la incredulidad es indicio de talento y grandeza de ánimo».¹⁵ Pero algo más: estamos en condición de poder decir con el filósofo de Vich, que «con la historia en la mano se puede demostrar que en todos los tiempos y países los hombres más eminentes han sido religiosos».¹⁶

Con todo, los acólitos de Marx son fieles observantes de las enseñanzas de su padre espiritual.

13. W. H. Griffith Thomas, en su notable obra *El Cristianismo es Cristo*, nos recuerda que la religión cristiana «ha sido el centro de la oposición en todas las épocas», pero que «en los últimos sesenta años Jesús se ha convertido más y más en el foco de la atención humana» (cap. I, p. 6).

14. Jaime L. Balmes, *El Criterio*, cap. XXI, p. 322.

15. *Id.*, cap. XXII, p. 343.

16. Paul Ramsey, comentando la declaración de Middleton Murry de que «el comunismo es la única religión viva del mundo actual», dice que, «captado como es debido, el marxismo tiene que ser estudiado además como movimiento religioso, y no sólo como un sistema científico o filosófico»; si bien advierte que, «estudiado desde un punto de vista objetivo, el marxismo no es una religión, pues que en él no hay espacio para la fe en Dios...».

Labriola, uno de ellos, pretende convertir a Feuerbach en el supermán antirreligioso del siglo XVIII, cuando dice que éste dio «el golpe de gracia a la explicación teológica de la historia». ¡Pobre hombre! ¡Cuánto le afecta eso que Comas y Solá llama «quimera de encumbramiento mental»,¹⁷ y que caracteriza a quienes «no se han tomado el trabajo de estudiar las modernas evoluciones del criterio científico»; a «aquellos que se precian de pensar libremente sin haber pensado nunca nada»! Son los mismos que no han podido advertir con Toynbee que «la meta del movimiento total [de la Humanidad] se halla en la experiencia religiosa del hombre», y que la religión «es el asunto más importante de la Humanidad».

Los marxistas se solazan con la ilusión del fundamento «científico» de su doctrina. Pero, como dice Balmes de los ateos e indiferentes en materia religiosa, suelen ser malos pensadores y peores ciegos. Ellos predicán el materialismo histórico y hablan a los cuatro vientos de la dialéctica aplicada a los fenómenos de la Naturaleza. Pero cuando las personas más autorizadas para discurrir sobre el tema en un plano estrictamente científico expresan su fe en Dios y no se avergüenzan de reconocer el papel y el valor de la religión en la vida de la Humanidad, se comprueba aquello de que no hay peor sordo que el que no quiere oír.

17. La cita entera del pensamiento del conocido astrónomo catalán dice así: «Quimera de encumbramiento mental de quienes pensaron que podían explicarse los fenómenos de la Naturaleza con la misma sencillez que las combinaciones de un juego de billar; no entendiendo que la ciencia humana no pasará nunca de ser una visión externa de la Naturaleza; que nunca comprenderemos la esencia de las cosas, sus orígenes y su destino, arcanos que sólo pertenecen a un Ser superior.» (Del artículo «Ciencia y realidad», publicado en *La Vanguardia*, de Barcelona, en octubre de 1933.)

Tal sucede, por ejemplo, con el testimonio personal de los Wilhen von Braun, Isaac Newton, Edison, Einstein y otros tantos hombres de ciencia que han expresado su fe en un Creador del Universo. El primero, afirmando que «nada desaparece sin dejar rastro», y diciendo que los ateos se llevarán una sorpresa en su menosprecio de la religión, ha dado un bofetón sin manos a los que, ilusos, creen que ciencia y religión son asuntos que se excluyen mutuamente. Y lo mismo puede decirse de Newton al afirmar que «hay más señales de autenticidad en la Biblia que en historia profana alguna». No menos significativo es el testimonio de Einstein:

«La experiencia cósmico-religiosa —dice este sabio— es el producto más fuerte y más noble de la investigación científica. Mi religión consiste en la humilde admiración por un Espíritu Superior sin límites, que se revela en los ligeros detalles que podemos percibir con nuestras frágiles mentes. Esta profunda convicción de la presencia de un Poder Superior de razonamiento, revelado en el Universo incomprensible, forma mi idea de Dios.»¹⁸ Y, sin embargo, este testimonio no añade nada a la grandeza inescrutable de Dios: simplemente se inclina para reconocerla.¹⁹

¿Hay razón para que Marx se rehúse a contestar las críticas y objeciones de los que le enfrentan en el campo del pensamiento? ¿Hay motivo de su menosprecio de la religión? Sí; es que el ideólogo de Tréveris, como Augusto Comte con su positivismo científico, creyó ingenuamente que, siendo la religión «producto de la oscuridad», estaba llamada a desaparecer con el advenimiento de la luz eléctrica. Creyó

18. *Ercilla*, núm. 1.793, 2 de abril de 1969.

19. Es curioso en el caso de Comte, como señala el doctor Rust, que, «el que rechazó la religión como la niñez del hombre, sintió la necesidad de iniciar una nueva religión en la era de la madurez del hombre, la era del hombre científico».

que su lugar debería ser ocupado por los «controles y predicciones científicas» y, pretendiendo que derribaba a Dios de su augusto solio, levantó un altar donde ofrecer sahumerios a la nueva diosa de la falsamente llamada ciencia.²⁰ Lo curioso es que semejante cosa se enseñe hoy en escuelas y universidades, a noventa años de la muerte de Marx y a ciento dieciséis de la de Comte.

Empero, tanto Marx como Comte están excusados. Son demasiado ignorantes de lo que pasa en la esfera espiritual como para penetrar y comprender la génesis del conflicto entre los hombres. Por eso el primero se entretiene, como el ventrílocuo con su muñeco, con reducir toda la tragedia humana a la lucha de clases, sin advertir que éstas no son más que *reflejos* de una pugna mayor y de más grandes alcances entre dos potencias, entre dos principios, entre el Bien y el Mal. Es sordo para entender que si «lo que uno cree tiene gran importancia en el proceso histórico», se incurre en una insensatez impropia de un hombre sabio cuando se niega a la religión su notable influjo en ese proceso.

Por eso mismo son dignos de lástima aquellos que conciben al marxismo como «el Nuevo Evangelio sin dogmas», presumiendo ingenuamente que «la imperfección humana rechaza lo absoluto». Tampoco entienden —porque son prácticamente miopes para ver la verdad que los enfrenta— que al afirmar que Dios y la religión son «invención del hombre» que busca un escape a la explotación y a la servidumbre, están incurriendo en una notable antinomia. ¡Como si la protesta profético-bíblica no hubiese precedido con siglos los balbuceos de Marx contra la injusticia social!

Dejando de lado estas consideraciones, pasemos a analizar siquiera someramente la afirmación de

20. Nehemías 9:5.

Marx de que el cristianismo «se levantó también contra la propiedad privada, el matrimonio y el Estado», y que «en su lugar ha predicado la caridad y la renunciación, el celibato y la mortificación de la carne, la vida monástica y la iglesia».

Pasando por alto el que este presunto «levantamiento» cristiano choque de frente con la concepción marxiana de la religión como «opio de los pueblos», no creemos necesario demostrar aquí con sobrados argumentos que el cristianismo primitivo —desde Cristo hasta Pablo—, antes que sublevarse contra la propiedad privada, el matrimonio y el Estado, más bien respetó la primera,²¹ reivindicó al segundo²² y reconoció al tercero,²³ urgiendo su obediencia.²⁴

Cierto es que los primitivos creyentes predicaron la caridad y la renunciación; que ponderaron debidamente el papel de la Iglesia en la naciente economía, y el celibato vocacional, si así se puede decir. Pero que hubieran propiciado este último como norma general y estimularan en alguna forma la mortificación de la carne y la vida monástica, es afirmación que no puede probarse históricamente. Estas prácticas son sólo ostensibles y generales a partir del cristianismo en su versión «católico-romana», y se afianzan con el predominio del Papado en la Edad Media.²⁵

A propósito, dice Culmann en su obra *El Estado en el Nuevo Testamento*: «El Evangelio no sabe nada de la confusión entre el Reino de Dios y el Estado, que es característica del ideal teocrático del judaís-

21. Hechos 5:1-4.

22. San Mateo 19:3-12.

23. San Juan 19:11.

24. Romanos 13:1-7; Tito 3:1; 1.^a Timoteo 2:1-4, y 1.^a Pedro 2:13-17.

25. Oscar Culmann, *El Estado en el Nuevo Testamento*, cap. I, p. 22.

mo. Al contrario: el Evangelio se opone al ideal teocrático del judaísmo con la misma energía con que se enfrenta a la pretensión de totalidad del Estado romano. El judaísmo es perseguido por el Estado romano por tener un programa político teocrático propio. *Pero precisamente no es éste el caso en el naciente cristianismo.*²⁶ Es sólo cuando el Estado político asume eso que el teólogo germano llama «pretensión de totalidad» que halla de frente al cristianismo: no antes ni por ningún otro motivo no espiritual.

Se ha comparado la sociedad con un cuerpo u organismo. La analogía es tan antigua como la Humanidad. San Pablo mismo la emplea en sus epístolas para ilustrar la comunidad eclesiástica, a la que describe en sentido místico como «el cuerpo de Cristo».²⁷

La comunidad secular, la sociedad de los hombres, es de igual modo un organismo. Pero la explicación teológico-cristiana de la Historia nos lo presenta—contrario a la teoría evolucionista de Darwin—descendiendo de una condición de salud y pureza perfectas, a la degeneración moral y espiritual a que estamos asistiendo en la culminación de los tiempos. La descripción bíblica del proceso histórico es de un carácter tan patético que bien podríamos resumirla con esta típica expresión de Isaías: «Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga.»²⁸ En otras palabras, la Biblia ofrece un cuadro social

26. Recuérdese, en efecto, la oposición de Pablo a estas prácticas gnósticas en las epístolas a los Gálatas y a los Colosenses.

27. Efesios 1:23; 2:16; Colosenses 1:18-24.

28. Isaías 1:6.

muy distinto del que comúnmente pintan los sociólogos, estadistas, economistas y filósofos.

Butterfield, por su parte, se queja de lo que él llama «pretensiones de rectitud» de que en casi todos los tiempos, pero mayormente en éste, han dado muestra los hombres. Para este historiador la confianza en la naturaleza humana —en lo que parecen complacerse sobremanera los artífices del neohumanismo y del altruismo— «es una nueva herejía y nos llevaría a un desastre».²⁹ Niebuhr dice, a su vez, que «la naturaleza humana es sorprendentemente maleable y producto en buena medida de su circunstancia ambiental. Pero [que] sería interesante conocer si estos optimistas no habrán confundido la naturaleza humana con la conducta humana».³⁰

Nadie duda de que Marx y sus asociados tuvieran una clara noción de juicio en la Historia, cuando describen la brutalidad de los sistemas políticos y la iniquidad social en su tiempo; cuando denuncian como la más grande infamia contra la Humanidad «la presión sorda de las relaciones económicas [que] consume el despotismo del capital sobre el trabajador»;³¹ cuando tal vez con excesivo optimismo ven la «hora postrera» de la injusticia, de la servidumbre y de la tiranía del hombre sobre el hombre. Fallan, empero, cuando, pretendiendo ser la excepción a la regla, erigen al proletariado en la nueva clase salvadora de sí misma y de la sociedad; cuando sostienen que la crisis ha surgido a consecuencia de la oposición entre buenos y malos, justos e injustos,

29. H. Butterfield, *op. cit.*, cap. III, p. 69.

30. Niebuhr, *Ideas políticas*, cap. 7, p. 82.

31. Karl Marx, *op. cit.*, cap. XXVI, p. 201.

ángeles y demonios; cuando, en fin, luchan impacientes por establecer el ansiado reino que *inevitablemente* la lucha de clases habrá de producir en gloriosa síntesis.³²

32. Bangs dice que «esta doctrina es peligrosa porque es una ilusión», y porque «sin un entendimiento cabal de la profundidad del problema del hombre, el comunismo ofrece una contestación superficial para su solución». Niebuhr, a su vez, ve una paradoja en la actitud marxista de preparar «a sus adeptos para un cínico análisis realista de las motivaciones humanas, persuadiéndoles, en cambio, para que miren hacia adelante, hacia un paraíso de fraternidad, que habrá de suceder a la revolución».

VI

EL FIASCO DE MARX el profeta

La gente de todas las épocas y países ha mostrado siempre sumo interés en las profecías. El querer penetrar el velo del futuro parece responder a un estímulo casi biológico. Es como si, conscientes de la incertidumbre y precariedad de la existencia humana, sintiéramos la profunda necesidad de satisfacer siquiera en parte nuestro escaso discernimiento de lo que se ofrece más allá del horizonte de la vida terrena.

Ya en la antigua civilización babilónica los astrólogos, magos y sacerdotes hacían alarde de poder predecir, mediante la «lectura» del mensaje astral, no sólo el carácter y el destino de personas no nacidas aún, sino del devenir histórico de la Humanidad. Idéntica pretensión tuvieron los augures, adivinos, *mediums* y demás espíritus que literalmente invadie-

ron los vestíbulos y hasta las recámaras de alcázares y palacios en Egipto, Asiria, Grecia, Roma y China.

En el antiguo Israel, ser profeta tenía sus riesgos cuando se acertaba con lo predicho y, desde luego, mucho más cuando el profeta era hallado falso. El profeta debía reunir un conjunto de cualidades sin las cuales no se reconocía su ministerio o vocación. Como el ser «falso profeta» no implicaba, necesariamente, ser «profeta falso», la primera condición —la principal exigencia— consistía en demandar del presunto profeta las pruebas fehacientes de que su vocación era divina. La norma infalible la traza Isaías con estas palabras: «¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido.»¹ El capítulo 13 de Ezequiel y muchos otros pasajes bíblicos son una clara y solemne advertencia contra los falsos profetas.

El padre de Karl Marx creía que éste era un «predestinado» de la ciencia al servicio del género humano. Sus biógrafos le describen como «poeta por la visión y por la forma». Desde muy joven Marx mostró afición por la poesía, que sólo descuidó o abandonó apremiado por sus inquietudes revolucionarias, que en él parecían ser más poderosas que sus inclinaciones por ese género literario.

¿Sería la condición de poeta «por la visión y por la forma» el primer signo o el principal indicio de que Marx sería profeta? ¿Quién lo duda! Debemos de recordar, en efecto, que los primeros poetas fueron también profetas, y que a tal punto se confundían que aun hoy es difícil distinguir dónde comienza el uno y dónde acaba el otro. En el poeta se manifiesta la visión del profeta; en éste, los éxtasis y vuelos del poeta.

1. Isaías 8:20.

Empero, Marx, como poeta y profeta, era dueño de una cualidad que rara vez posee este último: era un hombre práctico. Tal vez no lo fue tanto como era de desear; pero no carecía totalmente del sentido de previsión para las cosas ordinarias, como algunos de sus biógrafos creen intuir de ciertos hechos aislados en su vida. Esto en cuanto a las cosas comunes y cotidianas; porque en lo que a ideología respecta no se ha dejado de reconocer la «previsión genial» en sus escritos.²

Aun aquellos que le conciben «más doctrinal que práctico por temperamento», admiten de buen grado —tal vez sin advertir la antinomia— que era «realista hasta rayar a veces en lo maquiavélicamente desaprensivo». Acaso por ello carecía de ese «discernimiento instintivo» del gran historiador y del profeta, que «se extiende sobre la imaginación y posee calidad de una revelación que procede más allá de nosotros».

Y es así pese a la creencia o la supresión de aquellos que le atribuyen el descubrimiento de la *verita summam* y se ufanan en distinguir entre la «revelación» marxista y las «apocalípticas» que le preceden. Pues si bien es típicamente marxiana la expresión «ideal socialista», no lo es menos la «realidad concreta», en la que cifra Marx su esperanza de triunfo, su «ideal».

Los adversarios de Marx frecuentemente le acusan de haber sido un «mal profeta» o un «profeta deficiente». Pero éstos, sustentando ideologías diversas y opuestas al teórico germano, están en cierto modo «excusados» y no pocas veces descalificados para emitir tal juicio. Sin embargo, los propios ideólogos marxistas admiten —con cierta reticencia y re-

2. Véase el ensayo de Labriola *En memoria del Manifiesto*, que acompaña la edición de 1967 de Editorial Claridad.

serva, desde luego— que su héroe no siempre acertó ni en lo que dijo ni en lo que vaticinó.

Carlos Andler, por ejemplo, en su *Explicación histórica del Manifiesto*, admite lo que a su juicio fue «el error de Marx». Refiérese a la predicción que éste hacía acerca de un cataclismo político universal e inminente en su tiempo, y su recomendación a que se atendiera el estallido de la revolución político-social en la Alemania de 1848.

Este autor, aunque expresamente objeta que «la inexactitud histórica de esta profecía [sea] tan grande como aparece a primera vista», corrobora el criterio de Eduard Bernstein en el sentido de que «el error de Marx» radicó «en no conocer con exactitud las fuerzas de que entonces disponía el proletariado». Esto tampoco tendría nada de extraño cuando recordamos la advertencia de Carew Hunt de que «en verdad Marx sólo sentía desprecio por los planes de sus contemporáneos, por considerarlos propensos a generar falsas esperanzas entre el proletariado y a debilitar el celo revolucionario».

R. G. Ormaechea, otro autor socialista, en sus *Notas complementarias* del famoso folleto marxista, no sólo halla cierto inconveniente en aceptar la afirmación de sus autores, en el sentido de que los conflictos entre las clases de la sociedad sean «resultado de la oposición de intereses entre los hombres»,³ sino que reconoce con Andler la falta de fundamento de la «teoría catastrófica» y lo fallido de la profecía de Marx. «Acontecimientos posteriores —admite— hicieron ratificar a Marx y a Engels la indicada teoría.»

3. R. N. Carew Hunt, *Pasado y presente del marxismo*, páginas 139-140. Ormaechea dice que «quizá tal método de exposición no sea rigurosamente lógico, porque la lucha no es causa sino efecto de un sistema de propiedad cuya crítica deberá ser premisa obligada de aquel principio».

El propio Labriola, previniendo contra el uso de «datos hipotéticos e inciertos» y la tendencia de transportar a cada época «nuestras condiciones», incurre él mismo en lo que quiere evitar: «Lo que el *Manifiesto* dice de todo el primer origen de la burguesía, salida de los siervos de la Edad Media, incorporados poco a poco en las ciudades, es unilateral. Tal modo de originarse es propio de Alemania y de otros países que reproducen el proceso. No es el caso de Italia, de la Francia meridional ni de España, que fueron el terreno en el cual comenzó la primera historia de la burguesía...» Es así como el teórico marxista, olvidando su afirmación de que el *Manifiesto comunista* —vale decir el pensamiento germinal de Marx— «puede ser retocado, completado y desarrollado, pero jamás corregido», se toma la molestia de enmendarlo por su cuenta.

Veamos otras profecías de Marx que no se han cumplido en más de un siglo después de haberlas pronunciado, y que no dan señales de que vayan a cumplirse alguna vez:

«La socialización del trabajo y la centralización de sus resortes materiales —dice— han llegado a un punto próximo a romperse. La hora postrera de la propiedad capitalista ha sonado ya. Los expropiadores van a ser expropiados.»⁴ «Lo que produce, ante todo, la burguesía capitalista, a medida que la gran industria se desarrolla, son sus propios sepultureros. La eliminación de aquélla y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables.»⁵

4. Karl Marx, *El Capital*, cap. XXVIII, p. 209.

5. *Id.* Sin embargo, lo que Marx creía inminente en su propio siglo no se ha cumplido todavía, según él lo concibió, casi cien años después. Y donde el poder ha caído en manos de teorizantes marxistas, ha sido a costa de sustituir el poder del capitalismo por otro poder militar que mantiene al pueblo sujeto a los principios del Partido; que no es sino otro modo

Engels, en el prefacio del *Manifiesto comunista* a la edición de 1883, defiende como «idea fundamental» y exclusiva de Marx el haber dicho que «esa lucha [de clases] atraviesa actualmente una etapa en que la clase explotada y oprimida no puede emanciparse de la clase que la explota y oprime sin emancipar al propio tiempo, y para siempre, a toda la sociedad de la explotación, de la opresión y de las luchas de clases».⁶

Tales profecías no se han cumplido. Ciertamente es que muchas de las injusticias sociales han desaparecido desde la época en que se publican el *Manifiesto comunista* y *El Capital*, y no pocas de esas conquistas son posibles merced al sacrificio de los obreros. También es verdad que diversas reformas sociales se inspiran en ideas socialistas o marxistas. Pero no se ha realizado aún nada que se parezca a la sociedad que Marx concibió como síntesis de la antítesis clasista.

de decir sometido a unos pocos jefes marxistas que se han impuesto al pueblo, y a sus propios camaradas, por medio del terror, eliminándose unos a otros; como puede observarse en la historia de la revolución rusa hasta nuestros mismos días.

Esto no es ninguna novedad, sino que lo hallamos en la historia humana desde que las tribus empezaron a agruparse formando pueblos y estados, ora sea por lazos de interés familiar (feudalismo y monarquía) o sin tales motivos, como en las repúblicas de Grecia y Roma, al igual que en las más modernas. Pero el hecho cierto es que los hombres jamás han sabido vivir en paz unos con otros como hermanos, a no ser bajo el poder de algún poderoso jefe de una u otra ideología. Es que para cumplir los hermosos sueños de Marx, Engels y otros teorizantes sociales se necesita un cambio en el mismo modo de ser de los humanos, el cambio de corazón que Jesucristo preconizó, pero que por ser tan superior a la naturaleza humana, pocos de los mismos cristianos han logrado llevar a cabo hasta sus últimas consecuencias.

6. Marx-Engels, *Manifiesto comunista*, p. 21.

Cierto que en Rusia se lleva a cabo una revolución comúnmente denominada «marxista». Pero, como se han encargado de demostrarlo los estudiosos de los sucesos que dieron al traste con el zarismo, no se trató de un movimiento del proletariado exclusivamente o como tal, sino uno en el que participó todo el pueblo, capitalizado y copado luego por Lenin y sus hábiles partidarios.⁷

Aparte de que tal revolución se produjo en Rusia —país atrasado entonces, y no en Alemania como esperó Marx; de que, contrario a lo que éste pensaba, la revolución no se realizó «bajo las condiciones más avanzadas de la civilización europea», ni tuvo un alcance mundial;⁸ aparte de eso, repetimos, hay que convenir en que «todas las ganancias que el comunismo ha hecho desde 1917 se han logrado en su mayor parte en regiones aún más atrasadas que Rusia, no sencillamente por un gran levantamiento de los trabajadores, sino por las intrigas de unidades pequeñas de agentes comunistas adiestrados para infiltrar y controlar levantamientos populares y pervertirlos, estimulando el caos y logrando, por ello, toda ganancia posible».⁹

Hace un cuarto de siglo que el socialista Indalecio

7. Conviene recordar que cuando la revolución estalla en Rusia la mayoría de los líderes del Partido bolchevique estaban en el exilio, y que Lenin mismo pudo entrar al país por la ayuda ofrecida en tal sentido por los generales de Alemania. Lenin pasó hacia Rusia vía Suiza en un tren precintado que le ofreció el gobierno alemán.

8. David Thomson, en su *Historia Mundial* (1914-1950), dice que «las raíces de la situación revolucionaria en Rusia se encuentran en su sistema de gobierno altamente despótico, cruel y corrompido, en su vida económica atrasada y en el fermento, en tales condiciones, de los ideales procedentes de la Revolución Francesa de 1789, así como de los marxistas» (cap. III, p. 90).

9. Carls Bangs, *El encuentro comunista*, cap. 3, p. 38.

Prieto,¹⁰ en un ensayo titulado *Centenario del Manifiesto comunista*, hacía la siguiente observación: «Un país inmenso, Rusia, ha realizado la revolución así concebida [por Marx], pero a costa de anular la libertad individual —“el libre desenvolvimiento de cada uno”—, imposibilitando, en consecuencia, “el libre desenvolvimiento de todos”. ¿Admitirían los eminentes filósofos que en tales términos se produjeron hace un siglo que el colectivismo fuese pagado a precio tan oneroso como el de perder por completo la libertad? Presumiblemente no, pues ellos querían ir por el socialismo a la libertad plena, basando en la libertad económica las demás libertades.»

Luego dice Prieto al final de su trabajo: «En los cien años que van de enero de 1848 a enero de 1948, se anduvo muchísimo camino en orden a progresos sociales... Sería el camino restante más llano si Rusia, país donde se ha realizado la revolución social, garantizase efectivamente la libertad de sus nacionales; si, como los autores del *Manifiesto comunista* deseaban, asegurase el libre desenvolvimiento de cada uno, condición del libre desenvolvimiento de todos, y si, además, aboliera sus designios imperialistas.»¹¹

Excusando la inexactitud histórica de que la Revolución soviética haya sido copia fiel de la «así concebida» por Marx, y de que *efectivamente* se haya «realizado la revolución social» en Rusia, es preciso reconocer, destacar y admirar la seriedad y responsabilidad de Prieto cuando denuncia con franqueza los «designios imperialistas» de los dioses del Kremlin.

10. Indalecio Prieto fue uno de los fundadores del Partido Socialista Obrero Español, y de la Unión General de Trabajadores de España.

11. Véase *The U.S.S.R. After 50 Years*, por S. Hendel y R. Braham.

Aunque, por otra parte, una relación pormenorizada de sucesos, además de ser prolija, significaría una extensa digresión del tema y de los fines de este libro, conviene que aportemos alguna prueba de que, en efecto, los «designios imperialistas» denunciados por Prieto y otros tantos no son meras suposiciones o ilusiones, sino tremendas realidades del mundo en que vivimos.

Estos hechos, por notables, son demasiado sabidos como para pretender que puede decirse algo nuevo u original de ellos, a no ser los acontecimientos más recientes en Checoslovaquia.¹² Con todo, es necesario remontarse al verano de 1917, época en que Lenin y un puñado de fieles acólitos organizan una insurrección armada contra el régimen provisional que reemplazó la monarquía zarista.

Después de las elecciones, y a consecuencia de la derrota sufrida por Lenin y sus partidarios, éstos deciden rodear el edificio de la Asamblea Constituyente reunida el 18 de enero de 1918. Como Lenin y sus tropas no logran intimidar a sus desafectos durante toda aquella noche, a los que presionan para que depongan el poder, disuelven la asamblea al día siguiente y apresan de inmediato a muchos jefes revolucionarios no bolcheviques. «De ese modo, el experimento en materia de articulado de una constitución democrática no duró ni doce horas.»

Lenin y sus bolcheviques fueron enfrentados por la resistencia armada de diversos grupos en todo el país. La cruenta guerra civil se extendió rápidamente y durante cuatro penosos años, hasta que en 1921

12. También merece mención el triunfo de la Revolución cubana, si bien ésta se llevó a cabo en nombre de la democracia y no fue declarada marxista-leninista sino algunos años después que su líder, Fidel Castro, proclamó que siempre había sido discípulo de Marx y Lenin. Para un enfoque del tema véase *Castrismo. Teoría y práctica*, por Tehodore Draper.

la revuelta fue definitivamente aplastada por el ejército leninista. Su líder se convirtió así en el amo y señor de Rusia. Durante los años que estuvo en el poder, Lenin fue fiel a su política de que «el partido comunista se hace fuerte purgándose a sí mismo». Eliminó de cualquier modo y sin la menor aprehensión toda oposición democrática hasta que la muerte le sorprendió en 1924.

A su muerte, Lenin fue reemplazado por José Stalin, quien, siendo secretario general del Partido Comunista, se las arregló para anular la popularidad y el prestigio de que gozara el lógico sucesor del líder fenecido, León Trotsky. Este fundó el Ejército Rojo en enero de 1918 y fue su jefe hasta 1921. Posteriormente fue expulsado del Partido y confinado en la Siberia. Cansado de caminar por Europa desde Noruega hasta Turquía, Trotsky fijó residencia en México, donde fue asesinado por un esbirro de Stalin en 1940.¹³

Stalin, por su parte, siguió al pie de la letra la sanguinaria política «purgatoria» del camarada Lenin. Se estima que el número de eliminados durante la purga realizada de 1934 a 1938 alcanzó millones. Y aunque quizá jamás se sepa la cantidad exacta, se cree que osciló entre siete y catorce millones de arrestados, encarcelados y ejecutados.

Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la participación soviética en ella el curso histórico tomó un giro definitivamente imperialista para la Unión Soviética. Al final del gran conflicto esta potencia había impuesto el comunismo en Rumania, Polonia, Hungría y Albania. Posteriormente, mediante la intimidación, la fuerza y el chantaje se obligó a abdicar al gobierno checoslovaco, cuando éste se disponía a aplastar una revuelta comunista en 1948.

13. Véase Bernard Pares, en *Russia its Past and Present*.

Los checos se convirtieron entonces en satélite ruso, hasta que otro intento libertario fue frustrado por la brutal invasión soviética en 1970.¹⁴

En Asia, después de la derrota japonesa de 1945, el Ejército Rojo ocupó Corea del Norte, que vino a ser otro aliado o satélite de la URSS. En el decenio de 1950 el comunismo penetró en Vietnam del Norte y Laos. Aunque el régimen comunista encabezado por el mariscal Tito goza de relativa independencia, los soviéticos no han dejado de mirarlo con suspicacia. Albania es un país furiosamente comunista, pero sigue lineamientos antisoviéticos y favorece la política de «línea dura» del régimen pekinés.

En 1957 los soviéticos establecieron avanzadas en el Medio Oriente, concretamente en Egipto e Irak, mientras secundaron movimientos revolucionarios en Malaya, Birmania y otros lugares de Asia Sudoriental. Es bien sabida la historia de Cuba, Guinea africana y Chile. Lo de la revuelta húngara es ya fiambre y lo del comunismo en China es historia demasiado larga para considerarla en esta oportunidad.¹⁵

Pero los «designios imperialistas» del sovietismo no se han limitado al empleo de la fuerza militar, a la coacción, al asesinato, al chantaje. También ha realizado una muy profunda labor de zapa y espionaje. Los Estados Unidos revelaron en 1960 que cerca de cuatrocientas personas habían sido halladas culpables de ese delito en más de una decena de naciones occidentales. Se informó, además, de la expulsión de cerca de medio centenar de diplomáticos soviéticos acusados de idéntica actividad. En Alemania Occidental el descubrimiento de un espía soviético en las altas esferas del régimen le costó el cargo de

14. En esta invasión participaron fuerzas del llamado Pacto de Varsovia.

15. Véase *Contemporary China*, por Ruth Adams; y *Red China Today*, por Edgar Snow.

canciller federal y la carrera política a Willy Brandt. Posteriormente fue arrestado otro alto funcionario por la misma razón.

Sería prolijo añadir el resultado de diversas investigaciones publicadas por el FBI y otros organismos de policía especializada, que revelan un aumento considerable del espionaje chino-soviético en los últimos años. Lo mismo podría decirse de la propaganda organizada y dirigida por el comunismo en todo el mundo. Baste decir que todos estos procedimientos criminales y delictivos tienen por objeto esos «designios imperialistas» que los soviéticos —ignorando u olvidando que «por el fruto se conoce al árbol»— se obstinan inútilmente en negar.¹⁶

Mucho más podríamos traer a colación para demostrar que Marx fue un «mal profeta» y que, dejando de lado la animosidad o cualquier otro sentimiento de sus naturales adversarios, es preciso asentir que, efectivamente, no siempre sus juicios y vaticinios tuvieron la dosis de verdad y certeza que se les atribuyen. Pero tal vez estos ejemplos hayan irónicamente servido, además, para corroborar lo que ha mucho decía Labriola: que la previsión de cualquier hecho histórico es correlativa y proporcional a su previo ordenamiento humano.

Así, en vez de contribuir a la pacificación del mundo y a la justicia universal, las ideas de Marx, probablemente en contra del pensamiento y propósito de su autor, han sido instrumentos del despotismo, de la tiranía y de la crueldad más despiadada. En lugar de ser factor de paz y concordia en base a la comprensión, al respeto mutuo, a la tolerancia, a la identificación racial, el marxismo y su expresión práctica —el leninismo— lo «menos malo» que

16. Véase la obra del doctor Fred Schwarz *The Three Faces of Revolution*.

han aportado es el precario equilibrio mundial fundado en el terror de las bombas atómicas y en el menosprecio de la vida humana.

Esta es la realidad de nuestro mundo hoy, cuando se ha alcanzado el mayor desarrollo tecnológico-científico que registra la Historia, y cuando, pese a ello, los hombres están, como predijera hace ya dos mil años el Maestro de Nazaret, literalmente «secándose a causa del temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán a la redondez de la tierra».¹⁷

17. San Lucas 21:26.

VII

LAS ARMAS DE MARX el revolucionario

Cuando Federico Engels se presenta en el cementerio londinense de Highgate para decir el último adiós a su amigo Karl Heinrich Marx, cree necesario destacar el rasgo de carácter que a su juicio fue más prominente en la penosa y borrascosa vida del hombre que revistió de carne, hueso y nervios lo que hoy se conoce con el nombre de *marxismo* o, como prefieren otros, «socialismo científico».¹ «Ante todo —dijo Engels—, Marx era un gran revolucionario.»

Sin embargo, hay autores —marxistas y no marxistas— que han negado que el filósofo-poeta de Tréveris reuniera las cualidades que lo hubiesen hecho

1. Llámanse «científico» por la pretensión marxiana de que su doctrina es una forma histórica de la sociedad que se hace indefectiblemente necesaria cuando la producción alcanza cierto nivel de desarrollo.

un verdadero revolucionario. James Haskins, en su *Revolutionaries: Agents of Change*, dice que «Karl Marx no tuvo ninguna de las peculiaridades que son usualmente asociadas con el carácter revolucionario. No tuvo —aduce— una eficaz oratoria;² no fue ni un idealista ni un romántico; nada acerca de él inspiró la devoción que tantos revolucionarios recibieron de las masas o pueblo común... De hecho, [Marx] se sintió disconforme entre las masas. El era un intelectual que expresó su genio por sus escritos más que en discursos públicos o en actividad alguna. En su época no era particularmente bien conocido... Fue un teórico más que un activista...».³

Un autor socialista, Antonio Labriola, sin negar que Marx reuniera las características del verdadero revolucionario, dice que no lo era «por instinto ni por compulsión o pasión». Desde luego, las opiniones de Haskins como las de Labriola se basan más bien en el estudio de las obras del filósofo. Engels habla con la autoridad que le confieren sus largos años de amistad con Marx. De modo que, como dice Carew Hunt, si hubo alguien que lo conocía mejor, ése era precisamente Engels. El lector, empero, decidirá a quién dar crédito.

Cierto es, por otra parte, que la afirmación de Labriola no se contrapone necesariamente a la de Engels. Se acepta, por lo general, como una de las características del revolucionario auténtico, ese fuego interior, ese ímpetu y arrojo que le lleva a emprender lo imposible sin reparar en el sacrificio y sin escatimar esfuerzos personales de ningún género. No era por simple «complejo de loro» que Lenin solía

2. Recordemos que Robert Wilbrandt, en la *Semblanza de Marx* citada en el primer capítulo, describe como «formidable» su discurso ante el tribunal que lo juzga en Colonia en 1849.

3. J. Haskins, *Revolutionaries: Agents of Change*, cap. 3, p. 53.

repetir la frase de Napoleón: «Se traba la lucha y luego se mira qué se debe hacer.»⁴ Sin esa convicción, este gran revolucionario ruso no hubiese podido rescatar al marxismo del fracaso total. Pero él creía en la eficacia de la acción revolucionaria y no se conformó con «interpretar» la doctrina de Marx, sino que la reinterpretó, esto es, la *recreó* según su genio y estilo sin apartarse completamente de sus raíces. Y, lo que era mucho más importante, la llevó a cabo.

Cuando, pues, los biógrafos de Marx le describen como un hombre «rebelde, vehemente, impetuoso»; o cuando le pintan «violento, desconsiderado, mortificante, áspero e injusto a veces en lo culminante de su lucha», no se trata ciertamente de simples palabras: se está delineando un carácter que corresponde a cualquier hombre y a cualquier gran hombre. El que sus acólitos y discípulos hayan hecho de él la quintaesencia de la sabiduría; o que él mismo —pese a su aceptación de la teoría darwinista— se creyera algo más que un «sujeto evolucionado», es asunto que no vamos a discutir aquí.⁵

4. David Thomson dice que «Lenin dio muestras de ser el genio revolucionario más grande del mundo moderno, y uno de los mayores de todos los tiempos. Combinó —dice— un extraordinario poder de análisis intelectual y una fe fanática en la verdad de sus conclusiones con un agudo sentido de la realidad política y de las normas prácticas del ejercicio del poder. Empleó esta rara combinación de facultades extraordinarias para hacer de su partido un instrumento irresistible de acción revolucionaria. Con ese medio, desvió el desarrollo total de Rusia por un nuevo camino que lo hizo cada vez más divergente del resto de Europa. Literalmente puede decirse que Lenin alteró el rumbo de la historia mundial».

5. A Crane Brinton, en su obra *Ideas and Men*, le parece significativo que, después de Agustín [de Hipona], dos de los más grandes defensores de un rígido determinismo —Calvino y Marx— hayan sido también líderes de grandes movimientos reformistas inspirados más que nada en el desprecio a todo lo ordinario, cómodo o rutinario (cap. 5, p. 148).

Creemos, por tanto, que la observación de Labriola, si bien no es fortuita ni puede decirse que ha sido traída por los cabellos, no enaltece más ni disminuye un ápice la verdadera estatura moral y espiritual de Karl Marx. Sólo ha habido un Revolucionario —el más grande de cuantos han desfilado por el escenario del mundo— que jamás se dejó arrastrar por las pasiones desorbitadas del corazón humano; pese a que aquellos que le conocieron personalmente dijeron, con toda justicia y espontaneidad, que había sido «tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado».⁶

Permítasenos citar aquí, por pertinentes, las palabras de W. H. Griffith Thomas acerca del carácter de Cristo:

«Nunca ha habido un hombre más real y más genuino que Jesús de Nazaret. No es solamente la existencia, sino la convicción de la gracia y de la verdad lo que sorprende en Cristo Jesús; su combinación es perfecta y su proporción equilibrada. La gracia por sí sola podría conducir a la debilidad y a un mero sentimentalismo; la verdad por sí sola podría degenerar en rigor; pero cuando la gracia es fortalecida por la verdad y la verdad es suavizada por la gracia, se tiene el carácter perfecto y la vida verdadera del hombre.

»Es la unión equilibrada y consistente de ambos opuestos lo que llama la atención en Jesucristo; los demás hombres resultan fragmentarios y unilaterales. El es completo, equilibrado, perfecto... No debemos pasar por alto la magnífica combinación de contrastes que se ven en Cristo Jesús; combinación de perspicacia y de integridad, de precaución y de valor, de ternura y de severidad, de sociabilidad y de aislamiento. Debemos tener en cuenta también los ele-

6. Hebreos 4:15.

mentos de tristeza sin aspereza, de gozo sin ligereza, de formalidad sin fanatismo.»⁷ El contraste entre este Revolucionario y Karl Marx es notable.

¿Qué era lo que en realidad se proponía el padre del «socialismo científico»? Una sola declaración suya lo resume: «Hasta ahora los filósofos han procurado interpretar el mundo, pero el asunto radica en cambiarlo.» Y si ésta no fuere lo suficientemente explícita, o se la considerara muy general y abstracta, he aquí otra más práctica que la complementa y corrobora: «Constitución de los proletarios en clases, destrucción de la supremacía burguesa, conquista del poder político por el proletariado.»⁸ Este es el pueblo obrero, que, en opinión de Marx, «tiene un mundo por ganar».

Ya hemos visto que Marx, para aplicar su tesis, comienza por concebir un *Icaro* en el que los hombres primitivos desenvuelven sus actividades rodeados de una atmósfera bucólica e inocente. Luego, merced a la dialéctica proporcionada por Hegel —o a expensas de ésta— hace del «comunismo prístino» y del «feudalismo expropiatorio» algo así como el yin y el yang del taoísmo chino. Y ahí mismo empieza la lucha de clases que dará al traste con la opresión, la servidumbre y la miseria, e instaurará, en gloriosa síntesis, el paraíso marxista renovado ahora sobre «fundamento científico».⁹

Este «cuerto corto» de Karl Marx ha ejercido una poderosa atracción entre los socialcristianos y socialdemócratas de hoy. En países como Chile, Uruguay,

7. W. H. Griffith Thomas, *El Cristianismo es Cristo*, capítulo I, pp. 12-13.

8. Marx-Engels, *Manifiesto comunista*, cap. II, p. 1.

9. *Id.*, cap. III, p. 52. El doctor Fred Schwarz ridiculiza la osadía «filosófica» marxista-leninista, al referirse al libro *Gentes regeneradas*, en el que los jefes rojos «proclaman que producirán seres perfectos, con cuerpos, mentes y caracteres perfectos, que vivirán entre sí en perfecta felicidad».

la Argentina y otros de Sudamérica —para hablar sólo de una región del mundo—, en el sector liberal o «progresista» del catolicismo, especialmente entre los jesuitas, se ha llegado a la conclusión de que el marxismo es la única ideología con mística y, en consecuencia, la mejor fuente de inspiración revolucionaria. Desde luego, se cuidan de señalar que la participación «cristiana» en el movimiento tiene por objetivo «orientar cristianamente» el proceso, a fin de que éste no desemboque en totalitarismo. ¡Cuánto se ignora la Historia!

Lo más penoso, quizá, de la actitud de los socialistas cristianos y demócratas es que, al parecer, han olvidado con cuánta acritud y causticidad se burla y descarta Marx sus programas sociales. Basta recordar que en el segundo capítulo del *Manifiesto comunista*, después de decir que «nada más fácil que recubrir con un barniz de socialismo el ascetismo cristiano», describe al socialismo cristiano como «el agua bendita con que el clérigo consagra el despecho de la aristocracia».¹⁰

Recuérdese, además, que cuando Marx emprende la crítica del socialismo feudal, del alemán o «verdadero», del burgués y del comunismo utópico, se burla de todos con «grandes e irreverentes carcajadas», como dice que lo hizo el pueblo cuando, «a guisa de bandera [el primer programa, el feudal], enarboló la «alforja del mendigo» para sorprender las masas. Y aunque reconoce al comunismo utópico «conciencia de defender ante todo los intereses de la clase obrera, por ser la clase que más sufre, no alaba la forma y el alcance de su programa reformista.

«La forma rudimentaria de la lucha de clases —dice de los utópicos—, así como su propia posición

10. Marx-Engels, *op. cit.*, cap. III, pp. 59-61.

social, les lleva a considerarse muy por encima de todo antagonismo de clases.¹¹ Desean mejorar las condiciones materiales de la vida para todos los miembros de la sociedad, hasta para los más privilegiados. Por consecuencia, no cesan de apelar a la sociedad entera sin distinción, y más bien se dirigen con preferencia a la clase dominante. Porque, además, basta comprender su sistema para reconocer que es el mejor de todos los planes posibles de la mejor de las sociedades posibles. Repudian toda acción política, y sobre todo toda acción revolucionaria, y se proponen alcanzar su objeto por medios pacíficos y ensayando abrir camino al nuevo evangelio social por la fuerza del ejemplo, por las experiencias en pequeño, condenadas de antemano al fracaso.»¹²

Con todo, los socialistas demócratas y cristianos están a tiempo aún para reflexionar. Todavía tienen la oportunidad de enterarse —si es que no están en autos ya— de que para Karl Marx, primero, y para Lenin y Stalin, después, nada que no fuera revolución radical, profunda, total, de la sociedad, esto es, nada que no sea marxismo, se avenía a las verdaderas necesidades individuales y colectivas. Tienen aún ocasión de saber que en el pensamiento del padre del socialismo científico no hay lugar para ningún género de sentimentalismos y, si alguno existe, debe

11. Lo que Marx dice en este pasaje debe servir, una vez más, para desvirtuar la pretensión owenista adoptada por el marxismo, de que el medio determina necesariamente la ideología o conceptos del hombre sobre moral, religión, justicia, etcétera. Porque estos hombres que Marx critica, siendo de alta alcurnia algunos de ellos, no miraban con desdén la suerte de los infelices de la sociedad; antes bien se interesaban en mejorarla, aunque sus programas sociales no satisficieran los proyectos de Marx. Este mismo, que provenía de una familia pudiente, murió, como dicen sus biógrafos, «aniquilado por el trabajo» intelectual y acosado por la más espantosa miseria.

12. *Id.*

ser eliminado; que el propósito del sistema, en fin, puede resumirse con esta frase de Theodor Schuster: «Que la revolución próxima no se limite a cambiar de rey, sino que derroque la monarquía.»

Algunos han alegado que el mismo Marx no ha sido bien comprendido por sus propios partidarios, otros declaran que Marx no dijo todo lo que tenía que decir.

Un autor contemporáneo ha advertido que en la historia de las revelaciones judeo-cristianas «ningún profeta recibió la revelación completa, sino que parte por parte, sin contradicción, el plan se descubre para revelar un panorama completo y perfecto».¹³

Pero no es así que piensnan acerca de su fundador del «socialismo científico» la inmensa mayoría de comunistas, para no decir todos los comunistas convencidos. Para ellos, en el cielo nebuloso de la filosofía, superando todo inconveniente, hizo su aparición Karl Marx para revelar el secreto de la felicidad humana. Es él quien pronuncia el *fiat-lux* y, con virtud abracadabresca, disipa las tinieblas de la ignorancia en que ha estado sumida la Humanidad toda.

Es así como este ingenio portentoso del género humano hace acto de presencia en el mundo y nos ofrece sus obras. Estas contienen toda la verdad. Más aún: son la verdad. No se admite discusión. Se trata del oráculo científico y a los mortales e ignorantes no nos queda otra alternativa que aceptarlo o perecer. Y como Darwin se encargó de señalar que en la lucha por la vida sólo subsistieron aquellas especies que se adaptaron al medio en que surgieron, los hombres, cuya historia se orienta por y obedece «leyes» tan inflexibles e inexorables como las que

13. Charles C. Ryrie, *La Biblia en las noticias de mañana*, cap. I, pp. 19-20.

gobiernan la vida natural, no pueden más que acoger con absoluta resignación la verdad del profeta.¹⁴

En ese predicamento el pensador de Tréveris nos enseña cosas como éstas: Las «primeras aspiraciones de los obreros hacia una completa transformación de la sociedad» son de naturaleza «instintivas». Nadie osa contradecirlo. Pero cuando afirma que, «gracias a la educación y las costumbres transmitidas», la nueva y numerosa clase proletaria «se allana a las exigencias del régimen económico actual [el burgués] *de un modo tan instintivo como se conforma con las variaciones atmosféricas*,¹⁵ entonces ya nadie que reflexione un poco aceptará sin reservas esa «verdad apodíctica». ¿Por qué? Porque le parecerá, razonable y lógicamente, que los obreros no pueden tener, al mismo tiempo, el instinto de la emancipación y el de la esclavitud o servidumbre.

Se trata de una simple deducción lógica: «El valor de la lógica formal es que demuestra que si estamos pensando algo hemos de ser consecuentes y no usar el mismo símbolo en sentidos diferentes: que si afirmamos, como es perfectamente lícito hacerlo, una distinción entre lo que es A y lo que no es A, no podemos decir que una cosa sea, a la vez, dos cosas al mismo tiempo y desde el mismo punto de vista.»¹⁶ Sin embargo, tales antinomias son comunes en la doctrina marxista. Se las excusa, desde luego, porque en ésta se ha hecho de un defecto dialéctico una norma invariable e inefable al que podríamos denominar «complejo del decidor»: donde digo dije, digo Diego.

Quizás alguien, viendo que hay en el marxismo tanto de equívoco como de ilusorio y contradictorio,

14. «No proclamamos al mundo ninguna moda doctrinaria —decía Marx— ni ningún nuevo principio: ésta es la verdad y hay que reverenciarla.»

15. Marx-Engels, *op. cit.*, cap. III, p. 60.

16. Karl Marx, *El Capital*, cap. XXVI, p. 201.

se pregunte intrigado: ¿Cómo explicar la cálida acogida que ha tenido en todo el mundo?, ¿cómo no ha podido desvanecerla la crítica histórica? Lo ha hecho ya sobradamente. Pero la ciencia histórica tiene sus límites: no puede ir más allá de lo que le permite su propia disciplina. Butterfield lo ha ilustrado gráficamente: «Si a mí se me ocurre proclamar que soy la reencarnación de Beethoven, cualquiera tendría razón al considerarme un lunático; pero mi mentira nunca podría probarse con el aparato crítico del historiador.»¹⁷

Se ha dicho, por otra parte, que «el hombre que conoce la historia en forma sana y verídica tiene una concepción más inteligente de la vida». Es verdad. Pero hay que convenir en que no basta poseer ese conocimiento. Marx mismo, aunque imputa ese pecado a los comunistas utópicos, no sólo creyó haber adquirido una noción exacta y precisa de las fuerzas creadoras de la Historia. Para él, en efecto, era ley «casi eterna» de la vida lo que los antiguos habían dicho mucho antes del siglo XIX: «*Omnia mutantur, et nos mutamur.*»¹⁸

Marx, empero, no guardó ese equilibrio entre la sabiduría que aportan los libros y los hechos concretos, que sugiere su admirado Goethe: «Una mirada a un libro, dos miradas a la vida.» El ideólogo del socialismo científico no sólo no repara en este prudente postulado, sino que lo invierte en forma abrumadoramente desproporcional: lee cinco libros por cada mirada a la vida. Y hace esto a despecho de las «realidades concretas» de que tanto habla. Por ello, aunque se diga lo contrario, no alcanzó nunca

17. H. Butterfield, *op. cit.*, cap. I, p. 30.

18. Es curioso que Marx, negando los valores eternos, le atribuya esa característica a la ley de cambio continuo. Esto, dicho en lenguaje popular, es como desvestir a un santo para vestir a otro.

la categoría de humanista, si bien en su primera juventud dio alguna pálida señal de que pudo haberlo sido.¹⁹

Karl Marx, el hombre que en su primera juventud dio muestras de precocidad y de veta poética, ha elegido —¿maduro ya?— sus dos instrumentos para cambiar el mundo: sus ideas y el proletariado. Está plenamente convencido de que éstos constituyen la «mutual perfecta» para tan ingente empresa. Desde luego, y como se encarga de recordarlo Engels, el proletariado —el medio por el que ha de canalizarse toda la corriente luminosa del pensamiento marxista—, pese a su instintivo carácter revolucionario, no poseerá la ciencia que genera el acto de voluntad hasta que el propio Marx se la comunica.

En el *Manifiesto comunista* Marx ha señalado la ventaja de los comunistas sobre todos los demás partidos obreros del mundo. Dice que «prácticamente» son los más resueltos, y «teóricamente» tienen... «la ventaja de un concepto claro de las condiciones, de la marcha y de los fines generales del movimiento proletario».²⁰ Con tan poderoso instrumento en sus manos, el filósofo no duda ni un instante que cambiará el triste hado de la oprimida Humanidad. Su revolución no se limitará a tumbar al rey: ha de esfumar la monarquía.

«La clase explotada y oprimida —dice— no puede emanciparse de la clase que la explota y oprime sin

19. Autores como Paul Ramsey presentan o admiten a un Karl Marx humanista, poseedor de una gran pasión por la justicia social y por la humanización del pueblo deshumanizado y explotado. Pero la esencia de todo verdadero humanismo es el amor y —según lo comprueban los estudios psicoaxiológicos— «quien intuye el amor no intuye el odio, entendidos en su correcto sentido». El estudio de las obras de Marx deja la impresión en el lector de que él no amó al pobre, sino que odió al rico: y eso no es humanismo.

20. Marx-Engels, *op. cit.*, cap. II, p. 1.

emancipar al propio tiempo toda la sociedad, y para siempre, de la explotación, de la opresión y de la lucha de clases.»²¹ Convierte a los obreros e infelices en «los sepultureros predestinados de la burguesía», y al proletariado que los agrupa, «el portador de la idea de progreso». Afirmando al mismo tiempo que el *status* subordinado de éste «es únicamente un fenómeno transitorio y que su evolución se identifica con la de la Humanidad misma».

Cuando uno ve cómo Karl Marx hace del proletariado el órgano mesiánico de sus lucubraciones filosóficas, no puede menos que preguntarse si este hombre tenía realmente ese «discernimiento intuitivo» que permite al estudioso «comprender un diseño de la totalidad histórica» que investiga. Y si se ha de ser sincero consigo mismo y honrado con la Humanidad, deberá concluir: ciertamente no.

Por la misma razón, cuando críticos al estilo Labriola expresan que si se lee el *Manifiesto comunista* sin estar provisto de otros conocimientos puede creerse fácilmente que hay algo demasiado juvenil y prematuro en las ardientes afirmaciones de los comunistas que lo redactaron, podemos contestarle que no: que con otros conocimientos auxiliares —o sin ellos— lo único que se echa de ver es la ignorancia que tanto Marx como Engels tenían del hombre. Es todo.

¿Por qué delega Marx en el proletariado la misión de salvar al mundo de la sima a que ha sido lanzado por la implacabilidad de los opresores burgueses y oligarcas? El propio socialista italiano contesta: «El comunismo hace causa común con el proletariado porque en éste reside la fuerza revolucionaria que rompe, quiebra, sacude y disuelve la forma social

21. *Id.*, p. 21.

actual (1890) y crea en ella, poco a poco, nuevas condiciones.»²²

Mas no se trata simplemente de «hacer causa común». Es que el proletariado se convierte —por decisión de Marx— en el Mesías salvador del género humano. A Ramsey le intriga la antinomia implícita en el marxismo, que «despoja de su humanidad esencial» a la clase trabajadora y, no obstante, le encomienda la quijotesca misión de redimir la Humanidad. «¿Cómo puede la hombría del obrero industrial —se pregunta—, despojada así de su naturaleza humana, tener poder para lograr su emancipación y realizar a un tiempo la salvación final de la Humanidad?»²³

Pero aun cuando fuera como dice Labriola y duda Ramsey, no debemos olvidar la advertencia de Rousseau en *El contrato social*: «La fuerza es un acto de necesidad, no de voluntad; cuando más, puede ser de prudencia. ¿En qué sentido podrá ser un deber?» Por ello mismo añade: «El más fuerte no lo es jamás bastante para ser siempre amo o señor, si no transforma su fuerza en derecho y la obediencia en deber.»

¿Moral? ¡A qué hablar de moral cuando se habla de marxismo! Eso interesa poco, si es que algo interesa. Marx lo ha dicho: a quienes pudiera interesar —a los obreros— les parece que, como las leyes y la religión, los cánones moraléticos son «meros prejuicios burgueses». Nada más. Mas no se crea que el sistema carece de moral; también se ha inventado la suya: ¡No observar ninguna! Así, cuando alguien osa preguntar al marxista respecto de su sistema moralético, éste, como hizo Labriola en una ocasión,

22. *Id.*, p. 22.

23. Paul Ramsey, *Nueve moralistas modernos*, cap. 3, página 77.

se conforma con remitirlo a la *Fábula de las abejas*, de Mandeville, para probar lo abstracto y fútil de tal concepto «burgués»... y se lava las manos como Pilato.

No se trata, desde luego, de una declaración fortuita o injuriosa —que en todo caso no rebasaría los límites del prejuicio capitalista, según Marx—, sino de hechos fácilmente comprobables. Para cumplir al pie de la letra el programa de redención marxiano, Lenin creyó necesario decir a sus partidarios cómo debían conducirse. En sus obras *¿Qué hacer?* y *Tesis sobre las tareas fundamentales del II Congreso de la Internacional Comunista*, traza las pautas:

«Atraer y llevar la vanguardia revolucionaria del proletariado, tras su Partido Comunista, no sólo a todo el proletariado o a la inmensa y aplastante mayoría del mismo, sino a todas las masas de trabajadores y aquellos explotados por el capital; instruirlos, organizarlos, educarlos y disciplinarlos en el curso de una lucha irreductible, audaz, firme y despiadada contra los explotadores; arrancar de la dependencia de la burguesía a esta mayoría aplastante de la población de todos los países capitalistas; infundirles, por medio de la experiencia práctica, confianza en el papel dirigente del proletariado y de su vanguardia revolucionaria.»

Y otra vez reafirma este camino:

«El derrocamiento violento de la burguesía, la confiscación de su propiedad, la destrucción de todo el aparato estatal burgués de abajo hacia arriba —el parlamento, judicial, militar, burocrático, administrativo, municipal, etc.—, desterrando o encarcelando inclusive a los explotadores más peligrosos y contumaces, y la vigilancia más rigurosa de los mismos para contrarrestar las inevitables tentativas de ofrecer resistencia y de restaurar la esclavitud capi-

talista, son las únicas medidas que pueden asegurar el sometimiento efectivo de toda clase explotadora.»²⁴

Marx es, por otra parte, culpable de dos pecados que imputa a filósofos y burgueses: de caer, los primeros, en el mismo error de los teólogos que reputan cada uno su propia secta o denominación como la única y verdadera; y de haber sido, los últimos, «semejantes al mago que no sabe dominar las potencias infernales que ha evocado». Cualquiera, en efecto, que simplemente lea las obras del ideólogo-revolucionario advertirá que tan seguro estaba él de tener «la verdad, pero toda la verdad», que llegó por esa vía al colmo del dogmatismo que no se atreve a modificar lo que personalmente se ha escrito o pensado, aun cuando todo diga que es necesario hacerlo para evitar el ridículo.²⁵

Aunque nos hemos impuesto el propósito de soslayar toda referencia a la manera en que el comunismo ha llegado a imponerse en medio mundo, limitándonos concreta y objetivamente a los hechos bien conocidos, es conveniente dar una simple ojeada a este pequeño planeta para comprender siquiera en parte hasta dónde es verdadero que Marx no hubiese podido él mismo controlar las «potencias infernales» que como revolucionario evocó en su tiempo.

Alguien ha dicho —y los hechos lo confirman— que así como en Gran Bretaña está permitido todo cuanto no está prohibido, en Alemania queda prohibido lo que no está expresamente permitido; en Francia se permite todo, aun lo oficialmente prohibido;

24. Estas «orientaciones» de Lenin se avienen a y cumplen perfectamente el designio marxista: «Tened [obreros] la desconfianza por norma e impónganse por el terror.»

25. En el prefacio de la edición alemana del *Manifiesto comunista* (1872) sus autores señalan que éste «es un documento histórico que nosotros —aducen— no nos creemos autorizados a modificar».

en Rusia, en cambio, todo está prohibido, aun lo que dicen que está permitido. Esto no es una infamia ni tampoco un juego de palabras para matar el tiempo: es la realidad.

Desde luego, se ha aceptado como cierto que ése no fue jamás el propósito que tuvo Marx. Ya hemos leído la opinión del socialista español Indalecio Prieto, líder sindical de su país, de que los autores del *Manifiesto comunista* no quisieron ni previeron que «el colectivismo fuese pagado a precio tan oneroso como el de perder por completo la libertad». Niebuhr, aunque describe la naturaleza y las intenciones del marxismo-leninismo en términos enérgicos, descarnados y límpidos, reconoce que «el marxismo [en sus orígenes] no ha proyectado la estructura de poder tan altamente centralizado»; si bien «Marx proyectó una “dictadura del proletariado”, y la progresiva descomposición moral de una tal dictadura ha sido más bien inevitable que fortuita.»²⁶

Se ha dicho, además, que «la forma que luego le dio Lenin [a la doctrina marxista] heredada por Stalin, estuvo influida, como es natural, por los problemas derivados de la revolución de octubre [de 1917], y se convirtió en la ortodoxia aceptada por los comunistas de todos los países». Pero que «el que haya desembocado en un Estado Policía no ha de sorprender a nadie, aunque es muy dudoso que —en el momento de la revolución— ni Lenin ni los demás jefes bolcheviques hubiesen previsto esta conclusión ni tuviesen intención de que acabase de este modo.»²⁷

26. R. Niebuhr, *op. cit.*, cap. 3, pp. 36-37. El comunismo —dice este autor— es «una perversidad organizada que esparce terror y crueldad por todo el mundo y que hace que nos enfrentemos por doquier con hombres sin rostro, inmunes a toda suerte de persuasión moral y política».

27. Carew Hunt, de quien es esa observación, dice además que la manera en que Lenin y sus acólitos entienden las orientaciones de Karl Marx es, de hecho, «una legítima interpretación de principios que nunca habían repudiado».

Por supuesto, no debemos asumir absolutamente estos criterios. Debemos, por el contrario, atender a la advertencia del doctor Schwarz de que la errónea creencia enseñada por muchos profesores, en el sentido de que «el comunismo que practicaban Lenin y Stalin en Rusia, se separaba de los dictados de Marx». El médico y autor austríaco dice que esta premisa parece a primera vista verdadera, pero es sólo si se detiene en la superficie del argumento. Para él, Stalin y Lenin únicamente cumplen los designios ulteriores de Karl Marx.²⁸

¿No resulta, pues, bastante extraño al menos que los autores del marxismo deploraran que la burguesía se aferrara a una cultura cuya adaptación no significaba para la inmensa mayoría «sino la adaptación al papel de máquina» y que en la Rusia soviética —donde se proclama el triunfo de esa clase— se haya incurrido en el mismo delito? ¿Qué hubiesen dicho hoy al observar lo que pasa en Rusia y sus satélites? ¿Qué habrían pensado al ver que el proletariado, en cuyo nombre se hizo la revolución, lejos de ser factor decisivo —no digamos dirigente— en los asuntos de Estado y en las grandes responsabilidades de la nación, ha sido sometido a un régimen cruel e inhumano en el que no protestar es virtud y el hacer lo contrario muchas veces significa la infamación, la degradación o la muerte misma? ¡Sólo Dios sabe!²⁹

28. Fred Schwarz, *Usted puede confiar en los comunistas*, cap. X, pp. 175-176.

29. Para un informe pormenorizado del carácter coercitivo de la economía rusa y de las condiciones del obrero allí, véase la obra de William Ebenstein *Dos formas de vida: democracia y comunismo*, especialmente el capítulo octavo.

CONCLUSION

Creemos que no estaríamos descubriendo nada si afirmásemos que un estudio honrado, profundo y objetivo del «socialismo científico» lleva a la conclusión de que para su creador el objeto de la Historia no es el hombre, sino la economía. El hombre cobra significación e importancia sólo cuando se relaciona con el factor económico y en la medida y forma en que se acerca y asocia a ese factor.

No es de extrañar que así sea, si se piensa que para el marxismo la Historia se desarrolla y consume independientemente de la voluntad, obedeciendo ciegas «leyes» creadas y sustentadas por los artífices del naturalismo y del fatalismo. ¿No explica ello el desprecio de Marx por la «canalla», a cuyos componentes reduce a homúnculos? ¿No su menosprecio de los socialistas puros y utópicos, de los recién llegados, de los filántropos, de los sentimentales e histéricos?

Sin embargo, esto que para muchos parece extraño, es una paradoja perfectamente compatible con las antinomias inherentes del sistema marxista. No

surge tanto de un exagerado énfasis en la rectitud personal, cuanto de un inconsistente punto de vista del predominio del factor económico y de las leyes históricas sobre el sujeto consciente.

Cierto es que los ataques demoleedores de Marx contra cuantos no comulgan con «su» verdad doctrinal le descalifican para todo humanismo; y que por ello sólo *in partibus* podría admitirse el «humanismo» que algunos atribuyen al pensamiento marxista. Esta descalificación se produce mucho más por su reducción del hombre a la materia, aunque se trate del proceso más elevado de ésta. En consecuencia, negamos que en todo el pensamiento marxiano pueda hallarse «cierta cualidad de trascendencia en el espíritu humano», a no ser eventual, inconsciente, cuando no a despecho del propio Marx, quien se halla desprovisto de motivos superiores y trascendentes para exhortar al ser materializado, y según él carente de alma espiritual, al ejercicio de virtudes superiores y trascendentes.

Notemos la diferencia entre la actuación social y enseñanzas humanistas de Cristo frente a las estructuras sociales existentes en su época, y veremos fácilmente el gran contraste entre la filosofía del pensador alemán y la del Supremo Maestro de Nazaret.

En el tiempo en que Cristo llevó a cabo su ministerio, Palestina estaba bajo la férula del César. Israel, su pueblo, había sido vapuleado por todas las huestes de todos los Imperios, desde la dinastía de Ramsés II, pasando por Nabucodonosor, Artajerjes, Darío, Ciro, Antíoco Epífanes, Augusto y Tiberio César.¹ Pero los orgullosos líderes religiosos de la na-

1. El salmista lo expresa con estas patéticas y gráficas palabras: «La vendimian [a la viña, Israel] todos los que pasan por el camino; la destroza el puerco montés, y la bestia del campo la devora» (Salmo 80:12).

ción pretendían que eran «tan libres como el viento».

Fue así que cuando Jesús exhortaba a algunos de sus nuevos profesantes a permanecer fieles en la Doctrina Cristiana si querían ser «verdaderamente libres», unos de sus interlocutores le replicaron: «Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: "Seréis libres"?» Se produce entonces una de las más gloriosas respuestas del Maestro: «De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado... Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres. Sé que sois simiente de Abraham; pero procuráis matarme, porque mi palabra no cabe en vosotros.»²

Nótese que Jesús ni siquiera discute el que sean o no políticamente esclavos, sujetos al cetro de la Roma imperial. Pero es admirable la manera en que deja entrever que se puede ser hijo de una nación soberana e independiente (aunque ése no fuera el caso judío en el momento) y, sin embargo, ser moral y espiritualmente esclavo. Esta parecía ser la condición de sus adversarios si a juzgar vamos por sus designios homicidas, serenamente denunciados por el Maestro. Es que se puede ser libre en muchos respectos y, no obstante, tan esclavo en lo moral como se mostraban aquellos chauvinistas en embrión.

Hay casos —y éste era incuestionablemente el de los fanáticos cuya hostilidad denuncia Jesús— en que ni el carácter étnico, ni la posición social, ni la condición económica, ni el origen natal, ni la profesión religiosa, ni el acerbo cultural y ni siquiera la más elevada instrucción constituyen óbices a la servidumbre moral y espiritual. El Evangelio enseña que se puede ser lo que vulgarmente se llama «un don nadie» y, no obstante, poseer la más bella de las libertades posibles: la del espíritu.

2. San Juan 8:31-37.

Quienes atribuyen la iniquidad social a determinado segmento o clase, o creen hallarla en la deficiencia o en la injusticia de las estructuras de la comunidad —como es doctrina y costumbre de marxistas y socialistas—, desconocen la realidad del pecado universal o, conociéndola, la niegan. Mas el que adopten una u otra postura no desvirtúa en lo más mínimo la existencia del pecado y sus terribles efectos, el principal de los cuales es, al mismo tiempo, la mayor realidad de la vida: la muerte.³ Por una u otra razón, quien así cree se conforma con cambiar las estructuras sociales, económicas y políticas de la comunidad humana; eliminar «los malos» y establecer «los buenos». Con ello, empero, sólo demuestran cuán ignorantes son del ser íntimo del hombre.

Cristo, a quien con excesiva ligereza y no menos frecuencia los marxistas asignan un papel político-revolucionario que no tuvo ni podría tener,⁴ nunca habló de la necesidad del cambio estructural. Nunca planteó como algo urgente e inaplazable la revolución de las estructuras sociales, políticas, económicas, culturales ni religiosas de su pueblo⁵ ni de ningún pueblo. No lo concibió, desde luego, a no ser como resultado natural y lógico del cambio concienencial del hombre mismo.

¿Por qué no planteó Jesús la revolución como asunto necesario, inexorable, inevitable? La única respuesta satisfactoria —esto es, no basada en meras conjeturas— es la siguiente: El conocía demasiado

3. Romanos 4:23.

4. En el caso de su pueblo, Cristo no abogó por una «nueva religión», sino porque se reivindicara la Ley, que era esencia y fundamento de la vida religiosa de la nación. El mismo dijo de sí: «No he venido a abrogar [la Ley o los profetas], sino para cumplir» (San Mateo 5:17).

5. El doctor Oscar Culman, en su obra *El Estado en el Nuevo Testamento*, ridiculiza que Jesús fuera un zelote anti-romano (p. 24).

la naturaleza humana para incurrir en semejante simpleza y puerilidad. ¿Cómo, pues, iba a proponer que se cambiara el escenario si la calidad moral de los actores seguía siendo pésima y su actuación mediocre? ¿A qué más hubiese podido El comparar esta pretensión marxista? Cambiar las estructuras de la sociedad sin producir un cambio radical *en* el hombre sociable —el «viejo hombre» de la teología paulina— hubiera sido para el Maestro de Nazaret como arrancar la etiqueta del frasco que contiene el mortífero brebaje y en su lugar poner otra de un fortísimo reconstituyente. Nada más y nada menos.

El cristiano está persuadido de que para conocer verdaderamente el problema social en cualquier época dada —«el hecho histórico determinado y concreto» de que suelen hablar los marxistas— no basta con «estudiar los frotamientos y los contrastes que surgen de las diferentes corrientes... y características de una sociedad determinada». Preciso es, además, profundizar *en el hombre*, en su naturaleza compleja, integral, esencial.

No se piense ni por un segundo que el cristianismo menosprecia los valores de la vida material. Sólo a un ignorante o a un mal intencionado se le ocurriría afirmar lo que Lenin predicó y muchísimos han creído hasta nuestros días: que «la religión enseña a todos los que trabajan en la miseria toda su vida que se resignen y que sean pacientes en este mundo, y los consuela con la esperanza de una recompensa en el cielo...». Esta no es la opinión de un hombre imparcial y justo. Podría ser más bien la de un cínic o, si queremos ser más benignos, la de un ciego o miope.⁶

6. Reconocemos que la actitud y el pobre testimonio cristiano de no pocos profesantes de la Fe que por ignorancia o por fanatismo sectario han despojado al Evangelio de su carácter dinámico y pragmático para reducirlo a la categoría

Cristo no niega la vanidad de lo transitorio. Antes bien, la corrobora. Pero, contrario a Marx, no sustituye lo temporal con lo pasajero y efímero, sino con las eternas realidades.⁷ A la injusticia social opone la justicia eterna; al Estado mudable, la realidad del «Reino incommovible»;⁸ a la precariedad de la vida presente, la certeza de la venidera; al temor que infunden los hombres, el amor, el perdón y la paz que inspiran los humildes. No se trata, desde luego, del «cenáculo», donde el iluso se codea con el loco y el espía», que dice Labriola; sino del hombre-Dios que se despide de sus discípulos actuales y futuros (Juan 17:20) con tiernas revelaciones y promesas de un futuro mejor, no por un tiempo tan breve como es el de la vida terrestre, sino por la eternidad; única esperanza que puede satisfacer al ser humano creado a imagen y semejanza del ser infinito para la eternidad; esto es, que los hombres estaban literalmente consagrados en cuerpo y alma a la búsqueda de los aditamentos —los bienes materiales—, y que, como dijera Pablo, se habían dedicado a «servir al vientre» como a cualquier dios pagano,⁹ en menosprecio y aun en desprecio de los valores del espíritu. El sabía que este materialismo deshumanizante era signo inequívoco del desvarío universal. Pero en ello hay una paradoja: *el factor económico predomina sobre el moral porque éste, precisamente, determina el valor y el lugar que damos a la economía en nuestra vida de relación.* ¿No ha sido, por ventura, el abandono gradual y paulatino de los principios que informan la vida espiritual

de mera «religión», ha dado lugar a que hombres inteligentes pero no sabios hayan concebido semejante grotesca caricatura del cristianismo.

7. San Mateo 6:19-21.

8. 2.^a Corintios 4:16-18.

9. Hebreos 12:28.

y moralética, la *verdadera causa* del caos que ha presidido todo el proceso histórico hasta hoy? ¡Sólo un ciego podría negarlo!

De ahí que cuando Cristo enjuicia la época de Noé, por ejemplo, va al fondo mismo de la desintegración social: el menosprecio de la vida espiritual y la entrega vergonzosa o desvergonzada al más bajo y abyecto materialismo. «En los días antes del diluvio —dice— estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no conocieron hasta que vino el diluvio y llevó a todos.»¹⁰

Y otra vez, cuando enjuicia un período más reciente de la humanidad, en el que tiene efecto la caída y desaparición de la próspera Sodoma, en el fértil valle de Siddin, al sur del Mar Muerto, Cristo dirá: «En los días de Lot: comían, bebían, compraban, plantaban, edificaban; mas el día que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre y destruyó a todos.»¹¹

Adviértase, empero, que Cristo no ignora ni niega la actividad económica. Al decir que los habitantes cananitas de aquella antigua ciudad se dedicaban a comer, beber, comprar, plantar, edificar, no se limita a describir la vida social o a hacer una mera relación de sus principales actividades, sino que tácitamente admite el predominio de lo económico sobre todo aspecto de la vida en sociedad. Lo que el Maestro no dice —ni podría aceptar— es que esa primacía o hegemonía de lo material tuvo o tenga que ser así. Mucho menos que sea ésta la «causa determinante y decisiva» del desbarajuste social ni de la tragedia humana. Y es ahí, precisamente, donde difiere y se bifurca la doctrina cristiana de la marxiana; de su determinismo y de su inevitabilidad.

10. Romanos 16:8.

11. San Mateo 24:38-39.

Por eso Cristo no propuso jamás el cambio de estructura ni la revolución. Tal panacea sólo se les puede ocurrir a los sociólogos superficiales que, como Karl Marx, desconocen quién es el hombre y sueñan con quiméricas y utópicas salvaciones. «Jesús —dice el autor sagrado, y lo hemos corroborado en más de una ocasión— conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre.»¹² Y lo sabe. Por esa razón no se limita a señalar el *mal* sin aportar el *remedio* eficaz. No incurre en el ¿error? de Marx de ofrecer soluciones que, con todo y lo «científicas» y radicales que parezcan, permanecen siempre en la superficie del problema vital, porque dejan intacta e impermeable la conciencia egoísta de los hombres que «viven» en sociedad, pero que no siempre saben *convivir* en ella.¹³

¿Cuál es, pues, la solución cristiana al gravísimo problema socio-político-económico? Hela aquí: «*Limpia primero lo de adentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio.*»¹⁴ ¿Por qué? Porque «no lo que entra en la boca contamina al hombre; mas lo que sale de la boca contamina al hombre... Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que contaminan al hombre...»¹⁵

Desde luego, no se nos vaya a imputar el «pecado imperdonable» de habernos entregado a lo que en forma despectiva Labriola denomina «ejercicios de esgrima lógica con las categorías abstractas del egoísmo y del altruismo». Lo que sugerimos —o más bien

12. San Lucas 17:28-29.

13. San Juan 2:24-25.

14. San Mateo 23:25-26.

15. *Id.*, 15:11, 18-20.

insinuamos— es *un conocimiento fundamental del hombre*, en la inteligencia de que ello es necesario e imprescindible para aprehender la crisis social de nuestro tiempo y de todos los tiempos. Ese estudio, creemos, ha sido la más de las veces menospreciado, consciente o inconscientemente, por mucho sociólogo superficial que se cree haber descubierto con Karl Marx el conjunto del «movimiento histórico» y comprendido «sus causas más íntimas».

Hablamos de una ciencia del hombre. Pero es una ciencia que rebasa los experimentos de laboratorio y proporciona un entendimiento serio, ponderado, profundo y lo más objetivo posible del individuo. Marx mismo se queja de los literatos alemanes de su época, que, deslizándose «sus disparates filosóficos bajo el original francés», se deleitaban en discurrir sobre «los intereses del ser humano, del hombre en general, del hombre que no pertenece a ninguna clase ni a ninguna realidad y que no existe sino en el cielo brumoso de la fantasía pedantesca».¹⁶

El propio Engels, en el prefacio a la primera edición alemana del *Manifiesto comunista* (1883), deplora la existencia de «múltiples curanderos que querían, con sus panaceas variadas y con toda suerte de remiendos, suprimir las miserias sociales», rechazadas por aquel sector obrero que, convencido de la «insuficiencia de los simples trastornos políticos, quería una transformación fundamental de la sociedad».¹⁷

16. El doctor Carls Bangs dice que el marxismo es peligroso «porque es una ilusión. Sin un entendimiento cabal de la profundidad del problema del hombre, el comunismo ofrece una contestación superficial para su solución». Y Alexis Carrel ha tiempo que advirtió que el marxismo como la ideología liberal —«esas hijas gemelas del racionalismo del siglo de "Las Luces"»— no se ha basado en una observación exhaustiva de la realidad.

17. Marx-Engels, *op. cit.*, cap. III, p. 55.

Tanto Marx como Engels, sin embargo, incurren en el otro extremo del mismo error: los literatos alemanes idealizan tanto al hombre que le colocan teóricamente en el más alto pedestal; pero los artífices del comunismo materialista le degradan y deshumanizan de tal modo que lo convierten prácticamente en una mera pieza de la maquinaria estatal. Cristo, no. Pone las cosas en su justo medio: lo espiritual, *primero*; lo material, con toda la importancia que se le reconoce, *después*. Ahí radica la diferencia esencial entre el *Manifiesto* y el Evangelio.

APENDICE

Por tratarse de un testimonio sumamente objetivo, creemos oportuno publicar como apéndice de este documentado libro del señor Guido Feliz un interesante artículo que se publicó en la revista «Certeza» de Buenos Aires, bajo el título

YO VIVI EN LA CHINA COMUNISTA por RICARDO HILLIS

El Dr. Hillis es una conocida autoridad en asuntos de Extremo Oriente. Hombre culto y observador, sus diecisiete años de residencia en China como misionero no los pasó en las viviendas de tipo europeo de las grandes ciudades, sino identificado con el pueblo chino, viviendo y vistiendo a la usanza del país. Habla el idioma con la fluidez y la corrección de un natural del mismo.

Cuando llegaron los comunistas, Hillis fue apresado y durante más de un año estuvo sometido a toda suerte de padecimientos. Vio morir a varios de sus compañeros de encierro. En la actualidad trabaja en la predicación del Evangelio en la China nacionalis-

ta. En una reciente visita que hizo por la América del Sur habló con fervoroso entusiasmo acerca de los triunfos del Cristianismo entre los primitivos habitantes de Formosa y los miles de chinos que se han establecido en la isla huyendo de los comunistas.

En una interviú después de una de sus conferencias, declaró lo siguiente:

—*¿Podría decirnos, Dr. Hillis, cómo viven los cristianos en China y cuáles son sus relaciones con el Gobierno Comunista?*

—Con el mayor gusto. Hay un Departamento o Ministerio de Religión que provee los sermones que deben ser oídos todos los domingos desde los púlpitos de todas las iglesias. A los fieles se les permite cantar, orar y leer las Sagradas Escrituras. Los pastores o ancianos de las Asambleas hacen una lectura bíblica comentada, que es la verdadera predicación del Evangelio. Después anuncian que van a dar lectura al sermón oficial enviado por el Gobierno de Pekín. Todo el mundo se sienta entonces cómodamente a meditar sobre la Palabra de Dios leída momentos antes, y nadie escucha el mensaje oficial, cuyo contenido ya se saben de memoria. De este modo cumplen con los requisitos legales y logran adorar a Dios y a su Hijo Jesucristo.

—*¿A qué atribuye usted, Dr. Hillis, el indiscutible éxito del comunismo chino?*

—A que es, más que una ideología, una especie de religión. Su Biblia son las obras de Marx, Engels, Lenin y Mao. Tienen sus Diez Mandamientos, tres de ellos dedicados a la necesidad de destruir al clero y las iglesias. El Comunismo tiene éxito debido a que sus hombres poseen una devoción mística que les lleva a una dedicación absoluta a la Causa. En el Oriente, la página impresa ha sido un arma poderosa para llevarles a la conquista.

—*¿Puede ilustrarnos con alguna experiencia propia sus declaraciones?*

—Desde luego. Fui capturado en una ciudad del corazón de la China, en la provincia de Honan. Un joven oficial de 19 años, revólver en mano, se apoderó de mi casa y vivió en ella durante dos meses en compañía de sus soldados. Llegué a conocerle bien. No hacía mucho que se había convertido al comunismo, entusiasmado por las promesas de un futuro de paz y progreso. Conversamos bastante. El día en que me devolvió la casa me dijo, señalando hacia la ciudad vecina: «Mañana vamos a tomar todo aquello.»

Le miré sorprendido, sólo contaban los comunistas con 5.000 hombres. La ciudad estaba protegida por una muralla, una fosa y 10.000 hombres bien armados. Le dije al oficial: «¿Se da cuenta usted de que para atacar con éxito le haría falta tener por lo menos 20.000 hombres?»

El muchacho se puso en posición de firmes y, mirándome a los ojos, me dijo: «Conozco los peligros y estoy dispuesto a dar mi vida, si es necesario, con tal de que el comunismo pueda avanzar una sola milla.»

¡Ojalá tuviésemos los cristianos el mismo espíritu de dedicación!

—*Se habla mucho de las ventajas que obtiene el pueblo con la implantación del Comunismo. ¿Puede decirnos algo al respecto?*

—Esto depende de la posición que cada individuo logra ocupar en el nuevo régimen; pero, hablando en términos generales, les diré lo que vi con mis propios ojos. Yo residía en Honan, provincia que tenía una población de 44 millones de habitantes. Vinieron los comunistas y confiscaron el trigo del pueblo. Durante el primer invierno posterior a la ocupación murieron de hambre 8 millones de personas, todas ellas perte-

necientes a aquellas clases humildes que los comunistas dicen amar tanto. En Honan había unas 300 iglesias, la mayoría fueron destruidas o confiscadas. Muchos pastores nacionales y 7 misioneros fueron muertos. Pero, como ya les dije, la iglesia no desaparece, sino que sigue fiel y aumenta a pesar de las persecuciones.

—*Usted trabaja actualmente en Formosa. ¿Hay comunistas en la república de Chang Kai Chek?*

—Oficialmente no existen, si bien hay muchos espías enviados por el gobierno comunista para infiltrarse y formar células. Les voy a contar los casos interesantes de dos de estos individuos.

Uno de ellos, deseando documentarse acerca de las creencias de los cristianos para poder combatirlos mejor, solicitó el curso por correspondencia «La Luz de la Vida», enrolándose como alumno. Durante varios meses hizo los deberes cuidadosamente, y luego nos escribió una carta. Confesaba en ella que era espía comunista, cuya misión era la de infiltrarse entre los grupos cristianos, y nos dijo por qué había solicitado el curso bíblico; pero agregaba que el estudio del evangelio de San Juan lo había convertido en cristiano. Terminaba diciendo: «Ustedes pueden ahora entregarme a la justicia. Estoy dispuesto a pagar con mi vida mis errores pasados, puesto que ahora tengo la vida eterna por Jesucristo.»

En lugar de entregarlo a la justicia, cosa que no hicimos al convencernos de que el hombre había sido transformado por el Evangelio, le pusimos en comunicación con un grupo de cristianos activos. Hoy el ex comunista es un predicador entusiasta de las doctrinas de Cristo.

Otro caso semejante es el de un espía que fue detenido y encarcelado. En la prisión cayó en sus manos un ejemplar del evangelio. Lo empezó a leer para pasar el rato, sin mayor interés; pero la Pala-

bra de Dios hizo su efecto en el corazón de este ateo. Fue convertido a Cristo. Consiguió otros ejemplares de los evangelios y luego una Biblia. Pidió permiso a las autoridades para leer los libros a sus compañeros. Pronto la cárcel se vio convertida en una especie de centro de estudios bíblicos y muchos presos se hicieron cristianos.

Cuando llegó el día en que debía verse la causa del espía comunista, y el fallo sólo podía ser uno, la pena de muerte, se levantó una elocuente voz en su defensa. Era la del director de la cárcel, quien manifestó no ser cristiano. Narró lo acontecido en la institución a su cargo. Dijo cómo el acusado había logrado transformar de tal modo el ambiente carcelario que salvajes criminales se habían convertido en caballeros cristianos. Se limitó a narrar los hechos, pero éstos fueron tan elocuentes, que los jueces redujeron la pena al mínimo posible, y no mucho después fue indultado y puesto en libertad. Hoy es conocido en todo el Oriente como testigo de Jesucristo, y ha tenido experiencias realmente maravillosas en su predicación del Evangelio.

La mayor fuerza para la evangelización del Oriente es el hombre que acaba de conocer a Cristo. Cada recién convertido, lleno de entusiasmo y fervor, alcanza a miles de sus semejantes. Los cristianos chinos siguen siendo la gran esperanza para el futuro de su nación.

Ultimas novedades de editorial CLIE

¡ATREVETE CON LA VIDA! Por Bruce Larson

Psicología cristiana. Cómo pueden enfrentarse con éxito las luchas cotidianas y lanzarse al futuro con seguridad.

TU FUTURO ES TU AMIGO Por Robert Schuller

Un enfoque actualizado al Salmo 23, que nos enseña cómo el cristiano puede vivir una vida feliz, libre de la ansiedad y los temores que constantemente acechan al hombre de la calle.

PENSAMIENTOS DE MAO/DE JESUS

Por Dick Hills

Un enfrentamiento de las ideas del pensador chino con las palabras del Maestro, y que nos hace patente la incompatibilidad entre las doctrinas de ambos.

REFUGIO EN EL LUGAR SECRETO

Por Edward Deratany

Un enfoque moderno y actualizado del Salmo 91.

MATAGATOS

Por William «Sonny» Cuesta

La historia verídica de un joven puertorriqueño, criado en el Harlem hispano de Nueva York, que, después de haber sido miembro de las "pandillas" y haberse visto envuelto en toda clase de crímenes, de droga y violencia, al filo del suicidio, descubrió una nueva vida.

EVOLUCION O REFORMACION DE LA BIOLOGIA

Por Hebden Taylor

Un nuevo volumen de la serie "Perspectivas Cristianas", en el que un gran erudito nos habla, en un enfoque científico, de uno de los temas más candentes en el cristianismo actual: EVOLUCION.

DESAPARICION MISTERIOSA. José A. Hollowaty

¿Qué ocurrirá en nuestro mundo cuando los cristianos lo abandonen para "recibir a su Señor en el aire"?

TESTIGOS DE JEHOVA O

TESTIGOS DE SATANAS

Por **Edwin Díaz**

Un librito conciso, pero directo y valiente, sobre las doctrinas de los falsos "Testigos de Jehová".

¡AYUDENME...! SOY PADRE

Bruce Narramore

La lucha por la educación de los hijos. — 240 páginas.

**¡DEJAD DE APRETARME EL
CUELLO!**

W. Wilkerson

Un clamor de comprensión de un joven cristiano moderno a sus mayores. — 140 págs.

LA ESENCIA DEL MATRIMONIO

J. Z. Fritze

Un consejero profesional explica cómo puede conseguirse un matrimonio más feliz. — 100 págs.

**DIOS, ¿HAS PASADO DE
MODA?**

Bárbara Jurgensen

Con 25 láminas modernas y otros tantos capítulos que son sátiras sobre las opiniones y costumbres ultramodernas. Un libro que enseña, entre sonrisa y sonrisa, las más grandes verdades de la vida cristiana.

ROJO - VERDE - VIOLETA

Por **David Wilkerson**

Una visión psicodélica de Dios

El autor de LA CRUZ Y EL PUÑAL nos enfrenta en este libro con los problemas de la juventud actual y nos muestra cómo Dios tiene un mensaje para esta generación de "fugitivos".

EL DON DE LA LIBERTAD **Bruce Larson**

Basándose en Juan 8:36, el autor ofrece una respuesta reveladora de la auténtica vida cristiana.

SI PEREZCO QUE PEREZCA **W. Ian Thomas**

Un comentario originalísimo del libro de Ester como parábola de la vida cristiana.

100 PREGUNTAS ACERCA DE DIOS **J. E. Orr**

Un supuesto diálogo en una universidad sobre Dios y la Creación a la luz de la Ciencia.

**CURSO DE FORMACION TEOLOGICA
EVANGELICA**

Volúmenes publicados:

Tomo I. — **Introducción a la teología**, por José Grau.

Tomo II. — **Un Dios en tres Personas**, por F. Lacueva.

Tomo VI. — **La Iglesia, cuerpo de Cristo**, por F. Lacueva.

Tomo VIII. — **Catolicismo Romano**, por F. Lacueva.

Tomo X. — **Ética Cristiana**, por F. Lacueva.

**EL DISCURSO DEL
MONTE OLIVETE** **Por Gavin Hamilton**

El porvenir del mundo a la luz del discurso profético de Jesús.

**LAS GLORIAS DEL
REINO VENIDERO.** **Por Gavin Hamilton**

La vida gloriosa que aguarda a todos los hijos de Dios.

TODO SOBRE LOS ANGELES **C. Leslie Miller**

El otro lado del mundo espiritual, con experiencias bíblicas y contemporáneas.

COMO SER CRISTIANO EN UN MUNDO NO CRISTIANO **Fritz Ridenour**

Una serie de contrastes ilustrados con láminas modernas.

TENER Y RETENER **Jill Renich**

La mística femenina para un matrimonio feliz.
184 págs.

PADRES... ¡UF! **Bárbara Jurgensen**

Un libro para adolescentes que piensan que sus padres no les comprenden. — 88 págs.

¿POR QUE NO PUEDO ENTENDER A MIS HIJOS? **Herbert Wagemaker**

Un puente entre dos generaciones. — 88 págs.

EL SEXO NO ES PECADO **Jack Wyrzten**

Un tratamiento claro y franco del tema mostrando que el sexo no es pecado dentro de los límites de la Palabra de Dios. — 96 págs.

EL EVANGELIO POETICO **Por Gloria Santamaría**

Una serie de poesías breves, en forma de soneto, con la cita o citas de los cuatro evangelios que glosa y ameniza la poesía.

EL CAMINO DE LA SALVACION **Por Gordon H. Girod**

Un libro para todos los que buscan claridad en un asunto básico. Los pastores encontrarán en este libro rico material para sermones.

**EL FIN DEL MUNDO
¿ESTA MUY CERCA?**

Por **William Kraak**

Lo que dice la Biblia sobre un tema que siempre ha preocupado a la Humanidad. ¿Cuál es el destino de nuestro planeta?

CREEMOS EN MARIA

Por **Helgue Berntsson**

Un libro que explica con profusión de detalles todo lo que sabemos y lo que es probable que tuviera lugar en la vida de la Virgen María.

**EL MUCHACHO DE LA
MUSICA FELIZ**

Por **Aaron Espinoza**

Una novela histórica para niños, basada en la vida del rey David.

**DIOS SOBRE TODAS
LAS COSAS**

Mrs. Charles E. Cowman

La autora de **MANANTIALES EN EL DESIERTO** nos ofrece en este libro la visión de una nueva experiencia espiritual.

SOLICITE ESTOS LIBROS DE SU LIBRERIA PREFERIDA EN SU PAIS.

Si su librero no los tiene, indíquelo que puede solicitarlos a

UNILIT/MIAMI

P.O. Box, 350219

MIAMI, Florida, 33135

«Conocer a un hombre es esencial para comprender sus ideas», principia diciendo el autor de este libro. Pero Guido Feliz nos da a conocer ambas cosas en este excelente libro, que no es ni una biografía ni una antología de KARL MARX, pero tiene el mérito de ambas. Es un juicio muy certero y ponderado del hombre que más influencia ha ejercido sobre el mundo después de Jesucristo; y de un modo particular sobre el mundo de nuestros días.

La figura de Carlos Marx se ha agigantado como jamás podían soñarlo sus contemporáneos, después del triunfo de las revoluciones rusa y china.

Marx se encontró en un momento climático de la Humanidad —algo semejante al momento en que nos hallamos nosotros—, al principio de la revolución industrial y científica del siglo pasado, y habló de acuerdo con las necesidades y las luces de su época. Sus obras sociales y filosóficas —**Crítica de la economía** (1859), **El Capital** (1867) y el **Manifiesto Comunista**— están desfasadas, pero siguen ejerciendo una tremenda influencia en el mundo entero.

Se hace necesario conocer a un hombre que, acertada o desacertadamente, desfasado o no, continúa siendo tan popular y fascinante por millones de hombres en todo el mundo, representando para ellos su persona y enseñanzas un ideal muy superior —más inmediato e importante— que el supremo ideal de Cristo que tratamos de presentarles.

Necesitamos conocer a KARL MARX para poder entablar diálogo con los que, conociéndole quizá muy poco, le idolatran por lo mucho que han oído repetir su nombre. Nuestro conocimiento de su venerado «maestro» hará que dejen de juzgarnos como fanáticos de una sola idea religiosa que ellos desdeñan por anticuada, y les dará confianza para escuchar con mayor respeto lo mucho y de muchísima más importancia que nosotros tenemos que decirles acerca de nuestro propio Maestro el Señor Jesucristo.